

# **Café Bulevar**

© Ricardo Bosque

## ÍNDICE

Cariño al contado	3
De esta noche no pasa	34
Idénticos	35
Una ventana abierta	36
Un cortado, por favor	83
El club de la una	89
Pentagramas	117
Mario Precipitado	122
Mar y Sol	136
Es la hora de cerrar	140

## CARIÑO AL CONTADO

1

Me froté los ojos por quinta o sexta vez en la hora escasa que llevaba frente al ordenador. Apoyé la espalda en el respaldo de la silla, los pies sobre la mesa, y con el mentón perfectamente encajado en la concavidad de la mano derecha contemplé sin interés la última línea que aparecía escrita como un insulto sobre la pantalla. Mis ojos seguían el parpadeo del cursor tras la última letra que había pulsado, la *o* de *pulsado*.

Mierda –pensé–, llevo semanas tratando de escribir una novela y lo único que consigo es trasladar mis propios pensamientos, mis propias acciones, al ordenador. En un gesto rabioso, escribí la palabra mierda una y otra vez, con una reiteración masoquista que creo pretendía castigar mi manifiesta ineptitud para la creación literaria. Mierda, mierda, mierda, mierda...

La constatación de mi incapacidad para redactar algo original supuso un golpe más en mi decrepito estado de ánimo, así que decidí que lo mejor, lo único que podía hacer era posponer nuevamente mis pueriles e inalcanzables propósitos y retomar lo que realmente me daba de comer: las traducciones de textos que me encargaban las mismas editoriales a las que aspiraba sorprender un día con la calidad de mis propias obras.

Sin demasiada convicción, bajé los pies de la mesa y adopté una postura más adecuada para continuar el trabajo. Encendí un cigarrillo y abrí el archivo que contenía el último encargo que me habían realizado. Se trataba de la segunda novela –como la primera, de carácter histórico– de un autor norteamericano que ya había vendido el primer millón de ejemplares en su país

y cuyo editor español estaba convencido de que también aquí iba a ser un éxito de ventas. Aunque se trataba de un encargo que me podía reportar pingües beneficios –no siempre se traducen textos dirigidos a cientos de miles de lectores–, me sentía como si me estuvieran arrancando una muela sin ningún tipo de anestesia previa. No comprendía cómo un tipo podía alcanzar el reconocimiento mundial a partir de cuatro datos históricos sin contrastar, seis o siete escenas de sexo dibujadas con plantilla –todas ellas se parecían como gemelos univitelinos– y un misterio que podría desentrañar un niño de ocho años después de leer quince o veinte páginas –en mi modesta opinión, las quinientas o seiscientas siguientes sobraban–. Y sin embargo, decenas, cientos de autores imaginativos peregrinaban de una editorial a otra con su paquete de folios bajo el brazo en busca de la oportunidad que nunca llegaría. Algo de lo que puedo dar fe, pues ya en su momento traté de publicar una novela sin ningún resultado. O casi sin ningún resultado.

Era un encargo fácil pero tedioso. Fácil, porque la riqueza léxica de aquel autor no era su punto fuerte, hasta el punto de que las herramientas del procesador de textos para cortar y pegar fragmentos casi idénticos me facilitaban enormemente la tarea. Tedioso, porque traducir un tocho de seiscientas cuarenta y siete páginas lleno de lugares comunes, frases hechas e incorrecciones sintácticas no era lo que podía considerarse un trabajo dotado del mínimo interés necesario para mantener los sentidos despiertos. Así que, después de traducir treinta páginas –sin tener que recurrir en una sola ocasión al diccionario–, desconecté el ordenador y salí de la habitación que utilizaba como estudio.

En el salón, me tumbé en el sofá y comencé a hojear una revista de las denominadas de interés general y cuyo interés reside en descubrir algún

artículo de verdadero interés. El primero de los artículos en el que aterricé pontificaba sobre cómo convertir un trabajo monótono en un paraíso de creatividad. No me jodas, hombre –fue lo único que pude opinar sobre el tema tras exprimir al máximo mis neuronas–. Pasé varias páginas y me detuve en un amplio reportaje sobre las causas del fracaso escolar. No me interesa, no tengo hijos –y seguí pasando páginas–. Y, por fin, el inevitable informe enumerando las razones por las que las parejas se separan al cabo de varios años de convivencia y cuál es el perfil del perfecto separado. Seguro que mi caso no sale; aunque, claro, todavía no he llegado a esa situación, pero todo se andará –pensé con cínica resignación.

Eran las once de la noche y mi marido todavía no había vuelto del trabajo. Hastiada, fui a la cocina, me preparé el Biomanán nuestro de cada día, lo bebí de un solo trago y me di una ducha rápida. Las once y veinte. El marido, sin dar señales de vida. Invertí diez minutos en regar las macetas y arrancar algunas hojas mustias. Las once y media. ¿Llamar a los hospitales de la ciudad? ¿para qué? Carlos no tenía hora fija de llegada. Me acosté con la radio encendida. Atravesé la frontera entre los estados de Vigilia y Sueño a medianoche. Carlos no estaba a mi lado.

2

–¿Me pasas la mantequilla, por favor?

–¿A qué hora llegaste anoche? –dije al tiempo que le acercaba la tarrina y el cuchillo al otro comensal.

–A eso de las doce y media... pero no quise despertarte; dormías como un cachorro.

–¿Y qué tal fue la reunión?

–Como siempre: veinte vecinos presentes de ciento diez posibles y, como no podía ser de otro modo, los asistentes eran los más pelmazos de toda la comunidad. Vamos, que a las doce no habíamos conseguido otra cosa que nombrar una comisión encargada de la contratación del mantenimiento de calderas, otra para la instalación de una antena parabólica y una tercera para supervisar el trabajo de las otras dos. ¿Y tu novela?

Fingí no haber oído la pregunta que, invariablemente, me formulaba Carlos cada mañana. Callaba con la esperanza de que mi marido no echara en falta la respuesta que le debía cuando hubiera terminado de mojar la tostada en el tazón de café. Estaba convencida de que lo único que pretendía Carlos era refrotarme el fracaso por la cara en un intento de obviar sus propias decepciones, la realidad incuestionable de que su prometedor futuro como economista en una consultoría internacional se hubiera convertido en un mediocre presente como administrador de fincas urbanas. Pero Carlos, al menos, no es olvidadizo y volvió a pisar en terreno enfangado.

–¿Qué pasa? ¿no se te ha ocurrido nada todavía? Bah, no te preocupes... lo que ocurre es que el trabajo de traducción absorbe todo tu tiempo y buena parte de tu abundante masa gris. Pero estoy seguro de que, ahí dentro –añadió besándole la frente como despedida–, guardas un tesoro que no quieres compartir con nadie. En fin, me tengo que ir al despacho.

En silencio, contemplé cómo unas migajas flotaban en el mar de café con leche que tenía entre las manos. Parecían tan perdidas como yo, intentando inútilmente alcanzar a nado la orilla salvadora del tazón. Las migas buscaban el asidero salvador de la cerámica apta para microondas; yo pretendía encontrar una idea a la que agarrarme, una idea a partir de la que

poder vivir en el papel una historia más pasional que la que me había tocado en el sorteo navideño de mi quinta –debo aclarar que mi llegada al mundo se había producido el veintidós de diciembre de cuarenta años atrás–. Con un gesto, que luego consideré pleno de una grosera crueldad y resentimiento, me bebí todo el contenido de la taza poniendo fin a las inocentes esperanzas de aquel inocente banco de migas.

Tenía todo el día a mi entera disposición. Carlos no volvería hasta la noche –quizás, con algo de suerte, recalara en puerto a la hora de la comida–, el pedido del supermercado había llegado la mañana anterior y tampoco esperaba a ninguno de mis alumnos –dos días a la semana dejaba de traducir folletos turísticos, artículos de revistas científicas y alguna que otra novela para impartir clases a muchachos que sólo demostraban sus conocimientos de inglés ante las instrucciones de los videojuegos–. Podía dedicar la mañana al folletín americano que tenía sobre la mesa de mi estudio, pero eso no me ayudaría a olvidar mis carencias imaginativas. No, en lugar de quedarme en casa, bajaría al centro, a mi librero de siempre, y buscaría un buen diccionario de sinónimos con el que mejorar la versión original del yanqui. Al momento, lo pensé mejor: ¿para qué mejorar algo que se vendería como rosquillas gracias, entre otras cosas, a un lenguaje apto para todos los públicos? Seguro que la mayoría de los lectores a los que iba destinado no tendrían un diccionario de bolsillo en casa en el que consultar las dudas que provocarían mis personales aportaciones... En cualquier caso, lo tenía decidido: necesitaba un nuevo diccionario de sinónimos y esa mañana parecía la adecuada para comprarlo.

En veinte minutos estaba en la calle, camino de la librería. Cuando llegué a mi destino, bajé al segundo sótano, donde se almacenaban los libros de historia, filosofía, derecho y los diccionarios –siempre me he preguntado por

qué los libros más útiles tienden a esconderse en los rincones más inaccesibles de una librería; quizás sea porque su valor se reserve como premio gordo a los más conspicuos clientes, quedando las pedreas de los folletines para disfrute de la masa en general—. Cuando tras media hora de rastreo encontré lo que buscaba, me dirigí a la caja situada en la planta calle. Estaba tratando de localizar la tarjeta de crédito entre el maremágnum plastificado de la cartera —El Corte Inglés, Cortefiel, Hispamer, La Caixa— cuando un dedo desconocido picoteó con maleducada insistencia en mi hombro.

—¿Sole? ¿Sole Lambán, de las Ursulinas Descalzas? —inquirió la propietaria del dedo.

Giré la cabeza. Comencé por mirar al responsable de la llamada de atención, un dedo tintado de rojo fuego en su extremo queratinoso. Puse después los ojos a patinar sobre unas falanges perfectas, el dorso de una mano primorosamente cuidada, una muñeca firme, un antebrazo cubierto de azul marino del que asomaba un reloj de medio kilo... Sobre unos hombros anchos, la cabeza de una mujer de mi misma edad, vestida como para una recepción oficial —traje de chaqueta del mismo color que la manga que ya había visto un segundo antes, echarpe gris perla, maquillaje de a veinte mil la sesión— que me miraba con ojos sorprendidos. Le resté veinticinco o treinta años, le sumé unas coletas apelmazadas a ambos lados de la cara y le puse nombre.

—¿Noelia? ¿Noelia Beltrán? —pregunté sin demasiada confianza en la posibilidad de acertar.

Mientras realizaba aquel ejercicio de adivinación, comprobé disgustada que la posible Noelia tenía en la mano izquierda, la que no había utilizado para reclamar la atención de su antigua compañera de pupitre, un ejemplar de la primera novela del mismo autor que me encontraba traduciendo en esos

momentos –Thomas Chandler, afortunadamente nada que ver con el ilustre Raymond; Thomas tan sólo utilizaba el apellido de soltera de su madre.

–Premio –exclamó con la misma alocada alegría con que lo habría hecho en sus tiempos de colegiala–. Pero chica, ¿qué es de tu vida? ¿dónde has estado todos estos años que no nos hemos visto?

Dónde has estado tú –pensé–, yo no me he movido de aquí en ningún momento. Desgraciadamente, eché unas raíces demasiado profundas en esta ciudad que me ha negado las oportunidades que habría tenido en cualquier otro lugar.

Pero consideré que era un modo demasiado brusco y lastimero de reiniciar la relación que habíamos suspendido tantos años atrás, por lo que me decanté por una fórmula mucho más convencional.

–Hija, no has cambiado nada en estos... ¿veinticinco años? Te veo hecha una cría.

–Venga, venga, tampoco te pases. He aprendido a convivir con mis arrugas y demás consecuencias de la edad. Pero sí, la verdad es que la vida no me ha tratado mal... no, no puedo quejarme. ¿Y tú? Cuéntame, ¿a qué te dedicas? ¿te casaste? ¿tienes críos?

No sé. Sí. No. Esas eran las tres respuestas telegráficas con las que podía cumplimentarse el cuestionario de Noelia. Sentí una punzada depresiva en el corazón, una congoja opresiva alrededor del cuello, cuando tomé consciencia de la vacuidad que suponía poder resumir media vida con cuatro palabras, una de ellas, repetida. Si esas cuatro palabras se podían pensar en un instante, ¿qué había hecho yo con los otros trillones de instantes transcurridos desde que dejé de ver a Noelia?

–¿Te sucede algo? Te noto rara, como si no me estuvieras escuchando... yo pensé que te alegrarías de verme, pero ya veo que estás en otro sitio. ¿Quieres que nos tomemos un café por aquí cerca?

Cuando logré escapar de las garras de mi letargo mental, acepté la invitación de Noelia. Al menos, un rato de charla insustancial con mi antigua amiga me serviría para romper la rutina y olvidar, momentáneamente, al americano al que tenía que enseñar a hablar en español.

El bar que elegimos como confesionario estaba abarrotado. Salvo un rincón en el que un grupo de hombres y mujeres discutían sobre la represiva política de personal de la empresa en la que parecían trabajar, el resto de la barra y la totalidad de las mesas aparecían ocupadas por un ejército de mujeres emperifolladas que, una vez cargados los niños en el autobús del colegio, hablaban animadamente del programa estrella de la televisión, de las últimas revelaciones que el padre Arzallus había desvelado en Onda Cero y de la cena que, una semana tras otra, posponían para otra fecha en la que todas pudieran estar presentes.

Conseguimos una mesa en un rincón poco iluminado de la cafetería junto al que se apilaban varias cajas de refrescos y cervezas. Las dos pedimos café y el bote de la sacarina. Saqué del bolso el paquete de cigarrillos. Le tendí uno a Noelia, me puse otro en la boca y comenzamos a fumar mientras esperábamos el regreso del camarero con su cargamento de líquido negro bajo en calorías. Noelia fue la primera en hablar.

–Antes te he hecho tres preguntas y no me has respondido a ninguna de ellas...

Noelia sabía de matemáticas y, además, poseía el don de la tenacidad. A punto estuve de contestarle con las cuatro palabras que tenía preparadas,

pero mi amiga no tenía ninguna responsabilidad en lo que podía considerarse mi fracaso personal. No, debía ser más diplomática y adornar aquellos veinticinco años con las guirnaldas del éxito: a nadie le importaba lo que yo pensara de mí misma.

–Perdona, pero es que no esperaba encontrarme contigo después de tanto tiempo... la verdad es que ha sido toda una sorpresa.

Durante media hora, y con esporádicas interrupciones por parte de Noelia que buscaban profundizar más en algún detalle que, voluntariamente, había sobrevolado fugazmente, puse al corriente a mi amiga de lo que habían dado de sí todos aquellos años. Le conté cómo al terminar el colegio, momento en el que ambas nos habíamos separado –el padre de Noelia ostentaba un alto cargo en una multinacional y había sido requerido para formar parte del equipo directivo de la sede central en París–, había continuado mis estudios de bachillerato en un instituto público y, años después, tras una infructuosa estancia de dos años en la facultad de Bellas Artes, me había licenciado en filología inglesa. Le referí cómo, cuando estaba cursando el último año de carrera, había conocido a Carlos, un estudiante de primero de económicas que destacaba por su febril actividad como representante de los alumnos de su facultad. Le había conocido en el transcurso de una huelga que, durante tres meses, paralizó las clases en casi toda la universidad. Carlos era uno de los cabecillas de aquella revuelta que parecía revivir tiempos pasados y me sentí atraída de inmediato por la energía y la resolución que desprendía en cada uno de sus actos, por la elocuencia de sus soflamas, por el liderazgo que ejercía sobre cuantos le rodeaban. Tanto era así que la individualista Soledad, poco proclive a participar en actos reivindicativos de cualquier naturaleza, acabó integrándose en uno de los grupos de trabajo que tenían por misión la

coordinación de los estudiantes con el único objetivo de poder conocer mejor al que, años después, se convertiría en su marido.

–Y hasta hoy –concluí mi exposición de los hechos.

–Así que tienes a un jovencito por marido... no está mal. Al menos, te evitarás las quejas por los achaques y te garantizas la fogosidad que se supone a ciertas edades; mi marido está rondando ya los cincuenta y no hay día que no descubra una dolencia nueva en su cuerpo.

Pedimos otros cafés y fue entonces el turno de Noelia; la conclusión que pude extraer de su charla es que la vida le había tratado con generosidad. Curiosamente, ella también había estudiado Bellas Artes y, tras dos años de vida bohemia en una buhardilla del barrio latino de Paris y venta callejera de sus óleos en la plaza de Tertre, en pleno corazón de Montmartre –había cumplido fielmente los preceptos de todo artista que se precie–, decidió regresar al cómodo redil de la burguesía a la que pertenecía por adscripción paterna. Noelie Beltrán –afrancesamiento de su nombre con el que firmaba sus cuadros– conoció a uno de los directivos de segundo rango de la empresa para la que trabajaba papá. Su nombre, Maurice; su apellido, Subdirector General de Relaciones Internacionales, apellido de soltero que cambió al casarse con Noelia por el de Director Gerente de Pharmafrance España S.A., filial española que la compañía había abierto en Madrid hacía un año.

A mediodía ya teníamos una visión de conjunto de lo que habían sido nuestras vidas por separado. Y, de paso, habíamos quedado emplazadas para mantener encuentros frecuentes en los que revivir el pasado y aventurar el futuro; Noelia tenía previsto permanecer durante varios meses, quizás algunos años, en la ciudad y, después de una ausencia tan prolongada, se sentía como

una extraña. Así que le sería de mucha ayuda contar con mi compañía para volver a ocupar un sitio en el lugar en el que había vivido sus primeros años.

Nos despedimos después de intercambiar nuestros teléfonos y besarnos profusamente las mejillas. De inmediato noté que Noelia se había mantenido fiel a lo largo de tanto tiempo a la misma fragancia que la acompañaba de niña, un sugerente preparado de esencia de rosas y claveles adornado con la nota casi imperceptible del romero, una fragancia muy alejada del artificial empalago que solían utilizar otras mujeres de su misma edad y posición. No, la piel de Noelia seguía emitiendo la misma frescura, el idéntico descaro que tanto desquiciaba a las monjas que regentaban nuestro colegio.

Cuando llegué a casa, el piloto rojo del contestador parpadeaba sin descanso. Carlos había grabado un mensaje: las cuentas de una comunidad le habían dado más problemas de los previstos y no volvería a casa hasta la noche. Calenté un filete de pescado del día anterior, lo acompañe con unas patatas fritas de bolsa y comí en el salón mientras seguía las noticias del Telediario. Fregué los cacharros en un par de minutos, puse una lavadora de color y me tumbé en el sofá con la intención de dormir una siesta mecida por el murmullo monocorde de la voz que narraba las peripecias de la foca monje en el documental que emitía la televisión durante la sobremesa. Imposible: en la calle, una cuadrilla de obreros abría el asfalto a golpe de excavadora en busca de la tubería que debían sustituir, y el bramar de las máquinas, el temblor de los cristales de puertas y ventanas impedían mi paso a la inconsciencia del sueño.

Eran las cuatro de la tarde. Refunfuñando, regresé a mi mesa de trabajo. Encendí el ordenador, abrí el archivo donde guardaba la novela del señor Chandler y retomé la traducción en el punto en que la había dejado la

víspera. Lo que me faltaba –pensé al observar que se trataba de la escena amorosa de turno–. La protagonista, Rose, una arqueóloga de treinta y cinco años, piernas interminables, piel sedosa, senos turgentes, cuello de cisne y cuya única anomalía eran las gafas bifocales que sostenía sobre la nariz protegiendo unos ojos color verde mar de mirada penetrante –la descripción es responsabilidad exclusiva de Thomas Chandler, no mía–, se resistía a los envites de un atractivo guía turístico al que había conocido dos días antes, de nombre Bruce. Tengo que aclarar que la mujer no se resistía demasiado, pues al segundo párrafo ya estaba el guía turístico saboreando sus afrutados pezones al tiempo que le arañaba la espalda con una pasión nunca antes conocida. Ella sentía un escalofrío de placer que le recorría todo el cuerpo, desde las uñas de los pies hasta el extremo de los cabellos esparcidos sobre la almohada.

Asqueada por lo que consideraba una escena irreal, llegué a la conclusión de que el tal Chandler, del que conocía más bien poca cosa, estaba casado y volcaba en sus escritos toda su frustración sexual. O sus recuerdos de tiempos pasados. O yo era tonta, porque no recuerdo haber vivido jamás algo parecido con mi Carlos. Tal vez muchos años atrás, cuando la universidad... pero de eso hacía mucho tiempo y no me quedaba otra cosa que una imagen difusa, como dibujada al carboncillo.

Oí cómo unas llaves jugaban con la cerradura de la puerta. Al momento, la voz de Carlos anunció su llegada. Yo me sobresalté por lo inesperado de su aparición, como si me hubiera pillado en falta siéndole infiel con el vecino del tercero, cuando mi único pecado era el exceso de crueldad al pensar en nuestra escasa actividad sexual. Carlos asomó la cabeza por la puerta del estudio.

–¡Sorpresa! ¿A que no me esperabas a estas horas? –cantó todavía desde el pasillo. Aún no me había girado y ya tenía sus manos sobre mis hombros y sus labios en mi cuello en lo que fue un beso más fraternal que pasional, muy diferente de los que Bruce hacía aterrizar continuamente en la epidermis de Rose.

–Pues no, pensaba que no volverías hasta la hora de la cena; como me has dejado ese mensaje en el contestador...

–Es que no te he dicho la verdad: no se me ha resistido ninguna contabilidad. Verás, en realidad he estado comiendo con un colega con el que me encontré hace un par de semanas. Se dedica a asesorar empresas y no puede atender a todos sus clientes. Así que, después de pensarlo bien, le llamé el otro día y le propuse colaborar con él, lo que me permitiría ir dejando poco a poco el asunto de las comunidades. ¿Sabes lo que eso significaría? Que no tendría que trabajar hasta tan tarde todos los días y podríamos pasar más tiempo juntos –añadió antes de que yo pudiera aventurar alguna respuesta plausible.

–Estupendo –exclamé quizás demasiado alborozada abrazándome a su cuello–. ¿Y cuándo empiezas tu nueva faceta profesional?

–Bueno, bueno, no seas impaciente... sólo le he hecho una sugerencia. Ahora hace falta que él la acepte.

Una vez más, mi marido tenía razón. La precipitación siempre ha sido uno de mis puntos fuertes y, en esa ocasión, mi deseo de tener a Carlos más a menudo a mi lado vencía a la prudencia de recibir aquella posibilidad exactamente como lo que era: una mera posibilidad. Nada más que una posibilidad más entre otras muchas. Pero mejor era eso que resignarme a cenar sola todas las noches de mi vida junto a él, a acostarme sin un torso que

rodear, sin unos dedos en los que entrelazar los míos, sin un cuerpo al que hacer llegar mi olor.

Seguíamos abrazados, de pie en el centro de la habitación, mis ojos buscando los suyos. Incomprensiblemente, la poco imaginativa descripción de la escena entre la antropóloga y el guía turístico había despertado mi libido e intenté insinuarle algo a Carlos. Pero él tenía que volver de prisa al despacho – todavía debía aferrarse a la realidad de sus comunidades de propietarios antes de lanzarse a la aventura de la gestión de altos vuelos– y no pudo ser. Sólo pudimos unir brevemente nuestras bocas y entablar una débil lucha entre nuestras lenguas mientras notaba cómo Carlos consultaba nervioso la hora en su reloj. Esta noche, me prometió tomándome por las muñecas.

Cuando me quedé sola, volví a mi trabajo con la seguridad de que esa noche tampoco podría ser.

### 3

Tres días después de nuestro tropiezo en la librería, recibí la llamada de Noelia. Esa tarde tenía previsto salir de compras al centro y me propuso quedar con ella para tomar café en alguna terraza.

Aquel fue el primero de los muchos cafés que Noelia y yo compartimos durante las siguientes semanas. Solíamos quedar citadas en bares tranquilos en los que poder charlar de nuestras cosas, de qué habíamos hecho los años en los que vivimos separadas y lo que podríamos hacer juntas en el futuro. Fueron semanas de confesiones mutuas, de sinceras conversaciones en las que se podía apreciar lo unidas que habíamos estado en el pasado. Sin embargo, había en nuestras palabras menos espontaneidad, menos candidez –

ese sería el término más adecuado— que cuando nos contábamos nuestros secretos infantiles: lo mucho que odiábamos a nuestros padres por obligarnos a recoger nuestra habitación bajo amenaza de castigo, las averiguaciones que hacíamos sobre el último chico en el que nos habíamos fijado... Se diría que, con los años, habíamos aprendido a no poner todo en el escaparate, a guardar algo en la trastienda hasta saber si podíamos confiar plenamente en la otra. Aprendizaje propio de la madurez, supongo.

Mis particulares veintisiete años los pude resumir —al menos en lo que accedí a contarle— en dos tardes. Le conté cómo, al acabar la carrera, me lancé a la vorágine de las oposiciones, escoltada por decenas de compañeros de estudios que pretendían una de las pocas salidas posibles a nuestros estudios. Pero mi precipitación —otra vez la precipitación— me hacía ir picoteando temarios de todas las administraciones posibles, sin ser capaz de centrar mis esfuerzos en una concreta. Así me encontré con treinta años en mi carné de identidad y sin una nómina fija que llevarme a la boca. Eso sí, las múltiples clases particulares de inglés que impartía a todas horas —en lugar de volcarme en lo que debía ser mi objetivo fundamental: conseguir un trabajo digno con seguridad social incluida— me procuraban los ingresos suficientes para no tener que depender de mis padres, con la salvedad del alojamiento, que corría de su cuenta. Mientras, lo que había comenzado como unas salidas esporádicas con Carlos, se convirtió, con el paso de los años, en un noviazgo en toda regla. Y finalmente nos casamos, eso sí, cuando él consiguió su primer empleo en una gestoría y la sinergia de nuestros sueldos nos permitió hacer frente a un piso de alquiler y todas sus consecuencias.

Yo pasaba muchas horas en casa y, entre clase y clase, comenzaba a dar forma al sueño de todo filólogo en paro: la creación de su propia novela. Al

cabo de un año y medio había llenado casi doscientos folios con cerca de setenta mil palabras, las palabras que constituían mi primer y único intento hasta la fecha de alcanzar la fama y salir en los papeles.

Carlos fue el único que leyó aquella historia y, sin dudarlo un instante, me animó a presentar el original en cuantas editoriales fuera necesario. Según él poseía originalidad, interés y un estilo propio, factores fundamentales para alcanzar el éxito. Pero todo fueron negativas o palabras esperanzadoras: quizás en otro momento, su obra está bien pero es poco comercial... de todo, menos editarla. Pero, al menos, uno de los editores, enterado de mis conocimientos de inglés, me propuso realizar colaboraciones a través de las traducciones de textos ingleses. Y así comencé con lo que hoy constituye el grueso de mi sustento, lo que me ha permitido reducir el número de horas que dedico a las clases particulares.

Por su parte, y como ya he comentado antes, Noelia terminó la carrera de Bellas Artes y, durante dos años, se permitió el lujo de llevar una vida bohemia. Sí, digo lujo bohemio aunque parezca un contrasentido porque, en su caso, aquella vida precaria no era ninguna necesidad, amparada como estaba por unos progenitores que se podían permitir el capricho de abrir una galería en la que exponer los mamarrachos que pudiera trazar su hija.

El caso es que, tras dos años en los que logró vender dos o tres cuadros, llegó a la conclusión de que no merecía la pena compartir sus años de juventud con tres tipos que no apreciaban el placer de la ducha diaria, que no parecía sensato limitarse a cincuenta metros cuadrados para cuatro personas cuando, en su propia casa, podía disponer de varias habitaciones para ella sola.

Lo suyo fue como una revelación, como ver la luz de la que habla la Biblia. De la noche a la mañana, pasó de vestirse con amplias túnicas descoloridas y atar sus cabellos en una simple coleta a enfundarse en lujosos vestidos, en informales atuendos de diseño y lucir los peinados de las peluquerías más afamadas de París.

Era inevitable que, tras el radical cambio de imagen, su padre considerase que Noelia ya estaba preparada para ser presentada en sociedad y sentar cabeza. Estaba bien tener una hija intelectual, pero no era eso por lo que él había pisado tantos cuellos para llegar al lugar que había logrado ocupar.

Y en una de las aburridas reuniones de fin de semana que solía preparar la familia, conoció a Maurice. Al principio lo miró con el único interés que despierta un individuo desperejado en un salón lleno de dualidades. Se acercó a él, solo frente a la gran chimenea familiar, la mirada concentrada en los fluidos y coloristas trazos del Rubens que constituía el máximo alarde de la solvente posición económica de la familia Beltrán. Le ofreció la copa de champán que portaba en la mano derecha.

—¿Te interesa Rubens? —le preguntó por iniciar una conversación que presagiaba corta.

—¿Cómo? Sí, sí —respondió azorado. Noelia seguía como una dama oferente, el cabello recogido sobre la nuca, el cuerpo cubierto por un vestido largo de finos tirantes, los brazos desnudos, la mano y su cristalina prolongación extendida hacia un dios indeciso y deliciosamente torpe—. Oh, pardon —se excusó Maurice tomando la copa de manos de Noelia—. Es usted mademoiselle Beltrán, ¿n'est pas? —añadió en una curiosa y cortés mezcla de español y francés con la que pretendía agradar a su anfitriona.

–Noelia; puedes llamarme Noelia. O Noelie, si te resulta más fácil. Te preguntaba si te gusta la pintura de Rubens...

Desde el primer momento, Maurice, casi diez años mayor que ella, ofreció a Noelia la estampa de un hermano mayor deliberadamente atento y protector. Era la figura que tanto había echado de menos siempre, la persona que podía intercalarse entre su padre y ella, cronológica y afectivamente. Y poco a poco se fue encariñando de él –creo, por lo que pude deducir de las palabras de Noelia, que en ningún caso se podría hablar de amor hacia él, ya fuera amor con sexo o platónico–. Le atraían sus maneras levemente arcaicas, las atenciones continuas que la hacían sentirse el astro alrededor del cual debían girar naturalmente el resto de los cuerpos celestes, el modo en que parecía venerarla... Y, tras la boda plena de pompa y boato que celebraron en el caleidoscopio multicolor de la Sainte-Chapelle, comenzó a apreciar también la libertad que le otorgaban los múltiples viajes de Maurice; Noelia solía acompañarle en todos los desplazamientos y, mientras él cumplía con sus obligaciones empresariales, ella se deleitaba visitando los mejores museos del mundo.

Debo reconocer que la comezón de la envidia empezaba a apoderarse de mí. Y comencé a ver a Noelia como una insufrible señorona a la que todo le salía bien sin haber hecho mérito alguno para ello, aunque quizás se tratase de una nueva manifestación de mis habituales paranoias. Pero me daba cien patadas verla tan feliz, tan despreocupada, frente a la insatisfacción continua en que se había convertido mi existencia...

Creo que fue a mediados de junio cuando reventé y Noelia puso de manifiesto sus insospechadas carencias y su inusual manera de subsanarlas. Sí, ahora lo recuerdo: era precisamente en junio, cuando Carlos estaba más ausente que nunca, dedicado de lleno a sus declaraciones de renta.

Mi marido, como era de esperar, no había logrado dar cuerpo a sus ilusorios proyectos empresariales. Tan sólo había logrado ser la válvula de escape del exceso de clientela de que gozaba su colega, quien no había dudado en traspasarle temporalmente a sus clientes menores a los efectos de cumplir con el fisco. Por mi parte, yo me empleaba a fondo en la preparación de ejercicios de repaso de cara a los exámenes finales de mis alumnos más lerdos. Y aprovechaba el silencio y la soledad nocturna –Carlos llegaba a casa cada día más tarde– para seguir con la traducción de la novela de Chandler.

Una mañana, Noelia me llamó después de un par de semanas sin saber de ella. Según me dijo, había estado muy ocupada con su último capricho: la apertura de una sala de exposiciones financiada por su padre y su viajero esposo. Quedamos para tomar café en el mismo lugar en el que nos habíamos reencontrado con nuestros recuerdos cuatro meses atrás.

Lo reconozco: acudí a aquella cita dispuesta a amargar en lo posible su insultante dicha trasladándole alguna de mis frustraciones. Pero nunca sospeché las consecuencias que mi perversa conducta iba a provocar.

Noelia apareció como acostumbraba: simplemente radiante, vestida con unos vaqueros italianos, una sencilla blusa blanca y unos botines de cuero que sólo recuerdo haberlos visto en alguna revista de moda internacional. Y el mismo perfume de siempre. Y exhalando la misma seguridad que la acompañaba a todas partes...

Sin que viniera a cuento, y antes de que me bombardease con sus estúpidos logros de niña consentida, descargué sobre ella mi artillería.

–¿Dónde crees que reside la felicidad de una persona? –solté a bocajarro.

Noelia me miró fijamente a los ojos. Los suyos adoptaron un brillo característico con el que demostraba su disposición a aceptar el desafío, como si llevara tiempo esperando la pregunta y, por tanto, era una mirada que hacía presagiar que tenía una respuesta preparada.

–Supongo que en tener cubiertas las necesidades básicas –que serán diferentes para cada persona, aclaró–, dar a cada cosa la importancia justa y no preocuparse nunca por lo que pueda ocurrir en el futuro. ¿Sabes? No sé quién dijo que sólo existía el presente: el pasado ya no está y el futuro está por ver si llega algún día y, cuando llegue, ya se habrá convertido en un nuevo presente.

Comprendí que aquella no era una respuesta comprometida y decidí personalizar la cuestión.

–Pero, tú ¿eres feliz? –insistí con el mismo tema. Esta vez pareció meditar un poco más su contestación.

–Mujer, una filóloga como tú deberías saber que el castellano es uno de los pocos idiomas, quizás el único, que dispone de dos verbos, ser y estar, para designar lo que en otros países se resuelve con una sola palabra. Cuando dices si soy feliz, lo tengo que interpretar con la carga de permanencia que supone esa palabra, como si fuera una situación irreversible; sin embargo, la felicidad, como cualquier sentimiento, sólo puede ser circunstancial. Vamos, que únicamente pueden ser felices aquellos que son incapaces de

experimentar sentimiento alguno; los "normales" sólo podemos estar felices. Y sí, en este momento, yo estoy feliz.

Touché. La afrancesada me acababa de impartir una lección básica sobre semántica aplicada y la verdad es que me estaba bien empleado por mi puñetera costumbre de sacar consecuencias cuando todavía no dispongo de todos los datos: había catalogado a Noelia como una estúpida que sólo se preocupaba por el modelito que debía lucir para el aperitivo, por la sonrisa que debía mostrar en cada ocasión y ella me había asestado un golpe mortal con lo que, en teoría, era mi especialidad. Pero no quise dar marcha atrás.

–Claro, para ti es muy fácil no preocuparse por el futuro y considerar que tienes tus necesidades cubiertas. Es curioso que todos los que no le dan importancia al dinero, y sólo ellos, tienen pasta hasta por castigo...

–Venga, venga, no vayas de víctima por la vida... reconozco que a mí nunca me ha faltado de nada, pero tú tampoco te puedes quejar: por lo que dices, trabajo no te falta, tienes un marido que te quiere –aunque todavía no me lo hayas querido presentar, le supongo una buena persona– y dispones de la libertad de acción necesaria para hacer lo que se te antoje. ¿Qué más quieres?

Noelia tenía razón en, al menos, un noventa por ciento de lo que decía. Pero sus palabras me hacían pensar en que quizás en parte del diez por ciento de lo que callaba se encontraba la causa de mi falta de plenitud personal. Ya sé que puede resultar prosaico, pero desde ese momento comencé a reconocer –creo que lo sabía con certeza desde tiempo atrás– que en la inapetencia sexual de Carlos residía buena parte de mi problema. Noelia, una vez más, pareció leer mis pensamientos.

–¿Qué sucede? ¿Hay algo que no termina de encajar en tu vida de pareja? ¿El sexo, quizás? Pues no sé de qué te preocupas: el amor no se puede comprar; el sexo lo tienes a partir de diez mil la sesión, menos todavía si no eres demasiado exigente con las condiciones higiénicas...

Los ojos se me pusieron como cuando visito al oftalmólogo y me rocía las pupilas con gotas dilatantes: no podía creer lo que estaba escuchando. Al principio consideré que el comentario de Noelia no era sino una de sus frecuentes bromas, pues recordaba la capacidad que ya demostraba en los tiempos del colegio para soltar la mayor de las barbaridades con una expresión digna del máximo respeto. Sin embargo, había algo en el tono de su voz que hacía presagiar que no se trataba de un comentario baladí, que no esperaba mi sonora carcajada como respuesta. No, en esta ocasión parecía estar confesándome algo aunque le quisiera dar el aspecto de una proposición.

–Noelia, no estarás hablando en serio ¿verdad?

Confirmado. El encogimiento de hombros con que recibió mi pregunta, sus cejas enarcadas, sus labios semifruncidos realzando sus carrillos y esbozando una sonrisa pícara me demostraban que Noelia era ya usuaria de ese tipo de servicios masculinos que se ofrecían en la sección de relaciones y contactos de cualquier periódico.

–Acabas de decir las mismas palabras que pronuncié yo cuando mi amiga Chantal, allá en París, me sugirió de una manera velada que visitase a su masajista... así que te veo dentro de cuatro días compartiendo prostituto conmigo.

–Jamás, ¿me oyes? Jamás recurriré...

–... a la prostitución masculina para satisfacer mis deseos sexuales – terminó la frase Noelia aplicando una manita de indiferencia a su entonación–.

Perdona que te haya quitado las palabras, pero también sabía que ibas a continuar con esa misma frase que utilicé hace tiempo con Chantal. Y que conste que no te estoy presionando para que hagas algo que no creas conveniente; simplemente te estoy aportando una solución... y cuando tú me digas, yo misma te puedo concertar una cita con Iván.

Cuando llegué a casa, mi cabeza era una coctelera en la que se mezclaba una generosa dosis de términos incorpóreos de los que incluso se podía cuestionar su existencia –felicidad, presente, pasado, futuro, permanencia, sentimiento, amor, libertad– con unas gotitas de la más pura de las carnalidades –sexo y prostitución a partes iguales–. No comprendía cómo Noelia podía haber caído en la bajeza de tratar sus dolencias vaginales como quien acude al médico de cabecera por una lumbalgia aguda, pero tengo que reconocer que mi amiga se había propuesto no carecer de nada en toda su vida y lo había logrado. Su vida era una masa de una densidad absoluta, una piel carente del menor poro por el que pudiera colarse el vacío. Pero yo, no; yo nunca, nunca, acudiría a un remedio tan sucio como aquel para llenar otro de los vacíos en que se había convertido mi vida. Nunca, nunca, nunca...

5

Pasaron dos meses desde aquella confesión y Noelia continuaba deslizándose subrepticamente sugerencias acerca de la posibilidad de que yo acudiera a conocer a Iván. Cada día añadía nuevos detalles a su descripción que lo hacían más y más apetecible y, a la vez, imposible de concebir como algo real: inteligente, apuesto, atento, servicial, cariñoso, profesional, estimulante, divertido... Si no estuviera al corriente de las posibilidades

económicas de mi amiga, podría pensar que trataba de conseguir unas tarifas más ventajosas por acudir en grupo.

Para mí fueron unos meses terribles. Mi autoestima estaba por los suelos –al menos esa creo que fue la excusa que me puse cuando, finalmente, decidí constatar si las maravillas que Noelia me contaba de su masajista tenían algún fundamento real–; no veía a Carlos salvo en el álbum de fotos de la boda, cada día enfrascado en una nueva actividad de la que apenas me hablaba; mis alumnos de inglés, de vacaciones, lo que me proporcionaba más tiempo libre para pensar en qué perdía mi tiempo; y, para colmo, Noelia cada vez más satisfecha consigo misma.

Creo que la posibilidad de emular a mi envidiada amiga –incluso había pensado en que podría hacer que su prostituto acabase siendo mío, que demostrase sentirse mejor conmigo que con ella, lo que le añadía un cierto toque competitivo al asunto– y el hecho de poder tener todo el control de algo, aunque tan sólo fuera por una vez y en un aspecto muy concreto, fueron los dos factores determinantes a la hora de pedir a Noelia que concertase una cita para mí con aquellas manos maravillosas que me debían hacer descubrir terminaciones sensitivas allá donde nunca imaginé tenerlas –así es como Noelia describía la habilidad que Iván demostraba para el masaje.

Ya sé que todo esto no justifica una infidelidad a Carlos como la que me disponía a cometer, pero es que no debo justificarme ante nadie, acaso sólo ante mi marido; nada más. En cualquier caso –y aunque siga pareciendo que me quiero excusar por lo que llegué a hacer–, ¿cuántas veces seguimos comportamientos que nosotros mismos calificamos como incalificables por el solo placer de llevarlos a cabo?

Justificable o no, eran las siete menos diez y mi cita con el masajista prostituto estaba concertada para las siete y media; tiempo suficiente para volverme atrás varias veces. Sin poder adoptar una decisión definitiva al respecto, me detuve ante la puerta de un café situado a dos minutos escasos del apartamento de Iván. Entré y ocupé una de las banquetas libres perfectamente alineadas a lo largo de la barra, lo más alejada que pude de los tres hombres que hablaban acaloradamente a la entrada del local. Cuando pasé por delante de ellos, los tres fijaron sus ojos en mí y me sometieron a un rápido examen: la calificación que obtuve creo que fue de suficiente alto.

El camarero se plantó ante mí y me saludó obsequiosamente, demasiado obsequiosamente. Daba la sensación de que allí no solían entrar mujeres habitualmente, sólo comerciales haciendo escala en mitad de la tarde. Le pedí un whisky con mucho hielo. El ruido de los cubitos al chocar contra el fondo del vaso, así como mi costumbre de hacer girar los hielos con el dedo, produciendo un amortiguado tintineo, volvió a desconcentrar a los tres hombres, que parecían inmersos en sesudas reflexiones y cálculos sobre las comisiones por ventas que cada uno de ellos percibía de sus respectivas empresas. Apuré el contenido del vaso en dos largos tragos y pedí al camarero que me sirviera una nueva dosis. Me atendió después de preparar un cortado para un tipo raro, con aires de vagabundo de clase alta, que acababa de entrar en el local unos minutos antes.

La segunda copa la tomé más lentamente, acompañándola con no menos de tres o cuatro cigarrillos. Al tercer licor de cebada mi ánimo había conseguido remontar el vuelo. Realmente, no era necesario acostarse con el prostituto –me había explicado Noelia–; podía perfectamente limitarme a aprovechar sus dotes como masajista. Pero yo sabía que aquello no sería

posible: estaba segura de que, si subía al apartamento y el muchacho era tal y como Noelia lo describía, acabaría penetrada de un modo profesional.

Las siete y veinticinco. Decidida ya a terminar cuanto antes con aquella prueba, encendí un nuevo cigarrillo –prefería apestar a tabaco a adormecer a Iván con mi aliento alcoholizado– y pagué la cuenta. Al salir del bar, los tres hombres de negocios me dirigieron una mirada reprobatoria.

Iván tenía su picadero en un edificio de reciente construcción que había tratado de permanecer fiel al estilo modernista de los colindantes. Cuando accedí al patio, el portero –un tipo de unos treinta y cinco años, terriblemente apuesto y vestido con un traje gris marengo de impecable factura, muy acorde con el elitismo que pretendía el edificio– me miró sin mirarme. Me dirigí presurosa al ascensor y sólo me sentí a salvo cuando las puertas se cerraron y pude apoyar mi espalda en el espejo que revestía la pared frontal. Treinta segundos más tarde me hallaba ante la puerta de mi iniciador.

Todavía indecisa, pulsé el timbre. Entendí que conceder cinco segundos de cortesía para que abriera la puerta era más que suficiente para considerar superada la prueba, dejar constancia de mi arrojo y salir de allí virgen –virgen de pago, se entiende.

Transcurrida la cuenta de protección de esos cinco segundos, suspiré aliviada al ver que Iván no aparecía ante mis ojos y volví sobre mis pasos. Pero al abrir de nuevo la puerta del ascensor, una voz llegó hasta mis oídos.

–¿María? –preguntó Iván permitiéndome comprobar que Noelia había cumplido su palabra de utilizar mi primer nombre para establecer la cita, lo que garantizaba un mínimo de anonimato. Y no pude evitar un fruncimiento del ceño al reconocer un timbre familiar en aquella voz. Confusa, giré la cabeza. A punto estuve de gritar cuando vi a Carlos apoyado en el quicio de la puerta.

Pero el alcohol había logrado el efecto anestésico necesario para poder hacer frente a aquel inesperado encuentro.

–¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? –pregunté a bocajarro.

–¿Y tú? –a Carlos se le notaba algo más azorado.

–Yo he sido la primera en preguntar –aclaré de un modo un tanto infantil, como si le estuviera diciendo y tú más. Pero en seguida comprendí lo absurdo de la pregunta, pues tan improcedente resultaba la presencia de mi marido allí como la mía.

Por muchos años que pasen, por muchas vueltas que le dé a la cabeza, jamás llegaré a saber qué es lo que me impulsó a seguir adelante con aquella farsa. De acuerdo: la situación era, cuando menos, atípica, y lo normal es que hubiera terminado en una demanda de divorcio. Pero tampoco se le puede negar el violento componente de morbo que contenía. Así que sólo encontré un modo digno de salir del paso.

–¿Cuánto tiempo llevas ejerciendo?

–Tres años.

–Entonces, habrás desarrollado una gran habilidad en el arte del masaje, ¿no?

–¿Qué estás sugiriendo? –preguntó confundido pero con un brillo escabroso en la mirada.

–Que venía a darme un masaje y no estoy dispuesta a renunciar por la minucia de que el manoseador sea mi propio marido... siempre y cuando seas capaz de mantener el distanciamiento profesional que se te supone cuando las clientas no son de la familia.

Carlos me franqueó el paso a su santuario. Y debo reconocer que mi marido había logrado con la decoración el equilibrio entre la asepsia del masaje

terapéutico y la calidez del sexo extremo. Cuando llegamos a una salita amueblada con una camilla y un mueble bajo sobre el que formaba un pelotón de frasquitos de diversos tamaños y contenidos variados –luego pude comprobar en mi piel que se trataba de aceites de las más exóticas procedencias–, Carlos me pidió que me desnudase tras el biombo que hacía el papel de hipotenusa en uno de los rincones de la habitación.

A pesar de tratarse de mi marido, un incomprensible pudor hizo que me tumbase en la camilla boca abajo y con una pequeña toalla protegiendo mis nalgas de sus ojos de mirada cada vez más obscena. Carlos sólo llevaba puestos unos tejanos ajustados que permitían comprobar en la tirantez delantera el grado de evolución de su excitación. Yo le miraba con los ojos entornados y la mejilla derecha apoyada sobre la almohada. Él abría un frasco, lo paseaba bajo su nariz y lo volvía a tapar. Repitió la misma operación varias veces hasta que se decidió por un aceite de rosas y sándalo –La Rosa Mística, informaba la etiqueta–. Puso unas gotas en su palma izquierda y se plantó ante mí frotándose suavemente las manos. El paquete de sus tejanos señalaba el leve inicio de una erección, pongamos que se trataba de una erección de grado cinco. Cerré los ojos dispuesta a dejarme hacer.

Sus manos comenzaron a sobrevolar mi espalda en un puente aéreo que partía de la nuca, hacía escala en los omoplatos y repostaba en la cintura. Allí se detenía unos instantes, como recogiendo nuevos pasajeros, y vuelta a empezar.

Luego comenzó a trabajarme las piernas, sustituyendo el avión por el desplazamiento terrestre. Noté sus dedos ágiles acariciando con suave firmeza las plantas de mis pies, los tobillos, las pantorrillas... Ascendieron hasta las corvas, circunvalaron las rodillas y se encontraron con el callejón sin salida de

la camilla. Retrocedieron y tomaron la autopista que conducía directamente hasta mis ingles por la parte exterior de los muslos, teniendo para ello que atravesar el túnel de mi toalla.

Para entonces, yo comenzaba a notar una humedad olvidada entre las piernas. Me aferré con fuerza a uno de sus muslos con el brazo derecho mientras con la mano izquierda recorría su abdomen en sentido descendente, deteniéndome cuando note la frialdad de la hebilla del cinturón. La desabroché y descorrí el cerrojo vertical de la cremallera.

La actitud de Carlos cambió. Con cierta violencia, me obligó a dar la vuelta, apoyando mi espalda contra la camilla. Me tomó de la cintura y me arrastró por ella hasta que mi culo quedó asomado al precipicio de la sábana blanca. Alzó mis piernas y las pasó por encima de sus hombros, volcando su cuerpo sobre el mío. Sin darme un respiro, comenzó a lamerme los pezones, me los mordisqueó provocándoles una tensión capaz de descoserlos de mis pechos.

De pronto, sin previo aviso, se irguió y le sentí dentro. Fue una embestida brusca y dulce a un tiempo. Apenas sus muslos rozaron el interior de los míos, se separó unos centímetros de mi cuerpo e inició una nueva acometida, esta vez muy lentamente, deleitándose en cada milímetro que profundizaba en mi humedecida gruta. Me recordaba a un espeleólogo que, después de un inesperado resbalón, tanteara el terreno con toda la prudencia posible. Al llegar al fondo, el experimentado juguete de Carlos comenzó a explorar cada uno de los rincones de mi cavidad con un movimiento circular que parecía no tener fin. Y se retiró nuevamente a posiciones más retrasadas. Y una nueva penetración, violenta y fugaz como la primera. Sus manos pasaban, de amasar mis pechos de fuera adentro, los dedos pulgar e índice

pinzando y estirando mis pezones, a sujetar mi cintura obligándome a alzar el vientre en vuelo rasante a un palmo de altura de la camilla; sus dientes mordisqueaban con lujuria los dedos de mis pies; su lengua se deslizaba por mis tobillos...

Tras cinco, diez, tal vez quince minutos de la pasión desenfadada que jamás sabría describir Thomas Chandler ni experimentar la arqueóloga Rose, Carlos se detuvo por unos instantes. Yo aproveché el descanso para incorporarme –afortunadamente, mis abdominales todavía respondían– y rodear su cuello con mis brazos, concentrándome en que, ni por un momento, mi marido se saliera de mi cuerpo. Nuestros ojos se buscaron; esta vez sí se encontraron. El sudor corría desbocado por su frente. Nuestros corazones parecían haber sincronizado su furioso palpar: pum pum, pum pum, pum pum... Por fin, conseguí encontrar las palabras que quería dedicarle.

–¿Sabes? Puede que no te parezca sensato lo que te voy a decir, pero estoy dispuesta a mantener vivo nuestro matrimonio... aunque me salga por un ojo de la cara: hacía tiempo que no echaba un polvo como éste.

Encendí un nuevo cigarrillo. Satisfecha, contemplé con aire triunfal la pantalla del ordenador: por fin creía haber escrito algo que merecía la pena publicar. Abrí el menú archivo, seleccioné la opción guardar como y elegí un nombre atractivo para aquel documento. Entre todos los títulos que se me ocurrieron, finalmente me decidí por llamarlo CARIÑO AL CONTADO.DOC. Cerré el documento y apagué el ordenador. Consulté mi reloj de pulsera: eran las once de la noche y Carlos todavía no había vuelto del trabajo. Fatigada por el continuado esfuerzo mental realizado, fui a la cocina, me preparé el Biomanán nuestro de cada día, lo bebí de un solo trago y me di una ducha

rápida. Las once y veinte. El marido, sin dar señales de vida. Invertí diez minutos en regar las macetas y arrancar algunas hojas mustias. Las once y media. ¿Llamar a los hospitales de la ciudad? ¿para qué? Carlos no tenía hora fija de llegada. Me acosté con la radio encendida. Atravesé la frontera entre los estados de Vigilia y Sueño a medianoche. Carlos no estaba a mi lado.

## **DE ESTA NOCHE NO PASA**

Esta noche lo ha vuelto a hacer. Y mira que se lo he dicho cientos de veces. Porque yo podré ser buena, pero tonta, no.

Ha salido de casa, como cada noche, a eso de las ocho y media, nueve menos cuarto. Primero da un paseo breve por las calles del barrio –acostumbra a elegir las menos iluminadas–, pero siempre termina en ese café que hay a dos manzanas de aquí. Yo no le he seguido nunca, hasta ahí podíamos llegar, pero son muchos años viviendo juntos como para no saber exactamente lo que hace en cada momento. Él estará como siempre, acodado en la barra, bebiendo una cerveza y fumando uno tras otro sus apestosos cigarrillos. Ella le estará mirando a través del cristal con esa cara lánguida que tan bien sabe poner, los ojos tristes y deseando que alguien se pare a su lado y le dé unos minutos de conversación.

Luego llegará con su maldito olor a tabaco y jurando que ni siquiera ha encendido un cigarrillo; como si yo no supiera que, si no fuera por fumar, para luego iba a tener tanto interés en sacar cada noche de paseo a la perra... pero de hoy no pasa: no pienso consentir que siga trayendo ese olor asqueroso que no hay manera de arrancar de las cortinas ni gastando un bote entero de ambientador.

## **IDÉNTICOS**

Sofía y Julián llevaban varios días leyendo el mismo libro; no, no simultaneaban la lectura de un mismo ejemplar, sino que ambos dedicaban sus ratos muertos a leer un mismo título. Y luego, mientras compartían unas cervezas, cambiaban impresiones sobre los personajes principales y secundarios, las situaciones a las que la autora les hacía enfrentarse, el ritmo trepidante de la narración... Ambos aprendieron poco a poco a apreciar el mismo tipo de cine, a escuchar el mismo género de música, a desarrollar idéntica pasión por la pintura.

Llegaron a degustar los mismos licores cuando tocaba tomar copas, a saborear los mismos platos cada vez que el grupo salía de cena, a aislarse de la pandilla cuando la cena concluía.

Incluso llegaron a carraspear del mismo modo característico, a utilizar las mismas coletillas en sus frases y a frotarse las manos con una cadencia estudiada. Eso sí, cada uno se frotaba sus propias manos, que pocas veces fueron sorprendidos enlazando los dedos del otro.

Sí, ya sé que para ser mujer no demuestro una gran perspicacia, pero sólo me di cuenta de todo esto poco después de que Julián entrara en casa, el gesto serio, la mirada ausente, y me dijera que todo había terminado entre los dos, que llevaba varios meses viéndose a mis espaldas con Sofía –y no sólo cuando salíamos en grupo– y que debíamos separarnos. También me juró que no pretendía hacerme daño, que no me lo tomase tan a pecho. Simplemente, se había dado cuenta de que Sofía y él tenían muchas cosas en común.

**UNA VENTANA ABIERTA**

## 1

Como cualquier otra mañana, ocupé uno de los asientos de la última fila del autobús. Eché un vistazo rápido a mi alrededor –no faltaba ninguno de los viajeros habituales– y abrí por una página cualquiera el libro que estaba utilizando como tapadera aquellos días. Se trataba, exactamente, de *El discurso del método*, de René Descartes. De vez en cuando, con una frecuencia aprendida por la costumbre, pasaba una página y fingía deslizar mis ojos línea tras línea hasta llegar al final. Pero en realidad no leía ni una sola palabra, sólo me limitaba a mantener el libro abierto mientras observaba, en lo que creía un prodigio de discreción, a todos mis compañeros de autobús. Era algo en lo que había desarrollado una gran práctica, y difícilmente se me escapaba un detalle de los que consideraba importantes: dónde se apeaba cada uno de los viajeros, quién perdía el autobús tras haber corrido los cien metros lisos y a pesar de suplicar la comprensión del conductor en el semáforo más cercano a través de los cristales de la puerta delantera, quién cumplía los preceptos de la buena educación cediendo su asiento a una embarazada o a un anciano madrugador... Y también otros aspectos menos objetivos, más dependientes de mi particular interpretación, como quién parecía haber pasado una mala noche, qué rostro denotaba un disgusto doméstico... Pero a pesar de lo que pudiera pensar, todos los viajeros, o al menos los que utilizaban mi misma ruta un par de veces al día, eran conscientes de ser observados por aquel tipo que se sentaba siempre en las últimas filas y mantenía un libro abierto entre las manos.

Ya perdonarán que todavía no me haya presentado, pero es algo que no acostumbro a hacer, pues nunca he tenido ocasión de conocer a demasiada gente. Aunque sería más exacto decir que nunca he permitido que se acerque a mí demasiada gente, tan solo individuos escogidos cuya presencia en mis cercanías no he podido evitar. Pero, por esta vez, debo hacer una excepción y permitir que sepan ustedes quién les está contando esta curiosa historia que puede ser cualquier cosa menos inventada, pues no cuento con la imaginación suficiente como para idear una ficción semejante. Es más, creo que si hay alguien a quien deben ustedes agradecer la posibilidad que se les brinda de conocer este curioso episodio de mi vida es a Rebeca, la mujer misteriosa a quien algún día quizás llegue a conocer y que, mediante la aplicación de un vigoroso tratamiento de choque, consiguió hacerme abandonar –siquiera temporalmente– mi extremada introversión y acceder a narrar lo que ahora se encuentra en sus manos.

Mi nombre es Alfonso Verona. Tengo treinta y seis años, aunque algunos dicen que puedo aparentar unos cuantos menos. Cabello muy fino de color castaño oscuro. Un metro setenta y cinco de altura y setenta y cuatro kilos de peso. Complexión normal. La frente más bien despejada y la nariz recta y de tamaño medio. Un tipo absolutamente vulgar. Mi único rasgo distintivo pueden ser las gafas oscuras que me acompañan a todas partes como un apéndice del apéndice nasal, ya esté el cielo azul o grisáceo, ya sea mediodía o la última hora de la tarde. En opinión de algunos que dicen conocerme –aunque dudo sinceramente que haya alguien que pueda presumir de conocerme– llevo esas gafas para ocultar tras los cristales unos ojos de ratón, pequeños y muy negros, indomables como un escalofrío, con una vida ajena a los dictados de mi cerebro... quizá sean los ojos lo más vivo de este

cuerpo que en muy poco se diferencia de cualquier otro. Dicen que todo en mí es ocultación: las gafas oscuras que invalidan mi mirada, la recia barba que trata de esconder unos labios finos como papel de fumar, el libro abierto eclipsando parte de mi rostro... En fin, creo que para un tipo de timidez superlativa como yo es suficiente con lo que he accedido a contarles acerca de mi físico. En cuanto a los otros aspectos menos evidentes de mi persona, supongo que los irán descubriendo a medida que avancen en la lectura de mi relato.

Creo que estábamos en la última fila del autobús que me conducía al trabajo... Sí, eso es. Las ocho menos cuarto. Página setenta y ocho de *El discurso del método*. Levanté una vez más los ojos del libro para ver cómo Araceli, una de las compañeras de Información, subía al autobús con la mirada de Pablo pegada al culo. Hacía tiempo que estaba convencido de que entre Pablo –uno de los pocos compañeros de oficina que solía hablar conmigo y el único que acostumbraba a esperarme para salir a desayunar– y Araceli había algo más que la lógica relación laboral que se establece entre dos personas que pasan siete horas al día trabajando bajo el mismo techo; algo a lo que no habría dado ninguna importancia si no fuera porque, de los dos, tan solo Araceli estaba casada. Y no es que yo sea el paladín de una moralidad caduca, sino que desde crío he hecho de la curiosidad improductiva mi modo de vida, curiosidad estéril pues no he pretendido jamás, en ningún caso, obtener beneficio alguno de todo aquello que voy averiguando de los demás. Podría decirse que soy un observador mudo que disfruto descubriendo cada día un nuevo detalle de la vida de cuantos me rodean, síntoma seguramente de la vacuidad absoluta de mi propia vida.

Pero mi enfermizo divertimento no se circunscribe al ámbito estrictamente laboral: la oficina municipal no es sino el centro neurálgico desde el que despliego mi actividad, el puesto de observación desde el que, diariamente, me dispongo a conocer o a imaginar todo lo posible acerca de quien el azar deje caer sobre mi telaraña.

Casi siempre es la llamada de algún ciudadano solicitando cualquier tipo de información el punto de partida de mis pesquisas. Sí, tal vez sea una chiquillería, pero encuentro un placer mayúsculo imaginando quién se esconde tras las voces que escucho al otro lado del teléfono: dónde puede residir, cuál será su edad, si tendrá hijos o no, cuáles serán sus bienes... Y el placer alcanza proporciones inconcebibles si al terminar la consulta compruebo lo acertado de mis predicciones en las distintas bases de datos a las que tengo acceso. Y desde luego, aquella mañana en que comenzó la pesadilla no tenía porqué ser distinta a una mañana cualquiera de las otras muchas que llevaba sentado ante la pantalla del ordenador.

El autobús abrió sus puertas como de costumbre, sobre la ocho de la mañana, para permitir el diario desembarco de una compañía de funcionarios. Después del café de bienvenida y el resumen de prensa, y mientras mis compañeros comentaban en animada charla el último programa de moda de la televisión, yo me senté frente a mi ordenador, no por tener unas especiales ganas de trabajar, sino porque las tertulias nunca han sido plato de mi agrado. Como hago todas las mañanas, saqué un paño que guardo en el primer cajón de mi mesa y, durante varios minutos, me entregué en cuerpo y alma a la misión de abrillantar el monitor de catorce pulgadas que es mi ventana a la realidad de la ciudad. Una nueva jornada de trabajo abría sus puertas.

Hacia las nueve y media de la mañana, Pablo, el teléfono sujeto con resignación entre el hombro y la cara, se esforzaba con denuedo en tratar de convencer a alguien de que aquella oficina no tenía nada que ver con el Ministerio de Hacienda, que se trataba de administraciones distintas. Yo estudiaba la expresión cada vez menos paciente de mi compañero cuando sonó el teléfono de mi mesa. Una, dos, tres veces... Lo descolgué con desgana y pronuncié las palabras rituales que confirmaban al ciudadano de turno que por fin había conseguido establecer contacto con las oficinas municipales de información general. Pablo ya había terminado de atender su llamada y entonces era él quien estudiaba mi rostro. Mi vecino de mesa comprendió en seguida que me hallaba en pleno proceso de moldeo de un cuerpo, de invención de una vida para el hasta entonces sujeto anónimo que acababa de llamar por teléfono. Pablo podía ver frente a sí unos ojos entrecerrados, unas cejas enarcadas y una mirada inteligente al tiempo que una mano ágil tomaba breves notas en una libreta de papel reciclado. Tres minutos más tarde, colgué el teléfono.

–¿Y bien? –preguntó Pablo esperando la descripción detallada que no tardaría en darle.

–Mujer, treinta y cuatro a treinta y ocho años, nivel cultural medio-alto, profesión liberal, casada, uno o dos hijos, domicilio céntrico, vehículo propio – además del de su marido– probablemente alemán –el coche, no el marido– y quizás alguna vivienda más aparte de la habitual. ¿Hace un café?

–¿Margen de error? –preguntó Pablo.

–Dos datos incorrectos –le aclaré.

–Hace –aceptó la apuesta.

A partir de los apellidos de la ciudadana, iniciamos la consulta de datos en los distintos archivos informatizados. Efectivamente, Laura Fonseca Montesol tenía treinta y siete años. Residía en el número cuarenta del paseo de la Constitución, en pleno centro de la ciudad, en una vivienda que estaba a su nombre en el padrón de bienes inmuebles; y en la misma vivienda se hallaban empadronados un individuo –Roberto Ramírez Fuentes, de treinta y nueve años– y dos mocosos, Roberto y Óscar, de siete y cinco respectivamente. En cuanto a la profesión, Laura estaba dada de alta en el impuesto de actividades económicas, epígrafe 441, correspondiente a la profesión de arquitecto. Y el matrimonio disponía de otras dos viviendas a nombre de alguno de los miembros de la pareja. El único error estaba en los coches, pues Laura y Roberto eran propietarios de dos vehículos, pero ninguno de ellos teutón: tenían en su garaje un Rover y un Peugeot, ambos bastante nuevos.

Satisfecho, indiqué a mi compañero el camino hacia la máquina de las lavativas. Pablo buscó unas cuantas monedas en su bolsillo, se levanto de su silla y salió de la oficina. Cinco minutos después estaba de regreso con un vaso de plástico en cada mano.

–No está mal ¿eh? Un solo fallo en toda mi deducción y nada más que en cuanto al país de origen de los coches...

Pablo cabeceaba asombrado, una vez más, de la perspicacia de su compañero de trabajo. Había presenciado más de una demostración de mi depurada técnica de análisis a partir de la palabra, pero jamás llegaría a asimilar tal grado de efectividad en los resultados obtenidos. Además, no estaba en condiciones de pronunciarse sobre si aquella actitud de permanente vigilancia le parecía ética o no.

–Alfonso, eres un cotilla como no he conocido otro. ¿De verdad te parece bien ir investigando la vida y milagros de todo Cristo? Es increíble lo que haces...

–¿Por qué te parece increíble? Todo el mundo se vigila constantemente: en las escaleras de casa, en el autobús, en el mercadillo... en el trabajo. No, no creo que mi caso sea excepcional. Además, tú mismo tomas parte en el juego y en ningún momento intervenimos en la vida de nadie; no utilizamos los datos para nada más que hacer apuestas inocentes entre nosotros, una manera como otra cualquiera de hacer más llevadera la mañana.

–Puede que tengas razón –concedió Pablo viendo que, efectivamente, hacía tiempo que se había contagiado de mi costumbre, en cuyo caso seríamos dos los enfermos a tratar–. ¿Sabes? Tengo la impresión de que si buscaras una aplicación práctica a tus dotes no habría hembra que se te resistiera: la capacidad de observación y la intuición son las dos características que más valoran las mujeres en los hombres... por infrecuentes, supongo. Por cierto, esta noche he quedado con un par de amigas y me preguntaba si te apetecería acompañarnos. Podríamos pasarlo muy bien.

El aplomo insufrible que demostraba en mis exposiciones de resultados se transformó de inmediato en sonrojo, embotamiento de ideas y febril tartamudeo al contemplar horrorizado la posibilidad de enfrentarme a un desconocido fuera de mi trinchera municipal, qué decir si se trataba de una desconocida. Torpemente, masticando una y otra vez cada sílaba hasta que conseguía escupirlas de mi boca, comencé a improvisar increíbles excusas, algo que ya esperaba Pablo.

–Hum... eh... ¿esta noche? No sé... no, creo que no podré... pero... es que... vaya, que tengo bastantes cosas que hacer en casa, ¿sabes? Pero te lo agradezco... otro día, ¿vale?

Respiré aliviado al ver que Pablo no seguiría insistiendo. No al menos por ese día. Tan sólo deseaba que llegase el fin de la jornada sin que Pablo volviera a sacar a relucir la cita con sus amigas. Lo único que yo quería era disponer de toda la tarde para aislarme en casa, con la única ventana al mundo exterior en que había convertido mi ordenador conectado a Internet, mis chats de conversación –en los que apenas intervenía, reservándome el papel de oyente en cada sala que visitaba–, los foros de discusión, los distintos clubes con miles de usuarios registrados de los que, en ocasiones, podía conocer sus rostros, sus gustos... incluso sus nombres auténticos en el caso de algunos incautos o primerizos en las relaciones virtuales. Y, a partir de un apellido, podía comenzar la persecución imparable de un teléfono al que no llamar, una dirección a la que no acudir, un buzón de correo electrónico al que no enviar un solo mensaje. Sólo datos, información inútil, detalles nimios que almacenar.

Era el contacto físico, tangible, lo que peor soportaba de mis cometidos dentro de la complicada organización municipal. De hecho, llevaba años optando a todos los concursos en los que se ofrecían puestos de trabajo en las plantas superiores del edificio –aquellos puestos que eximían a sus titulares del contacto con el público que tanto temía–, pero siempre se me adelantaba algún compañero mejor relacionado con el jefe del Servicio de turno que no dudaba en reclamarle a su lado, dejándome con la vana esperanza de intentarlo de nuevo en el siguiente concurso de traslados. Porque lo que yo sentía era auténtico pánico de la gente; temblaba como un conejo asustado ante una mano tendida hacia mí; era incapaz de decir “yo” o “servidora” cuando alguien

preguntaba en la frutería que quién era “la última”, lo que me acarreaba perder siempre la vez y ser atendido tan sólo cuando “la última” terminaba su compra; notaba el sudor brotando como de un manantial desde las axilas cada vez que alguien se sentaba en la silla dispuesta frente a mi mesa, bajaba la cabeza y la voz cuando tenía que atender al ciudadano que había utilizado esa silla – solamente mostraba algo más de desenvolvimiento en la atención telefónica–, me resultaba imposible mirarle cara a cara. Y ese era un problema que había afianzado sus raíces en mi vida desde la misma cuna. Incluso había llegado a visitar a un psiquiatra cuando era un chaval de diez años, en sesiones que se prolongaron durante varios meses y que sólo consiguieron engrosar todavía más mis fobias y el bolsillo del doctor elegido por mis padres, quien no se cansaba de repetir que, con paciencia y tenacidad, esperaba obtener una favorable evolución en el cuadro médico que mostraba aquel despierto pero retraído muchacho. Fue entonces, al cabo de un año de tumbarme en el diván, cuando mi padre murió en un accidente de tráfico y mi madre se vio obligada a recortar gastos, ajuste presupuestario que alcanzó de pleno –algo que me llenó de satisfacción– al psiquiatra de marras. Y no quiero decir con esto que la interrupción de las visitas semanales sea la causa de que jamás haya sido capaz de vencer esta obsesiva timidez... es más, ni siquiera considero que esa timidez sea un verdadero problema, aunque a punto haya estado de costarme la vida.

A menudo he interpretado mi existencia como una sucesión inacabable y repetitiva de actos contradictorios. Concretamente, una sucesión inacabable y repetitiva de dos únicos actos contradictorios: la huida permanente de lo que más temo –el contacto físico con mis semejantes, algo a lo que me veo diariamente abocado por razones estrictamente profesionales– y la búsqueda continua de señales de vida humana a mi alrededor. Sólo esa búsqueda explica mi obsesión por contemplar el parpadeo del piloto rojo de mi contestador automático o la siembra indiscriminada de direcciones de correo electrónico en cada uno de los portales que descubro, como puertas tecnológicas abiertas al mundo. Aunque más que puertas se asemejan a válvulas cardíacas, pues se comportan como vanos que sólo permiten el flujo de sustancias en un único sentido, de mí hacia los demás, nunca al contrario.

Precisamente, una de las manifestaciones más evidentes de la contradictoria expectación en que vivía era mi invariable comportamiento al llegar a casa y mi curiosa actitud ante el contestador. Nada más abandonar el trabajo, tomaba el mismo autobús de las mañanas que me dejaba a las tres y cuarto de la tarde a dos manzanas de mi refugio. Sin apenas despedirme de ninguno de los habituales de la línea, descendía cabizbajo del vehículo y me encaminaba hacia mi domicilio con paso mecánico y casi raspando las paredes como si fuera un perro abandonado por su amo en una ciudad desconocida.

La tarde en que todo comenzó, al abrir el buzón, me llevé una agradable sorpresa: junto a la habitual propaganda y la correspondencia bancaria a mi nombre, encontré un sobre que Citibank remitía a uno de mis vecinos, Carlos Martínez Bandrés, del tercero derecha de mi mismo bloque, y que el repartidor había introducido por error en mi casillero. Ya sé que lo correcto habría sido solventar esa pequeña equivocación metiendo el sobre en

la ranura adecuada, pero aquel rectángulo de color blanco y con ventana de plástico transparente contenía información vital para un tipo como yo: salvo que se tratase de publicidad, dentro del sobre encontraría, sin lugar a dudas, un extracto de la entidad con los movimientos económicos de uno de mis vecinos y, con un poco de suerte, el estado de la deuda que Martínez Bandrés mantenía con el Citibank pasaría a formar parte de mi patrimonio cultural.

Nervioso, coloqué la carta equivocada entre las mías y me dirigí al ascensor. Al llegar a mi planta –la cuarta–, me planté frente a mi puerta –la izquierda– y metí la llave verde en la cerradura superior. Cuatro vueltas a la derecha. Hice lo propio con la otra llave, la de la cerradura principal y entré en casa. Como hago siempre, volví a cerrar con llave y pasé la cadena de seguridad. Por fin me encontraba a solas.

Entré en el salón y miré a través de las amplias puertas correderas que daban acceso al balcón. Detecté una mancha –seguramente imperceptible para otros ojos menos entrenados que los míos– en el cristal de la hoja derecha. Lo froté vigorosamente con la manga de mi chaqueta hasta que el vidrio se volvió invisible. Esa es una de mis extrañas y afortunadas manías, la pulcritud extrema de todo tipo de cristales o materiales que han sido concebidos para mantenerse transparentes: ventanas, mesas de cristal, gafas, espejos, monitores de ordenador, pantallas de televisión...

Al entrar en el dormitorio alcé levemente la cabeza para poder ver el contestador automático, que quedaba oculto parcialmente por la cama. No sé por qué hago eso, porque lo que yo espero siempre es que el piloto rojo permanezca inmóvil, sin el parpadeo característico que previene de la existencia de mensajes pendientes de escuchar. Algo lógico cuando no se tiene la costumbre de facilitar el propio número a nadie –una de las pocas

excepciones era Pablo, y sólo por motivos prácticos: en alguna ocasión, me había quedado dormido y había sido mi compañero el encargado de despertarme—. De hecho, mi número no figuraba en la guía telefónica y jamás daba el número ni siquiera cuando me lo pedían en alguna tienda con la excusa de avisarme cuando hubieran recibido algo que yo les hubiera encargado. Y, sin embargo, siempre que entraba en mi dormitorio parecía esperar una llamada que nunca llegaba y ante la que, realmente, no habría sabido cómo reaccionar.

Pero esa tarde la bombillita parpadeaba furiosa, lanzando contra mis pupilas unos fogonazos rojos que jamás había esperado contemplar. Me sentí atraído y paralizado al mismo tiempo. Me quedé inmóvil, aferrado al marco de la puerta del dormitorio mientras trataba de adivinar quién podría haber acabado con la virginidad de la microcasete que tantos años llevaba introducida dentro de ese aparato. Por supuesto, la cinta debía ser portadora de terribles desgracias, pues en caso contrario no alcanzaba a comprender cómo alguien —tampoco se me ocurría quién y cómo había conseguido averiguar uno de mis datos más celosamente guardados— se había atrevido a perpetrar semejante intromisión en mi propio domicilio.

Indeciso, rodeé la cama y me planté frente al teléfono. Mi dedo índice pulsó el botón que activaba la lectura de mensajes entrantes. Hasta mis oídos llegó el siseo del rebobinado de la cinta y, de inmediato, volví a pulsar el mismo botón: la cinta calló de nuevo.

Me senté en la silla de mi escritorio. Saqué un pañuelo de papel del bolsillo y me enjuagué el sudor que comenzaba a estancarse sobre las cejas. Acumulé tres gotas de arroyo y pulsé una vez más el botón delator. Esta vez dejé que el contestador cumpliera su cometido: las palabras que se

almacenaban en la cinta hicieron que mi inicial nerviosismo se transformase en un desconcierto extremo.

“Hola, Alfonso. Mi nombre es Rebeca. Quizás tu no me conozcas, pero yo a ti, sí. Te veo todos los días –no soportaría que fuera de otro modo– y me pareces un hombre muy interesante. Me gustaría quedar contigo esta misma tarde. Te espero a las cuatro y media a la entrada del Café Bulevar. Estaré allí dispuesta a lo que tú me pidas. No me falles, por favor”.

La riada de sudor hasta entonces contenida desbordó con violencia la presa de mis cejas. Volví a rebobinar la cinta y a escucharla una y otra vez, analizando cada una de las palabras, tratando de detectar un timbre conocido en la voz de Rebeca. Pero, ¿quién era Rebeca? ¿cómo podía saber mi nombre? ¿cómo había obtenido mi número de teléfono? ¿y para qué quería verme?

Con un movimiento no consciente, bajé la persiana de la ventana del dormitorio y corrí las cortinas, temeroso de que alguien –quizás la propia Rebeca– pudiera estar vigilando mis reacciones desde el edificio de enfrente. Porque esa era una posibilidad que no debía desdeñar. La voz levemente mecánica de la allanadora de moradas había asegurado verme todos los días, y esa afirmación podía incluir a cualquier pasajera del autobús que me llevaba al trabajo cada mañana, a una compañera de la oficina, a alguna cliente de la panadería que visitaba antes de comenzar la jornada laboral y, por qué no, a alguna vecina de mi propia casa o de alguna de las de mi misma calle.

Eran las cuatro menos cuarto. Quedaban tan sólo cuarenta y cinco minutos para la hora que Rebeca había grabado a fuego en el contestador. Por

supuesto, en ningún momento consideré la posibilidad de acudir a la cita con aquella desconocida que había entrado en mi vida sin previo aviso, como una tormenta de verano. Pensaba que lo mejor que podía hacer era dejar que la tormenta se disipara por sí misma, que aquello no podía tratarse más que de un error. Pero descarté en seguida esa posibilidad: Rebeca me había llamado por mi nombre. Todo sería diferente si no fuera por ese detalle; si el mensaje hubiera sido dirigido de una forma genérica, si el destinatario fuera un destinatario impersonal... Con que hubiera comenzado diciendo “Hola, mi nombre es Rebeca. Quizá tú no me conozcas, pero yo... “, obviando el nombre de la persona que debía recibir la invitación para el Bulevar, mi preocupación sería menor. Pero tal y como se había expresado la mujer, no había dudas: el mensaje era para mí.

Las palabras de Rebeca –si ese era el nombre real de la mujer– me retrotrajeron a veinte años atrás. En aquella ocasión, con dieciséis años, vivía solo con mi madre. Mi padre había fallecido años atrás, al igual que mi hermano pequeño, a quien un médico incompetente no supo diagnosticar a tiempo una meningitis mortal. Así que sólo nos teníamos mi madre y yo, el uno al otro, unidos como siameses inseparables. Mi madre se volcó en mi cuidado desde el momento en que quedé como única descendencia hasta el día en que ella siguió los pasos iniciados por mi padre y continuados por mi hermano – poco después de cumplir yo los veinticinco–, y lo hizo con auténtico rigor: en ningún caso me dejaba solo en casa, me acompañaba a todas partes y a todas partes tenía que acompañarla yo a ella. Pero esa tarde quiso otorgarme algo más de libertad y salió de casa para hacer algún recado, no recuerdo exactamente qué.

Al poco de irse, sonó el timbre: era una de mis vecinas de rellano, una cría de catorce años que quería saber si en mi casa se veía bien la televisión. Venía acompañada por una prima o una amiga de su misma edad y, al comprobar que, inopinadamente, me encontraba solo, comenzaron a provocarme: que si era más guapo de lo que ella decía –comentaba la prima o amiga–, que si parecía mayor de la edad que tenía, que vaya ojazos... Poco a poco fueron avanzando algunos pasos hasta que llegaron a mitad del pasillo. Yo me sentí acorralado y empujé con fuerza a mi vecina, que se golpeó violentamente contra el marco de una puerta. Sí, mi reacción pudo ser desproporcionada, pero el miedo provoca actitudes apasionadas difíciles de controlar. El caso es que las dos muchachas empezaron a insultarme y a golpearme con fuerza con sus puños adolescentes. Yo no sentía ningún dolor, pero sí un pánico hasta entonces desconocido: nunca me había enfrentado a una situación similar, nunca había estado fuera del radio de acción de mi madre. Y la voz de Rebeca era como el caminar de mi antigua vecinita y su amiga o prima, entrando en mi casa vía telefónica con idéntico y pavoroso efecto que la intromisión física de veinte años atrás.

Poco a poco, fui recobrando la calma. Cabía la posibilidad de que se tratase de una broma detrás de la que podía estar incluso Pablo, mi propio compañero y una de las pocas personas que estaban al tanto de mis aficiones detectivescas aplicadas a desconocidos; y quizás la única persona que sabía mi número de teléfono. Pablo conocía mi tendencia a entrar en las vidas ajenas –aunque siempre he mantenido que, en ese aspecto, me limito a entreabrir la puerta sin traspasar el umbral– y ahora me podía estar prescribiendo una dosis de mi jarabe favorito. Además, la implicación de Pablo en lo que yo consideraba una broma de mal gusto daba respuesta a todas las cuestiones

que me había planteado al oír el mensaje y que ponían en duda la supuesta invulnerabilidad de mi vida privada: sólo a través de Pablo podía haber obtenido mis datos personales la tal Rebeca.

Sentado frente al teléfono mudo, comencé a imaginarme a Pablo y Rebeca emboscados en algún lugar desde el que pudieran vigilar la puerta de entrada al Bulevar, esperando impacientes mi llegada, incapaces de contener una estruendosa carcajada de satisfacción cuando me vieran entrar en la céntrica cafetería. Pero no señor, no iba a darles ese gusto, se podían reír de su padre que a mí no me verían por allí ni de lejos.

Ya había tomado mi decisión irrevocable que, dado mi carácter huidizo, no podía ser otra que la de eludir el contacto con la dichosa Rebeca. Pero todavía tenía algo que averiguar: ¿quién podía ser esa mujer? Y decidí aplicar el único método que conocía para tratar de descubrir el rostro que se ocultaba tras una voz mecanizada y un nombre de película y chaqueta de entretiempo.

En primer lugar, y suponiendo que Pablo estuviera implicado en aquel asunto, Rebeca podía ser una de sus muchas amigas o alguna de nuestras compañeras de trabajo. Como no conocía a ninguna de sus amigas, pensé que lo que debía hacer era volcarme en el estudio de la grabación y tratar de reconocer, en la voz de Rebeca, la de alguna de las mujeres de la oficina. Por otra parte, y dado el momento en que tenían que haberme dejado el mensaje – aquella misma mañana–, si Pablo había participado en el asunto, Rebeca tenía que ser también una compañera, pues la llamada tenía que haberse realizado desde el propio Ayuntamiento o desde alguna cabina de los alrededores.

Saqué papel y bolígrafo y volví a activar el contestador. Tras escuchar el mensaje tres o cuatro veces más había conseguido transcribir cada una de las palabras que lo componían. Rebeca parecía algo mayor que yo, quizá

hubiera traspasado hace algún tiempo la cuarentena. La voz era grave, educada pero con una cierta inflexión indolente, aplomada, sin quiebros. Era una voz que no mostraba ningún resquicio dubitativo en cuanto a lo que quería expresar. Si acaso, un cierto tono entre el ruego y la imposición en las palabras finales, que incluso podrían interpretarse como una educada amenaza: “No me falles, por favor”. Y no pude evitar ruborizarme cada vez que volvía a escuchar el evidente ofrecimiento carnal que suponía aquello de “...dispuesta a lo que tú me pidas”.

Una vez analizada la voz, traté de concentrarme en el sonido de fondo de la grabación. Pretendía reconocer algún sonido familiar, algo que me sugiriese el lugar desde el que se había efectuado la llamada, algo que confirmase mis sospechas: algún aviso de megafonía, las campanadas de una catedral, el pitido de uno de los semáforos para ciegos cercano a la oficina... No obtuve ningún resultado positivo: la grabación estaba absolutamente limpia de contaminación acústica. Tan sólo el sonido característico del arrastre de la cinta y, quizás, un débil timbre de teléfono sonando tras la voz de Rebeca.

En ese momento el sonido mucho más intenso de mi propio teléfono llenó el aire del dormitorio provocándome un violento sobresalto. Consulté mi reloj: las cinco menos diez. Un nuevo timbrazo. Coloqué la mano sobre el aparato, dispuesto a descolgar. Mi mano se negaba a colaborar. Tercer timbrazo. Quizás fuera Rebeca, cansada de esperar o intentando llevar más lejos la broma. Deje que el cuarto timbrazo golpease mis oídos antes de que saltase el contestador. Escuché mi voz mecanizada, una voz levemente nasal que me costaba reconocer como mía. Me quedé inmóvil y contuve la respiración, puerilmente temeroso de que Rebeca pudiese escuchar mi aliento a pesar de no descolgar el teléfono. Al sonar el pitido que avisaba del momento

a partir del cual se podía comenzar a grabar un mensaje, agucé el oído, pero Rebeca parecía dispuesta a hacerme esperar. No dijo nada, sólo su respiración entrecortada, el ruido de una bocina de coche y el clinc que anunciaba que había colgado su teléfono. Rebeca quería seguir manteniendo vivo su anonimato; el mío había quedado definitivamente sepultado en una vulgar microcasete.

3

Me levanté temprano. En realidad, me acosté demasiado tarde y me levanté demasiado temprano, lo que, aplicando una sencilla operación aritmética, daba como resultado un total de cinco horas en las que Rebeca se paseó a su antojo por las enredadas sendas de mis cisuras cerebrales.

Y si esa noche no me dejó en paz, tampoco la tarde anterior me había podido librar de ella. No me había podido concentrar en nada más desde que escuchase por primera vez el verbo exigente de aquella desconocida. Aunque me conecté a la Red en cuanto Rebeca colgó el teléfono –un modo como otro cualquiera de evitar que el aparato volviese a sonar, aun a costa de una factura telefónica excepcionalmente alta–, no podía dejar de pensar en ella; fue una tarde en la que, más que navegar por Internet, floté como si fuera un trozo de madera procedente de un naufragio.

Ni siquiera cancelé la conexión mientras cenaba ante el televisor. En cuanto terminé con el bocadillo de cada noche, y después de tomar mi reglamentaria taza de café bien cargado, volví a mi dormitorio y me senté frente al ordenador. Introduje mi apodo –teveo, todo junto– en uno de los chats que acostumbro a visitar y me dispuse a intentar leer lo que decían las incontables

palabras que unos cuantos usuarios gritaban a la vez. Aunque estaba bien entrenado en el arte de seguir varias conversaciones escritas al mismo tiempo sin que se mezclasen las idénticas estupideces de unos y otros, aquella noche mis pupilas se perdían entre tanta frase inconexa. Y todo por culpa de Rebeca, a quien no había manera de desalojar de mi mente. Porque, aunque me había intentado convencer de que aquella intromisión debía tener un origen lógico – con Pablo como organizador–, algo me decía que quizás no fuera todo tan simple. Por si fuera poco, cuando apagué definitivamente el ordenador y ya estaba a punto de acostarme, el estridente sonido del teléfono volvió a sacudirme con rabia: dos timbrazos y quien quisiera que estuviera al otro lado colgó.

Intenté creer que el aparato no había sonado. Apagué las luces y me embocé con las sábanas hasta la nariz, los ojos enfocados en un punto invisible un poco por encima del techo del dormitorio. Me resultaba imposible conciliar el sueño con esa mujer deambulando sin descanso por mi imaginación y, conforme las horas iban arrastrándose lentamente por los dígitos luminosos del despertador, la ansiedad por dormir galopaba sin freno por todo mi cuerpo.

A las dos y media de la madrugada, cuando parecía que comenzaba a divisar las lindes entre el sueño y el desvelo, el camión de la basura y la vibración que producía en los cristales a su paso me devolvió violentamente al insomnio inicial. Ya no conseguí pegar ojo y, a las seis de la mañana, decidí levantarme de la cama. Me duché con más calma de la habitual, desayuné mientras se ventilaba la habitación, me vestí y salí de casa.

Eran las siete. Todavía faltaba una hora para el momento de fichar y aproveché para ir caminando al trabajo. Y no lo hice sólo por llenar esos sesenta minutos con un desacostumbrado paseo matutino, sino

fundamentalmente por evitar un autobús que quizás fuera el mismo que cada mañana llevaba a Rebeca hasta su trabajo. Porque esa era una de las probabilidades que no podía descartar: que Rebeca no tuviera nada que ver con Pablo, que simplemente fuera una viajera de la línea que utilizaba yo a diario y que, injustificadamente, creyera tener alguna opción con un solitario como yo. O peor aún, que se tratase de alguna neurótica que se hubiera encaprichado de mí. En cualquier caso, y como medida precautoria, lo mejor era dejar de utilizar el autobús en los desplazamientos de casa al trabajo y a la inversa. Al menos durante unos días, hasta ver si mi cara se le olvidaba a Rebeca, hasta ver si perdía mi número de teléfono.

Llegué al Ayuntamiento cinco minutos antes de la hora. Fiché y me fui directo a la máquina del café. Un hombre y una mujer, a los que tenía vistos en el servicio de Contabilidad, trataban de encontrar la diferencia de sabor entre un café con leche con poco azúcar y un cortado dulce. Esperé mi turno y, una vez tuve mi correspondiente brebaje entre las manos, me dirigí a mi mesa. Me senté y conecté el ordenador mientras esperaba la llegada del resto de mis compañeros.

No puede decirse que mi comportamiento en la oficina fuese perfectamente normal. De hecho, incluso un tipo como Pablo, más proclive a observar a las mujeres que a prestar atención a su propio compañero de mesa, tuvo que detectar alguna diferencia en mi rostro de rasgos permanentemente inmutables.

A lo largo de la mañana, Pablo se percató en varias ocasiones de que mis ojos le miraban fijamente, sin disimulo alguno. Pretendía encontrar en su cara indicios de su participación como cabecilla en el asunto Rebeca. Pero lo

único que hallé fue una expresión de extrañeza, una sonrisa traviesa y una voz burlesca.

–¿Por qué no haces más que mirarme? ¿No te estarás enamorando de mí, verdad?

El color rojo de una piel encendida por la vergüenza acudió a mi cara al oír a Pablo planteando aquella posibilidad. Mi tartamudeo se acentuó como nunca.

–Pe-ero, ¿qué dices, hombre? No te he mi-irado en toda la ma-añana...

Pablo no se molestó en rebatir la mentira que acababa de escuchar. Volvió a su trabajo como si yo no estuviera frente a él y me ignoró durante lo que quedaba de mañana igual que el resto del personal al que yo no dejaba de observar. Porque aquel día no deje de estudiar a todas mis compañeras, tratando de adivinar cuál de ellas encajaba en el perfil que había imaginado para Rebeca. Por supuesto, lo primero que había hecho al conectar mi ordenador era comprobar si había alguna Rebeca entre el personal municipal. Nada. Bueno, estaba Rebeca López, paradójicamente adscrita al Servicio de Juventud aunque tenía sesenta y cuatro años, pero no me la podía imaginar gastándome bromas de ese tipo ni de ningún otro. Además, su voz no tenía cuarenta sino sesenta y cuatro años.

También cabía la posibilidad de que Rebeca fuera un nombre inventado para la ocasión, lo que ampliaba el círculo de sospechosas de un modo absolutamente inabarcable. Y en esa categoría entraban ya todas las mujeres que ocupaban las mesas que rodeaban la mía, pero ninguna de ellas me lanzó una sola mirada en todo el día. Claro que eso era perfectamente normal, pues nunca parecían percatarse de mi presencia. De hecho, si alguna me hubiera dirigido un simple vistazo la habría colocado en el lugar más alto de

mi lista de candidatas a ser Rebeca, pues entendería que estaba tratando de averiguar hasta qué punto había sido eficaz la broma telefónica.

En cualquier caso, al acabar la jornada de trabajo había llegado a dos preocupantes conclusiones: que Pablo nada tenía que ver en aquella broma – por más que estudié cada uno de sus gestos durante toda la mañana, ni uno sólo de sus músculos faciales amenazó con componer un amago de sonrisa delatora– y que tampoco ninguna de mis compañeras parecía la autora de la llamada matutina al contestador y las dos posteriores que pude escuchar –la de la tarde, poco antes de las cinco y la nocturna que me impidió descansar como acostumbro.

Y cuando llegué a casa, un nuevo sobresalto, aunque en esa ocasión ya iba preparado para lo que podía encontrarme cuando estirase el cuello por encima de la cama en busca del piloto rojo del teléfono. Había cerrado la puerta con las dos llaves, había pasado la cadena de seguridad y había cubierto los cuatro o cinco metros que separan el recibidor de la puerta del dormitorio con paso indolente, pero incapaz de evitarlo. Me sentía como un insecto atraído por la mortífera luz del matamoscas eléctrico de un bar. Y sobre la mesilla, las epilépticas pulsaciones rojas del contestador. Un parpadeo, un solo mensaje sin escuchar: eso era lo que me confesaba el aparato.

Ya advertido de lo que podía contener la cinta, bajé la persiana antes de tomar cualquier decisión. Podía borrar el mensaje y negar su existencia, pero eso no me iba a librar del horror de recibir nuevas llamadas de Rebeca. Así que decidí accionar el contestador y someterme a la tortura del acoso de la mujer. Pero antes me dirigí al baño y rebusqué en la caja de los medicamentos hasta encontrar el Rivotril, uno de mis anticonvulsivos favoritos. Tomé dos comprimidos con un sorbo de agua y volví al dormitorio. Todavía contemplé

durante unos segundos el repetitivo guiño de la diminuta bombillita roja. Pulsé el botón y escuché.

“Hola de nuevo, Alfonso. Como verás, no me olvido de ti aunque tú no me hagas caso. Te esperé durante una hora, algo que no había hecho nunca por ningún hombre. Te llamé un par de veces pero estaba demasiado indignada con tu actitud, así que preferí no decirte nada. Ahora estoy más calmada y quiero darte una nueva oportunidad, así que te espero en el mismo sitio y a la misma hora. Recuerda: el Bulevar, cuatro y media. No me falles esta vez”.

Mi temperatura corporal experimentó una apreciable disminución en cuestión de segundos. O al menos esa era mi sensación, debido sin duda al sudor frío que recubrió mi cuerpo de un modo instantáneo. Me aflojé el cuello de la camisa en un intento desesperado de poder inhalar un mayor volumen de aire. Las palpitaciones aumentaron a un ritmo trepidante. Apenas pude contener las ganas de vomitar hasta que llegué al baño. Vacíé en el inodoro el escaso contenido de mi estómago –no había comido nada desde la hora del almuerzo, sobre las diez de la mañana– y me sentí un poco mejor. Me lavé la cara y me enjuagué varias veces tratando de eliminar el mal sabor de boca que me había quedado. Entonces me di cuenta de que los ansiolíticos que había tomado poco antes no podían haber hecho efecto y tomé otra dosis, ahora cuatro comprimidos adicionales de clonazepam. Me tumbé en la fría cerámica del aseo e intenté relajarme.

Diez minutos más tarde me encontraba algo más sereno, pero en ningún caso me sentía con ganas de volver a escuchar la voz de Rebeca. Y

aunque había descartado casi por completo a Pablo como inductor de aquellas llamadas, decidí telefonar a mi compañero y salir de dudas de una vez por todas. Si quedaba claro que él no había participado en lo que ya había dejado de ser una broma, quizás pudiera ayudarme a descubrir la identidad de la mujer. Pablo descolgó el auricular al segundo tono, lo que me hizo pensar que estaba al lado del aparato esperando mi llamada.

–Pablo, no tiene ninguna gracia lo que me estáis haciendo... creo que os habéis pasado conmigo.

–Pero, ¿se puede saber quién eres? Ah, coño, Alfonso... perdona, chico, pero es que no te había conocido la voz. ¿Y de qué me hablas? ¿Qué te ocurre? Pareces algo alterado.

–¿Alterado? ¿Alterado, dices? Estoy fuera de mí... así que espero que la tal Rebeca no sea ninguna amiga tuya, porque no sé hasta dónde sería capaz de llegar...

–Vamos a ver, Alfonso ¿de qué hostias me estás hablando? ¿y quién es esa Rebeca? De verdad, siempre te he considerado un poco raro, pero esto ya es demasiado.

El estupor de Pablo parecía demasiado auténtico para ser una actitud ensayada. Así que decidí contarle lo sucedido, pretendiendo encontrar en él su solidaridad con mi indignación. Pero cuando terminé de referirle lo que me había ocurrido las dos últimas tardes no quiso darle demasiada importancia al asunto de las llamadas. La broma de mal gusto de alguna petarda, fue su conclusión.

–Que no, Pablo, que esta tía no es normal. Parece... no sé, tiene voz de desquiciada, de desesperada... No te lo creerás, pero tengo miedo de ella.

Pablo conocía sobradamente mi historial clínico. Yo jamás había comentado nada con mis compañeros acerca de mis primeras visitas al psiquiatra cuando tenía diez años, aquellas visitas interrumpidas por la traumática desaparición de mi padre y a partir de las cuales el especialista me pudo diagnosticar fobia social; ni tampoco había hablado nunca de mi regreso a la psicoterapia cuando la muerte de mi madre; ni, por supuesto, de mi primer y único intento de suicidio un año después de su desaparición –algo que mi psiquiatra consideró como un mero intento de llamar la atención, pero que tuvo como consecuencia directa la duplicación de las dosis de Tofranil y Rivotril que me hacía ingerir diariamente—. Pero a pesar de haber intentado ocultar todo aquello, el Ayuntamiento es como un pequeño pueblo en el que las intimidades se difunden sin necesidad de pregonero alguno, y no creo que hubiera un solo funcionario ignorante de mi situación médica. Y eso fue lo que hizo que Pablo no se riera en mis narices de mis temores hacia Rebeca. Muy al contrario: en cuanto nombré la palabra miedo, mi compañero se puso a mi entera disposición.

–¿Quieres que acuda yo en tu lugar a la cita con Rebeca? Así podría averiguar de quién se trata y decirle cuatro cosillas...

–¿Crees que llegarías a tiempo? La cita es en el Café Bulevar, dentro de... –consulté mi reloj y me sorprendí al comprobar lo tarde que ya era– ¡diez minutos!

–Pues no se hable más, salgo ahora mismo para allá... y no te preocupes: te llamaré en cuanto sepa algo de esa admiradora tuya. Ah, y si está buena, despídete de ella: no pienso dejarla escapar –bromeó queriendo aliviar la tensión que seguía ahogándome.

Pablo colgó el teléfono sin darme tiempo siquiera a agradecerle su ayuda. Con un poco de suerte, en cuestión de media hora podría tener algún detalle sobre la mujer que llevaba dos días alterando mi frágil equilibrio mental. Pero, a pesar de que la respuesta a mis preguntas sobre la identidad de Rebeca iba a llegar previsiblemente en muy poco tiempo, no supe en qué emplear aquellos treinta o cuarenta minutos de modo que la espera no me resultase demasiado angustiada. No podía perderme en las aguas de Internet, pues eso suponía tener la línea ocupada, de modo que Pablo no podría ponerse en contacto conmigo. Pero ese mismo hecho me obligaba a enfrentarme a la posibilidad de que fuera la propia Rebeca quien me llamase, adelantándose a mi compañero. Y eso me provocaba una angustia infinita, una ansiedad creciente, un desasosiego asfixiante... Por otra parte, tampoco me apetecía encender el televisor, pues me sentía incapaz de prestar la atención suficiente para seguir el hilo de cualquier programa que pudieran estar dando. Finalmente, encontré la actividad ideal para pasar aquel rato de espera: limpiar los cristales de todas las ventanas, uno de mis pasatiempos favoritos, una de mis manías preferidas y más inofensivas...

Empecé por el salón, primero las ventanas y después las puertas del balcón, dos hojas de ciento veinte centímetros de anchura cada una que abarcaban prácticamente desde el suelo hasta el techo de la habitación. Continué con la ventana de la cocina y después me dirigí al dormitorio. El timbre agudo del teléfono me clavó al suelo de madera. Eran las cinco menos diez, la misma hora a la que Rebeca me había llamado por segunda vez el día anterior, y esa coincidencia me hizo temer lo peor. De nuevo la sudoración fría característica de un previsible ataque de ansiedad, de nuevo la sensación de ahogarme en mi congoja... Opté por dejar que saltase el contestador en

previsión de que no fuera Pablo el interlocutor al que hallase al otro lado de la línea en caso de atender personalmente la llamada. En esta ocasión, después de escuchar el mensaje saliente y el pitido que constituía el pistoletazo de salida para quien quisiera dejar grabado algún recado, pude oír la voz que tanto temía escuchar.

–Alfonso, sé que estás ahí y te diré que no me ha gustado nada el truco de enviar a nuestra cita a Pablo, tu compañero de trabajo. Reconozco que no está mal, pero a quien quiero es a ti. Alfonso, por favor, descuelga el teléfono... de acuerdo, ocúltate si lo deseas, pero no te va a servir de nada. Verás, mañana es tu última oportunidad para acudir a mi encuentro: si no estás a la misma hora y en el mismo sitio de siempre, yo iré a buscarte aunque sea a tu propia oficina. Hasta mañana.

En el preciso momento en que Rebeca colgaba, yo quise asir el auricular y gritarle puta, zorra, déjame en paz, no quiero saber nada de ti... pero nada de eso pude hacer: permanecí inmóvil, el limpiacristales en una mano y el paño en la otra, hasta que dejé caer blandamente el trapo al suelo y arrojé con violencia el bote contra la pared. Luego, caí desplomado sobre la cama. Escondí la cabeza entre mis brazos y rompí a llorar y a golpear el edredón con mis puños, rabioso e impotente, rota la escasa calma que había logrado mantener mientras brillantaba vidrios.

Había pasado la noche en blanco por culpa de aquel monstruo con voz de mujer, por mi sangre navegaban los principios activos de los fármacos que había ingerido en dosis superiores a las habituales –con el subsiguiente incremento de la somnolencia que la medicación me provocaba– y la última llamada de Rebeca me había sometido a un excepcional grado de tensión. Así que no era extraño que, tras llorar toda mi impotencia, pasase las dos horas

siguientes dormido sobre la cama. Cuando desperté, estaba frío y tenía la boca pastosa. Fui al lavabo, bebí un trago de agua y lo acompañé con un Valium 10. Antes de volver a tumbarme en la cama, desconecté el contestador: en modo alguno quería volver a oír la voz de Rebeca. Eran más de las siete de la tarde y comenzaba a oscurecer. A través de la ventana de mi dormitorio podía ver el resplandor de las luces procedentes de la calle, de las viviendas enfrentadas a la mía. El teléfono sonó tres o cuatro veces a lo largo de las horas siguientes, pero ni siquiera me sobresalté al escuchar el timbre en la penumbra de mi duermevela.

4

Desperté, temblando de frío, a las cuatro y media de la madrugada. Todavía no había comenzado la campaña de calefacción y la casa estaba helada. Además, cuando me quedé dormido ni siquiera me cubrí con una sábana; simplemente me acurruqué sobre la cama pensando que no iba a poder conciliar el sueño, convencido de que, tras unos minutos de descanso, me encontraría mejor y podría levantarme. Sin preocuparme por cambiar mis ropas de calle por un más cómodo pijama, me metí bajo el edredón y de inmediato comencé a pensar en Rebeca y en todo lo que me estaba ocurriendo durante los últimos días.

Rebeca me había demostrado en el minuto escaso que duraba su última intervención que no sólo estaba al corriente de bastantes aspectos de mi vida, de mis movimientos cotidianos y, lo más preocupante, de mis datos personales, sino que también conocía a la gente de mi entorno. Porque su referencia a Pablo estaba de más, no era necesaria en absoluto: simplemente

era el modo que Rebeca tenía de decirme que sabía más de mí de lo que yo pudiera imaginar, que su información sobre mi vida no se restringía al círculo más inmediato –mis propias circunstancias– sino que se desplazaba en movimientos concéntricos alrededor de mi persona.

Y había un aspecto que me resultaba casi más doloroso que el propio hecho de que Rebeca dispusiera de todos aquellos datos sobre mí: me preocupaba más el cómo había conseguido descubrir mi máspreciado tesoro cuando siempre había sido una persona terriblemente celosa de mi intimidad –quizás porque conocía como nadie las múltiples fuentes de información que se hallan al alcance de cualquier desaprensivo–. Y no encontraba para esa pregunta otra respuesta que la más evidente, la más cercana a mi propia realidad: que Rebeca era otra persona que padecía los mismos ataques de curiosidad que yo y que además disponía de los medios necesarios para satisfacerlos. Fue entonces cuando fui consciente de lo peligroso que yo mismo podía resultar para mis conocidos y desconocidos más inmediatos, aunque no se deba tomar esta revelación como la moraleja de una fábula infantil sino como lo que simplemente es: ni más ni menos que la constatación de un hecho evidente.

La radio despertador se puso en marcha, con precisión militar, a las seis y media. Habitualmente, la voz del locutor es el detonante de una sucesión de actividades medidas al segundo: cinco minutos de remoloneo en la cama hasta el pitido del segundo despertador, levantarme y abrir la ventana para ventilar el dormitorio mientras voy al baño y después a la cocina. El minuto que tarda el microondas en calentar el café con leche es lo que me cuesta untar un par de tostadas con mantequilla y mermelada. Tras el desayuno, fregar plato y tazón y nuevamente a la cama hasta que dan la rueda de temperaturas. Sólo

entonces me levanto definitivamente, hago la cama, me ducho y me dispongo a ir al trabajo.

Pero aquella mañana tenía muy claro que no debía ir a la oficina. Sé que dar la espalda a la realidad es una actitud que se puede calificar de poco valiente, pero no me importa ser un cobarde –aunque yo prefiero utilizar el calificativo prudente– si ese comportamiento me ayuda a sobrevivir. En cualquier caso, la de no acudir a la oficina era una decisión que había tomado nada más despertarme de madrugada, así que dejé que el locutor fuera desgranando las noticias del día mientras yo me acurrucaba bajo el edredón en espera de que dieran las ocho y media, hora a la que pensaba llamar a Pablo al trabajo.

Creo que mi compañero esperaba exactamente eso de mí, pues recibió mi anuncio de tomarme unos días de permiso sin ninguna expresión de sorpresa en su voz.

–No te preocupes, Alfonso, yo me encargo de rellenar el parte de ausencia. Por cierto, que ayer te estuve llamando toda la tarde y no había manera de que contestaras. ¿No estuviste en casa?

–Claro que estuve en casa... pero me quedé dormido y no oí el teléfono –mentí para no reconocer que no estaba en condiciones de atender sus llamadas y que, por otra parte, tampoco tenía la seguridad de que fuera él quien estuviera al otro lado de la línea–. ¿Pudiste averiguar algo de esa mujer?

–A eso iba, Alfonso. Verás, no te lo tomes a mal, pero ¿tú estás seguro de que esa Rebeca va tras de ti? ¿no podría ser una equivocación? Porque en el Bulevar no había nadie que encajase en lo que yo andaba buscando...

Estupendo, pensé, no sólo me acosan sino que además quien debe ayudarme no se cree una palabra de lo que le digo...

–Escucha, Pablo: no estoy tan loco como tú piensas, esa mujer existe, tengo su voz en una cinta y, por si fuera poco, ayer me llamó mientras tú debías vigilarla. Y por cierto, debes saber que también conoce algunas cosillas sobre ti, concretamente cómo te llamas y dónde trabajas...

–Vamos, vamos, Alfonso, no quería molestarte... pero es que te juro que allí no había nadie que respondiera a las características que se le suponen a Rebeca. A ver, ¿qué te dijo ayer cuando te llamó?

–Que me esperaba hoy por última vez –respondí manteniendo mi postura de hombre ofendido por la duda de los demás–. Y que si no acudía, ella misma iría a verme a la oficina. Así que, como comprenderás, ni voy a ir esta tarde al maldito Bulevar ni mañana al trabajo...

–De acuerdo, de acuerdo, me parece una postura inteligente... tal vez al final se cansé de toda esta película. De todos modos, esta tarde volveré a acercarme en tu lugar y trataré de ser más astuto que ayer. Ya te llamaré con lo que pueda descubrir...

–Ni se te ocurra acudir a la cita, Pablo; sólo conseguirás cabrearla más, y ya me está empezando a asustar esta tía. Y, en cualquier caso, no me llames, no pienso coger el teléfono hasta que pase todo esto. Si necesito algo, ya te localizaré yo a ti –y colgué el teléfono sin dejar que Pablo pudiera discutir mis instrucciones.

Confieso que se me ocurrió de repente, pero en seguida me pareció una magnífica idea, la panacea universal, la solución a todos mis problemas: si quería evitar que Rebeca me llamase, no tenía más que cambiar de número. Sí, es cierto que ella podría averiguarlo, no sería la primera vez que lo hiciera, pero en cualquier caso conseguiría una tregua más o menos larga. Y si en esta ocasión era más celoso que nunca respecto a mis datos personales... quién

sabe, tal vez nunca volviera a saber nada de aquella mujer. Volví a descolgar el auricular y marqué el 1004.

–Telefónica, línea de Atención Personal, le atiende Pedro Márquez, en qué puedo ayudarle...

Me quedé callado unos segundos. Aquel soniquete metálico e impersonal no me permitía discernir si me enfrentaba a una grabación o a un empleado de carne y hueso. Sólo cuando Pedro Márquez carraspeó y volvió a preguntar en qué podía ayudarme, supe que había llegado mi turno de hablar.

–Buenos días, quería solicitar un cambio de número de teléfono.

–¿Un cambio de número de teléfono? Querrá usted decir de número de abonado...

–Bueno, pues un cambio de número de abonado si lo prefiere. ¿Qué datos le tengo que dar?

–A ver, a ver, no tan deprisa; por lo que entiendo, se va usted a cambiar de domicilio y quiere que le mantengamos el mismo número de abonado, ¿no es eso?

–Pues no, no es eso. Se trata justamente de lo contrario: quiero cambiar de número sin tener que cambiar de domicilio. Supongo que se puede hacer ¿no?

–Sí, por supuesto que es posible. Pero claro, técnicamente se trata de una baja y un alta simultánea y no sé yo si... A ver, dígame, ¿dónde vive usted? ¿o cuál es su número actual?

Pedro Márquez comenzaba a resultarme francamente cargante, y eso de tener que facilitar mis datos al primer fulano que me los pidiera era algo más de lo que estaba dispuesto a conceder sin exponer mis dudas.

–¿Y para qué quiere saberlo, si no es mucho preguntar? Porque comprenderá usted que con todo lo que se oye por ahí sobre la protección de datos personales...

–Hombre, si usted quiere saber si podemos darle de alta con un nuevo número de abonado, tendré que saber su número actual... vamos, digo yo – Pedro Márquez comprendió por mi silencio que tendría que darme alguna explicación más satisfactoria si quería obtener algo de mi parte—. Es para saber si tenemos líneas disponibles en la zona...

–¿Y qué pasa si no tienen líneas disponibles?

–Pues que tendrá que esperar varias semanas, quizá algunos meses. A no ser, claro, que exista una causa de fuerza mayor que aconseje el cambio... en ese caso, se puede tramitar como una solicitud urgente.

–Existe una causa de fuerza mayor –expliqué convencido de que estaba a punto de ganarme el derecho a ser tratado como una solicitud urgente–: hay una mujer que me está acosando desde hace varios días.

–Vale, en tal caso debe usted presentar una denuncia en la policía, ellos pedirán una autorización judicial para pincharle el teléfono y asunto resuelto.

–Pero es que yo no quiero presentar ninguna denuncia. Además, eso tardaría semanas; seguro que hay otro modo de resolver el asunto...

–¿Me está proponiendo algo ilegal? No querrá que le pinche yo el teléfono sin ninguna autorización, ¿no? Porque, si es así, haré como que no he oído nada.

Por fin comprendí que aquel no era mi día de suerte: de los cientos de empleados que Telefónica tenía en plantilla, había ido a dar con el más idiota de todos. Y no sólo eso: además estaba a punto de volverme idiota a mí

también con aquella estúpida conversación. Definitivamente, cambiar de número de teléfono tenía que ser más fácil que todo eso, sólo era cuestión de hablar con algún empleado que no hubiera pasado los últimos veinte años encerrado en un manicomio. Colgué el auricular sin despedirme de Pedro Márquez decidido a intentarlo de nuevo en otra ocasión.

Después del habitual desayuno consistente en café con leche y tostadas, con la peculiaridad que suponía tomarlo en esa ocasión a una hora desacostumbrada para ser un día de labor, pensé que, si no resultaba tan sencillo lo de cambiar de número de teléfono, siempre me quedaba la opción de permanecer el mayor tiempo posible conectado a Internet como medio para evitar oír el temido sonido del timbre. Además, nunca había entrado en un chat matinal entre semana –salvo en época de vacaciones– y sentía curiosidad por conocer el tipo de individuos que perdían el tiempo intercambiando palabrería inútil en esa franja horaria.

Así que, sin siquiera fregar el tazón del desayuno ni hacer la cama, me senté frente a mi mesa de trabajo y encendí el ordenador. Conecté el modem, hice doble clic en el icono de acceso a la Red y ¡zas!, en treinta segundos ya estaba en el hiperespacio. Como era previsible, ninguna de mis cuentas de correo tenía mensajes sin leer –nunca había recibido una sola carta de otros navegantes, salvo del tipo spam o lotes de correo comerciales–. Me fui directamente a una de mis salas favoritas, la de más de treinta años en Hispachat, introduje mi nick y me crucé de brazos dispuesto a no perder detalle de cuanto apareciera en mi pantalla. Y debo reconocer que las conversaciones matinales son mucho más jugosas que las nocturnas, siempre llenas de críos con ganas de llamar la atención y que no hacen sino molestar a todo Cristo con sus chorradas de adolescentes. Sin embargo, aquella mañana pude seguir

charlas interesantes, como la que sorprendí entre dos tipos nada más entrar en la sala: durante diez minutos, antes de desaparecer en la intimidad de un privado, Frodo y Zgz –esos eran los apodos de los dos individuos– no dejaron de hacerse confidencias acerca de lo mal que lo pasaban desde que les habían abandonado, casi un año antes, sus respectivas parejas.

Me entretuve con el ordenador durante toda la mañana, y el hecho de retomar mi actividad habitual de observación de lo que se decía en salas dispersas por todo ese mundo sin fronteras hizo que me olvidase temporalmente de Rebeca. Claro que también contribuyeron a ese relajó el incremento de la dosis habitual de mi sedante de cabecera –que me había prescrito yo mismo sin necesidad de médico alguno– y el descanso que parecía querer concederme mi acosadora.

Resulta innecesario aclarar que mientras mi ordenador estaba utilizando la línea telefónica para navegar por las aguas virtuales de Internet no podía recibir ninguna llamada de Rebeca. Sin embargo, tampoco sonó el timbre después de desconectar, ni durante la comida, ni en el rato que estuve haciendo la siesta. Al principio recibí con alegría el cese de las hostilidades por parte de la desconocida pero, paradójicamente, aquella ausencia de noticias comenzó a preocuparme al caer en la cuenta de que Rebeca podía estar, en ese preciso momento, desarrollando una nueva estrategia que le permitiera acercarse a mí; porque había pasado la hora de mi cita vespertina y el teléfono seguía sin sonar. Además, es bastante normal que uno se encuentre peor tras haber superado una terrible enfermedad sólo de pensar que los dolorosos síntomas pueden aparecer de nuevo en cualquier momento.

Y eso es lo que me ocurría a mí: la mera posibilidad de que los ataques de Rebeca pudieran comenzar en el momento más inesperado hacía que se

incrementase la virulencia de lo que mi psiquiatra definía como trastorno obsesivo-compulsivo, algo que no dudaba en combatir con nuevos aumentos en las dosis de imipramina. Y si me pasaba en el grado de relajación conseguido con la imipramina, el Prozac me hacía superar la situación en cuestión de minutos.

Así estuve durante dos o tres días. Mi sangre se estaba convirtiendo en el banco de pruebas de varios laboratorios farmacéuticos, mi estado anímico dibujaba tantos picos y valles en un día como el índice Dow Jones en un año, mi cabeza registraba tantos vaivenes como latidos mi corazón... y Rebeca seguía sin dar señales de vida, hasta el punto de que comenzaba a echar de menos sus intromisiones. Pero cuando volvió a aparecer me maldije por lo que consideraba una debilidad por mi parte.

Había decidido prolongar mis inesperadas vacaciones durante unos días más, quizás pretendiendo recuperar con el encierro domiciliario el equilibrio mental que Rebeca me había hecho perder con su despiadado acoso. Pasaba las mañanas navegando, dedicado a uno de mis pasatiempos favoritos, la observación de las conversaciones de los cientos de solitarios que se hallaban esparcidos por los distintos países de habla hispana. Por la tarde, una siesta de un par de horas y después, hasta la hora de la cena, una nueva travesía virtual. Hacia las diez, una cena ligera y otra vez enganchado al ordenador hasta las dos o las tres de la madrugada.

Todo rodaba a la perfección, sin sobresaltos, como siempre me había recomendado el psiquiatra que debían discurrir mis días. Pero una mañana, cuando ya casi había olvidado el mal trago de Rebeca, un fogonazo imprevisto me sacudió en cuanto mi ordenador consiguió establecer conexión con el servidor: tres avisos simultáneos florecieron de pronto del suelo de la barra de

tareas, uno por cada una de las cuentas de correo que tenía abiertas en distintos portales. Con distintas palabras, todos los avisos decían lo mismo: “tiene un mensaje nuevo en la bandeja de entrada”.

Reconozco que recorrí los pasillos electrónicos hasta cada uno de mis buzones con el mismo espíritu de un borrego camino del matadero, aunque no sé si los borregos son capaces de sudar como yo lo hacía. Sabía perfectamente lo que me iba a encontrar en cuanto consultara el contenido de esos buzones y, sin embargo, era incapaz de cerrar mis ojos a esa inusual correspondencia. Sin ser demasiado consciente de lo que hacía, pulsé en el primero de los mensajes. Lo que encontré me confirmó mis sospechas de que Rebeca necesitaba tanta asistencia psiquiátrica como yo. Y un buen somnífero también, si la hora de envío que figuraba en el mensaje era correcta.

De: Rebeca [rebecamail@hotmail.com](mailto:rebecamail@hotmail.com)

A: [alver@teleline.es](mailto:alver@teleline.es)

Asunto: te quiero

Fecha: viernes 3 de noviembre de 2000 04:36

Querido y escurridizo Alfonso:

Veo que no tienes ninguna intención de acceder a mi deseo de conocernos personalmente. No acudes a ninguna de mis citas, parece que te has tomado unos días libres en el trabajo (estuve anteayer en tu oficina y Pablo me atendió de maravilla, pero era a ti a quien quería ver), tu teléfono siempre comunica... así que he pensado que nos podíamos ver en algún chat. ¿O prefieres que me pase por tu casa? Como comprenderás, tengo tu dirección (hay que ver lo que se consigue en Internet a partir de un simple número de teléfono, pero qué te voy a contar yo a ti, un consumado especialista del

espionaje informático) y puedo presentarme ahí en unos minutos, pero me gustaría contar antes con tu consentimiento. En fin, espero tu respuesta aunque sea a través del correo electrónico. Un beso, tu Rebeca.”

De nuevo la sensación opresiva de una tenaza aferrada a mi garganta, de nuevo la dificultad de conseguir el aire necesario para alimentar mis pulmones, de nuevo la insoportable pesadez de piernas y brazos. En definitiva, volví a tener la impresión de encontrarme atado de pies y manos por esa mujer, acorralado, impotente, sin capacidad de reacción... Derrotado. La verdad es que Rebeca sabía hacer bien su trabajo: me aflojó las riendas durante unos días y, cuando comenzaba a correr, pegó el tirón decisivo.

En ese momento, lo que más necesitaba era escuchar una voz amable y sólo podía recurrir a una persona. Marqué el número del trabajo dispuesto a solicitar desesperadamente la ayuda de Pablo, dispuesto a rogarle que me visitara nada más salir de la oficina, pues ya ni me atrevía a cruzar la puerta de casa tras leer los mensajes de Rebeca: aquella psicópata podía estar al acecho en la esquina de mi calle, esperando que yo asomara la cabeza para saltar sobre mí.

Comencé a contar los tonos cuando ya habían sonado tres o cuatro. Cinco pitidos después alguien descolgó al otro lado, pero no fue a Pablo a quien pude escuchar: una voz de mujer que entonces no fui capaz de reconocer me contestó con un *dígame* que nada me decía. Colgué de inmediato pensando que me podía haber equivocado de número y lo intenté de nuevo. En esa segunda ocasión sólo tuve que esperar tres tonos para volver a escuchar la misma voz femenina de poco antes. Volví a colgar y consulté mi reloj. Eran las diez y cinco de la mañana y probablemente Pablo hubiera salido

a almorzar; en ese caso, la persona que me había atendido en las dos ocasiones podía ser cualquiera de mis compañeras, a las que yo no estaba acostumbrado a escuchar a través de un auricular.

Busqué mis sedantes en la caja de los medicamentos y tomé un par de pastillas. Después me tumbé en la cama y me quedé dormido siguiendo el movimiento repetitivo del salvapantallas del ordenador. Cuando desperté eran las once y media; Pablo ya tenía que haber regresado de su almuerzo, así que volví a llamar a la oficina. De nuevo fue una mujer la que contestó al otro lado. ¿Dónde coño estaba Pablo?

Entonces se me ocurrió lo que parecía la opción más evidente: mi compañero podía estar en su casa, bien porque hubiera decidido tomarse unos días de fiesta o bien porque estuviera enfermo. Busqué su número en la guía y le llamé a casa. Tampoco respondía; sólo su voz grabada diciendo que en ese momento no me podía atender y que dejase un mensaje después de oír la señal.

Mi nerviosismo se iba acentuando a medida que se cerraban las puertas a mi alrededor. Yo, un solitario enfermizo, comenzaba a sentir el horror del aislamiento forzoso. No me atrevía a ir a la oficina, pues allí podía estar Rebeca esperándome; no quería descolgar el teléfono cuando sonaba, pues Rebeca podía estar al otro lado; no podía conectarme a Internet sin que saltasen sobre mis ojos los avisos de correo pendiente de leer, correo que sólo Rebeca podía haberme enviado; no podía salir a la calle sin miedo a toparme con Rebeca. Y, por si todo eso fuera poco, la única persona con la que podía hablar, la única persona que quizás estuviera dispuesta a escucharme, parecía haber desaparecido de la ciudad. Porque durante todo el día estuve llamando a casa de Pablo: a última hora de la mañana, después de comer, a mitad de

tarde, por la noche... y nunca encontraba respuesta. Sólo la voz de mi amigo grabada en un contestador automático animándome a dejarle un mensaje.

Pero lo peor era el sonido de mi propio teléfono, pues entre cada dos llamadas que hacía a Pablo al menos yo recibía otras dos, y siempre me quedará la duda de saber cuántas de esas llamadas las hacía mi compañero y cuántas correspondían a Rebeca. Pero para evitar riesgos innecesarios, opté por no contestar al insistente timbre ni una sola vez en todos los días que duró el asedio.

Mi confinamiento entre las paredes de mi hogar iba alcanzando por momentos tintes dramáticos. Sin alternativa posible, avanzaba sin remedio hacia el centro de la espiral de mi vida, me estaba transformando en una isla una vez roto el istmo que para mí suponía el ordenador. Porque cada vez me resultaba más penoso entrar en Internet, ya que al conectarme a la red no podía evitar que la mirada se me fuera hacia los mensajes de correo pendiente de leer que se iban haciendo más numerosos conforme transcurrían las jornadas. Y la situación se agravó cuando me impuse la prohibición de visitar los chats de costumbre al descubrir en todos ellos el nombre de Rebeca como apodo de alguno de los usuarios, o quizás como testimonio del don de la ubicuidad virtual de la que parecía disfrutar la mujer de mis pesadillas.

En esos días también desistí de hablar con Pablo, pues no lograba localizarle en casa a pesar de que le llamaba a las horas más intempestivas. Ni pensar en acercarme hasta su casa, pues la calle era algo que no estaba dispuesto a pisar en tanto persistiera la posibilidad de encontrar a una Rebeca de guardia permanente frente a mi portal. Tampoco salía a hacer la compra, ni a por los periódicos en el quiosco de la esquina, ni siquiera a la farmacia para reponer las existencias de los fármacos que tan imprescindibles me resultaban.

Así que no tuve más remedio que racionar el consumo de medicamentos, reservándolos para las acometidas más violentas de mis cada día más frecuentes ataques de ansiedad. Para los casos más leves me acostumbré a recurrir a una de las pocas actividades que me permitían encontrar un oasis de calma en el agitado frenesí en que se había transformado mi existencia; y ese remedio no era otro que la limpieza de cristales, con lo que terminé disfrutando de los vidrios más invisibles de toda la ciudad.

Pero cuando realmente comprendí que Rebeca se había convertido en el arma homicida que pretendía terminar con mi vida fue el día que, leyendo El País en su versión electrónica, me encontré con una animada ventana publicitaria justo debajo de la cabecera del periódico. Era un rectángulo azulón de cuyo centro surgían en sucesión infinita unos corazones rojos que, poco a poco, crecían hasta apoderarse de toda la pantalla del ordenador. En ese momento reventaban y, como fuegos de artificio, unas letras también rojas componían la frase “Alfonso, te quiero”.

Aquello era más de lo que podía soportar una persona sana, qué decir de alguien que llevaba lustros degustando todo tipo de drogas contra la ansiedad y la depresión. En un violento arrebato, arranqué de la pared el cable de alimentación de mi ventana al mundo virtual, levanté el teclado por encima de mi cabeza y lo partí en dos contra la mesa, con un pisapapeles de mármol comencé a golpear el ordenador hasta dejarlo inservible... estaba rabioso, dispuesto a matar a cualquiera, envuelto en sudor, las manos llenas de magulladuras y algún pequeño corte fruto de mi labor destructiva. Pero me sentí algo mejor tras cerrar definitivamente la última ventana a través de la que Rebeca podía colarse en mi vida... o al menos eso creí entonces.

La caja de Rivotril estaba en las últimas, pero todavía pude administrarme una dosis generosa de doce miligramos de clonazepam que me sedaron en cuestión de minutos. Y guardé el último par de comprimidos para una situación de vida o muerte.

Dormí durante varias horas, y al despertar tenía la boca reseca y una sensación de vacío en el estómago pero nada de apetito. Miré el reloj: eran las cinco de la tarde. Rebeca había conseguido en unos pocos días acabar con treinta y seis años de horarios inamovibles, de hábitos inmutables, de rutinas inexorables... Rebeca había elegido un cuerpo en supuestamente inaccesible pero fácilmente vulnerable, y lo había moldeado hasta convertirlo en un desecho imposible de regenerar.

En el frigorífico apenas había algo que comer y no tenía ninguna intención de salir a hacer la compra: prefería morir de hambre a enfrentarme a Rebeca. Además, pensé que siempre me quedaba la opción de utilizar el ordenador para adquirir nuevas provisiones, pero entonces recordé que también esa posibilidad había desaparecido como consecuencia de mi reciente ataque de furia. Ya sólo Pablo podía acudir en mi ayuda... eso, en el supuesto de que lograra hablar con él.

Volví a llamarle, cuatro o cinco veces a lo largo de la tarde, otras tantas por la noche, pero en ningún momento contestó a mis súplicas. Pasé horas deambulando por toda la casa sin saber qué hacer, no había comido y tampoco cené, mi habitual ducha nocturna la tomé a la una de la madrugada y fue de agua fría a pesar de estar en noviembre. Me acosté desnudo por no molestarme en sacar el pijama del cajón de la cómoda, y me quedé dormido tiritando de frío bajo el pesado edredón, acurrucado como un perro en un lado de la cama y evitando en todo momento dar la espalda a la puerta del

dormitorio, como si no quisiera perderme el momento en que Rebeca entrase en la habitación dispuesta a rematar la faena. Pero todavía no había llegado mi hora.

Pasé toda la noche despertando sobresaltado cada pocos minutos, y eran las siete de la mañana cuando conseguí enlazar varias horas seguidas de sueño. Tanto que cuando desperté había pasado nuevamente la hora a la que solía comer. Todavía somnoliento, preparé una cafetera y tomé un par de tazas que acompañé con una magdalena reseca que encontré sobre el frigorífico. Me tumbé en el sofá, encendí el televisor y volví a quedarme dormido mientras daban el resumen de las noticias más destacadas de la jornada.

Una hora más tarde, una voz estridente me sacó de mis sueños. Sin embargo, lo que oí me hizo dudar acerca de si seguía dormido y estaba sufriendo una absurda pesadilla o si Rebeca había logrado encontrar un nuevo resquicio por el que destrozar todas las defensas de mi castillo. En la pantalla, un presentador, que parecía desquiciado a juzgar por el tono excesivamente alto y cantarín con que se expresaba, daba paso a un desconocido y desocupado espectador.

–Muy buenas tardes, queridísima audiencia. Estamos en riguroso directo, son las cuatro y media de la tarde y, un día más, comienza una nueva edición de su programa de contactos favorito: “¿Calabazas? No, gracias”. Y lo hacemos con la petición, yo diría más bien con el ruego, de una anónima seguidora de nuestra emisión, a la que tenemos al otro lado de la línea telefónica. Buenas tardes, Rebeca.

–Buenas tardes –contestó la voz que reconocí al instante como la de mi acosadora.

–Creo que no quiere usted facilitar sus apellidos, ¿no es cierto?

–No, no, preferiría mantener el anonimato, si es posible...

–Por supuesto que es posible, todo es posible en nuestro programa; es más, comprendemos perfectamente su deseo. Porque tengo entendido que está atravesando un mal momento por una cuestión amorosa, ¿es así?

–Exacto, exacto. Por eso he querido recurrir a su programa, porque estoy desesperada: llevo días, creo que son ya semanas, intentando acercarme a la persona a la que amo, y él no quiere ni mirarme... me ignora como si yo no existiera.

–Es muy duro sentir el rechazo de un ser querido, ¿verdad? Pero para eso está nuestro programa, su programa: para intentar unir a personas que se aman aunque a veces ni ellas mismas lo sepan. Así que, si lo desea, puede facilitar los datos de su anhelada pareja al compañero de la centralita –fue un detalle que el presentador también pensara en mi propia intimidad y no sólo en la de Rebeca– y, de inmediato, un equipo de “¿Calabazas? No, gracias” se desplazará hasta su domicilio para trasladarle su apasionado mensaje. Y, quién sabe, tal vez esta misma tarde sepamos cómo termina esta historia de amor que todavía no ha comenzado. Muchas gracias, Rebeca. Y damos paso ya a la siguiente llamada, que nos llega desde...

No pude seguir escuchando ni una sola palabra más de aquel estúpido y peligroso programa. Apagué el televisor con la misma resignación con la que el condenado que ha pasado años en el corredor de la muerte recibe la noticia de que ha llegado su turno. Comencé a sollozar, tibiamente al principio y entre violentos hipidos después, y terminé golpeando repetidamente uno de los brazos del sofá con mi propia cabeza. De nuevo comenzaron los conocidos espasmos, los sudores fríos, los temblores repartidos por todo mi cuerpo... En la caja de los medicamentos que guardaba en el cuarto de baño solo quedaban

dos comprimidos de Rivotril, cuatro miligramos de nada que de nada podían servirme, pero me los tragué con la avidez de una última comida.

Cuando atravesaba el recibidor de regreso al salón, sonó el timbre de la puerta. Quedé paralizado por el espanto: parecía increíble, pero no podían ser otros que los reporteros de “¿Calabazas? No, gracias” que venían a hacer su trabajo. Permanecí quieto, mudo, esperando que aquellos periodistas cotillas interpretaran que no me encontraba en casa. Pero al cabo de unos segundos el timbre volvió a sonar, esta vez acompañado por unos puños que aporreaban la puerta y una voz amortiguada llamándome por mi nombre. Sólo había una salida y, por supuesto, no pasaba por abrir la puerta al mensaje de amor de Rebeca. Desde el recibidor, la espalda apoyada contra la puerta que me protegía de Rebeca, contemplé extasiado los amplios ventanales del salón; la luz vespertina –esa cálida luz al otro lado del túnel de la que hablan los que dicen haber regresado de la muerte– entraba a raudales en la estancia descubriendo una nubecilla de polvo en suspensión. Cuatro pisos más abajo estaba el final del acoso al que llevaba días sometido. El timbre y los puñetazos insistieron una vez más. Respiré hondo e inicié la última carrera de mi vida, la carrera que me libraría para siempre de Rebeca.

5

A los pies de mi cama en el hospital, Pablo me miraba sonriente. Era una sonrisa que igual podía interpretarse como seráfica o como maliciosa, quizás tan sólo dependiera de cómo la luz incidiera en su rostro. Pero, en cualquier caso, toda la cara de Pablo era una pregunta.

–Pero ¿se puede saber por qué coño no me quisiste abrir la puerta? ¿no reconociste mi voz? Y menos mal que la policía llegó en cuestión de minutos y pudieron derribar la puerta en dos patadas... si no, te desangras como un cerdo entre los cristales del balcón.

Así que eso era lo que había ocurrido: no lograba recordar nada pero, por lo que decía Pablo, los cristales invisibles del salón habían frenado mi carrera y habían convertido lo que pretendía ser una muerte rápida en un sinnúmero de contusiones y profundos cortes en manos, brazos y cara, así como en un traumatismo craneoencefálico no demasiado grave... y en una terrible sensación de vergüenza porque tampoco en esa ocasión había alcanzado mi objetivo. Seguro que, cuando se enterase de lo sucedido, mi psiquiatra volvería a decir aquella estupidez del mero intento de llamar la atención...

Pablo empleó los minutos siguientes en aclararme todo lo ocurrido durante los últimos días. Al parecer, la gripe había atacado ferozmente a mi compañero y su madre –ya sabes cómo son las madres, me dijo aunque yo no sabía muy bien cómo eran las madres– le sugirió que estaría mejor atendido si se trasladaba a su casa durante la enfermedad. De ese modo, difícilmente podía descolgar el teléfono cada vez que yo le llamaba a su propio domicilio; y cuando él trataba de hablar conmigo era yo quien no quería contestar por miedo a encontrarme con Rebeca. Después de intentarlo un sinnúmero de veces, desistió y se olvidó de mí, me dejó por imposible... hasta que vio el maldito programa, relacionó a la Rebeca televisiva con mi particular Rebeca y decidió hacerme una visita por si necesitaba ayuda.

Cuando ya se dirigía hacia la puerta de salida, Pablo reparó en el descomunal y alegre ramo de flores que adornaba el mueblecito que había a la

entrada de la habitación. Yo ni siquiera me había fijado en él, pero Pablo descubrió de inmediato el sobre adherido al celofán. Lo arrancó y extrajo una tarjeta de su interior. Al percibir mi mirada interrogante me aclaró que, según decía la tarjeta, el ramo era una cortesía de la dirección del hospital. Cosas de la asistencia privada, ya sabes, porque lo que es en la Seguridad Social..., fue lo que dijo antes de cerrar la puerta tras de sí.

En cuanto Pablo salió de mi habitación, pulsé el llamador que colgaba junto al cabecero de la cama. Un minuto después, llegó la enfermera y le pedí que me acercase la tarjeta que mi compañero había arrojado a la papelera. Ella me miró con extrañeza pero hizo lo que le pedía y se marchó en seguida. Sabiendo que iba a encontrar algo muy diferente de lo que mi compañero me había contado, leí la nota que acompañaba al gran ramo de flores que alegraba la habitación.

“Espero que te recuperes pronto de tu lamentable accidente. Te llamaré a casa cuando te den el alta. Un beso, Rebeca”.

## **UN CORTADO, POR FAVOR**

Hace ya unos cuantos años que regento uno de esos bares que, en los últimos tiempos, han optado por retomar la denominación de cafés, establecimientos con una decoración estudiada al detalle, donde ningún rincón se ha dejado al azar. Una barra, construida con ladrillo recuperado de algún edificio sometido a la implacable piqueta del progreso y rematada por un mostrador de madera veteada, se extiende a lo largo de la pared derecha del local, desde su entrada hasta el punto en que el bar se ensancha para dejar sitio a unas cuantas mesas de mármol apoyadas en pies de antiguas máquinas de coser. Tras la barra, una alacena de estilo rústico alberga en sus baldas multitud de botellas de diversos licores, vasos y copas de diferentes modelos y unos cuantos accesorios apropiados para la preparación de cócteles, batidos naturales y otras especialidades de la casa.

Sin embargo, los tres hombres que conversaban animadamente al comienzo de la barra no pretendían exquisiteces a esa hora de la tarde: los combinados más o menos exóticos los reservaban para las salidas del fin de semana, mientras los días laborables, antes de refugiarse con sus familias a esperar el inicio de una nueva jornada, se conformaban con tomar unas cervezas frías y acompañarlas con un cuenco de patatas fritas de bolsa. Eran tres hombres uniformados con el mismo traje azul marino –válido para visitas comerciales, bodas, comuniones o convenciones de empresa–, camisa azul celeste y corbata con los colores de moda. A los pies de cada uno de ellos, un maletín negro que fácilmente podían llevarse a casa por error: el comercial de alimentación se llevaría el maletín que contenía folletos de maquinaria ligera para la construcción, el agente de seguros acabaría en su casa con los pedidos

de la cadena de supermercados de su compañero de copas y el vendedor de herramientas podía acabar conociendo los detalles de los dos previsores que habían suscrito durante ese día un plan de jubilación. Ante ellos, distribuidos entre los tubos de cerveza, dormían silenciosos tres teléfonos móviles, tan idénticos entre sí como los maletines de piel negra, sólo diferenciados por un timbre a cada cual más ridículo y punzante que cortaba de vez en cuando la música ambiental del bar.

Al otro extremo de la barra, una mujer tomaba su whisky a pequeños sorbos. De vez en cuando, sacaba un cigarrillo, lo colgaba de unos labios pintados en un color rojo oscuro y acercaba la cara hacia mí. Yo, solícito como siempre que hay mujeres por medio, rescataba el mechero que había abandonado poco antes junto a la cafetera y daba fuego a la mujer. No hacían falta palabras para complimentar el ritual.

También de vez en cuando, uno de los hombres perdía el hilo de la conversación y se dedicaba a lanzar una mirada sonda hacia la dama por encima de los hombros de sus contertulios. Indefectiblemente, la mujer ignoraba el requerimiento y daba un nuevo trago a su bebida, una nueva calada a su cigarrillo. Entonces, el hombre continuaba la disertación sobre su plan de desarrollo profesional dentro de la empresa en el mismo punto en que la había interrumpido. Por su parte, sus compañeros podían estar glosando sus propias expectativas de futuro –siempre prometedoras, siempre por encima de lo que habían supuesto inicialmente–, comentando las zancadillas laborales que diariamente debían evitar, susurrando los últimos cotilleos bursátiles y explicando cómo iban a dar un pelotazo que los pondría en casa; cada uno de ellos hablaba hacia los otros dos, sin que ninguno mostrase por las palabras emitidas más interés que el recibido por las que ellos lanzaban al aire del bar.

Nadie le prestó atención cuando traspasó la puerta del bar, nadie respondió a su saludo educado –un buenas tardes firme y algo ronco–, nadie se fijó en él cuando se sentó en una de las banquetas dispuestas ante la barra, equidistante de la mujer del fondo y de los ejecutivos de la entrada. Nadie le miró abiertamente –aunque todos lo hicieron con un leve movimiento de ojos, sin girar en absoluto la cabeza– a pesar de su altura y su complexión atlética, de su paso amplio y de su voz profunda.

Porque era del tipo de personas a las que no se mira para poder seguir ajeno a la pobreza latente, a las desgracias que nos rodean y que parecen poderse evitar con sólo ignorarlas. Era lo que se podría calificar un “nuevo nómada urbano”, si se me permite la expresión. Y es que la palabra mendigo no le hacía justicia aunque fuera la primera expresión que viniera a la cabeza al verlo.

Vestía unos gastados pantalones de color gris oscuro, de pana gruesa a pesar de estar en pleno mes de agosto. Las mangas de un jersey verde asomaban bajo las de una gabardina raída, demasiado pequeña para cubrir sus ciento noventa centímetros de envergadura. Su boca de gruesos labios era una isla rodeada por un mar de vello negro salpicado por decenas de canas náufragas. La nariz aguileña sostenía unas gafitas redondas de montura metálica, una de cuyas varillas aparecía asegurada por un vistoso pedazo de esparadrapo. El pelo, largo y lacio, peinado con raya en medio y desplomado sobre los hombros. Posiblemente aparentaba ocho o diez años más de su edad real.

De la abertura de uno de los bolsillos parecía querer escapar una libreta de espiral. El hombre la ayudó a salir, la abrió sobre la barra y, tras sonreír a los tres hombres de traje azul marino, anotó algo con un lapicero

mordisqueado en su extremo. Cerró el cuaderno y lo volvió a guardar en el bolsillo. Los tres ejecutivos desviaron la mirada y continuaron hablando de coyunturas socio-económicas adversas, de inputs y outputs, de cash flow, de activos ficticios y de tasas de retorno. El recién llegado hizo una discreta seña con la mano requiriendo mi atención, y cuando me acerqué me susurró algo al oído mientras seguía atento a las palabras de sus compañeros de barra. No pude reprimir una carcajada solidaria cuando comprendí el alcance de su pregunta. A continuación, el hombre de la gabardina volvió a dirigirse a mí, pero esta vez en voz alta y empleando un tono extremadamente cortés.

–¿Me puedes poner un cortado, por favor? Con la leche del tiempo, si no te importa...

Todavía sonriendo, me di la vuelta, saqué de la alacena una de las tazas que reservaba para los clientes más sibaritas, preparé el café tal y como me lo había encargado y se lo serví acompañado por un bomboncillo de chocolate. El hombre de la gabardina me dio las gracias, se tomó el cortado de dos tragos, pagó las ciento cincuenta pesetas que le pedí y se despidió con un hasta luego tan educado como el buenas tardes de unos minutos antes.

–Un tipo rarillo, ¿no? –me preguntó uno de los hombres en cuanto el cliente hubo pisado la calle. El tono de su voz era evidentemente desdeñoso.

–Cada cual tiene sus cosas, y el Poeta no iba a ser menos. Pero es buena gente –respondí con una asepsia propia de hospital. Y no me pudieron arrancar ni una sola palabra más a pesar de que continuaron intentando unirme a su causa durante varios minutos.

Al día siguiente, a la misma hora, el Poeta entró en el bar. Saludó a los tres hombres –que continuaban resolviendo los problemas económicos de

medio mundo— y dedicó una reverencia trasnochada a la mujer del fondo de la barra. La mujer le correspondió con una sonrisa; los tres hombres le miraron, esta vez de arriba abajo y con absoluto descaro, mientras él se acomodaba en la misma banqueta del día anterior. El Poeta me hizo una seña y ya me disponía a prepararle el cortado con leche del tiempo cuando su voz ronca me detuvo. Del bolsillo izquierdo de la gabardina extrajo un vasito de Durablex y una cucharilla plateada. Observó el vaso al trasluz y cuando se aseguró de que estaba impoluto me lo entregó como si estuviera realizando una ofrenda ritual.

—Por favor, ¿te importa prepararlo en este vaso? —inquirió con sus exquisitos modales.

—Por supuesto que no —accedí coloreando mis labios con una sonrisa cómplice.

Cogí el vaso, lo coloqué bajo el brazo de la cafetera, cargué el cazo de café molido y pulsé el interruptor. Un minuto después, le serví el café y lo acompañé con el bomboncillo de chocolate gentileza de la casa. El Poeta dio vueltas al café con su cucharilla y lo bebió de dos tragos. Limpió el vaso con una servilleta de papel, hizo lo mismo con la cucharilla y volvió a guardar todo en el bolsillo. Y, como el día anterior, se despidió de la mujer y los tres hombres con un hasta luego que en esta ocasión adornó con una mueca levemente burlesca y desafiante.

Durante varios días más se repitió la misma escena. El Poeta llegaba siempre a la misma hora, se instalaba ante la barra, siempre a la izquierda de los tres hombres —que parecían formar parte del decorado del bar—, sacaba su vasito del bolsillo de la gabardina, me lo entregaba y, una vez servido y bebido el cortado, salía del local despidiéndose de todos los parroquianos. Por eso no es extraño que, al cuarto o quinto día, uno de los ejecutivos no pudiera

contener por más tiempo su curiosidad y tratase de conseguir que yo rompiera lo que parecía un voto de silencio.

–Pero, ¿qué le pasa a ese piojoso, siempre trayendo su propio vaso? ¿Es que padece alguna enfermedad infecciosa y no quiere contagiar a nadie?

–Desde luego, el muy vago no tiene dónde caerse muerto pero, al menos, no nos pegará sus asquerosos virus... –añadió otro de los hombres.

Dejé de secar los platillos que acababa de sacar del lavavajillas. Me colgué el trapo de un hombro y me acodé sobre la barra frente a los tres clientes. Miré fijamente al ejecutivo de traje azul marino buscando las palabras exactas que debía pronunciar: quería estar a la altura de la terminología económica que utilizaban habitualmente los hombres de negocios que hacían escala en mi bar.

–Ahora comprendo eso de la globalización, lo de la aldea global en que se está transformando el mundo. Porque resulta curioso que individuos tan dispares como vosotros y el Poeta, inmersos en coyunturas tan opuestas, sintáis las mismas preocupaciones ante los inputs emocionales.

Los tres hombres me miraron intrigados. La mujer del fondo sonreía, pues creía saber qué era lo siguiente que iba a escuchar tras la solicitud de aclaraciones.

–¿De qué coño estás hablando?

–No, nada, que el primer día que os vio el Poeta aquí, me preguntó si lo vuestro era contagioso. Yo le dije que no estaba seguro y desde entonces no consiente que le sirva en otro vaso que no sea el que él trae.

## **EL CLUB DE LA UNA**

Siempre tuve la impresión de que, a pesar de todos los indicios, a pesar de las apariencias, algo no terminaba de encajar. Lo que sucede es que, cuando nos empeñamos en que las pruebas señalen hacia el único blanco que hemos fijado ante nuestros ojos, hacemos lo imposible porque cada pieza ocupe su sitio en el rompecabezas; aunque sea doblando los bordes de esa pieza rebelde, aunque sea recortando alguno de sus salientes, aunque sea convenciéndonos de que su color es idéntico al de las piezas que la rodean.

Sin embargo, las pruebas parecían concluyentes, se apreciaban indicios racionales de culpabilidad, los hechos... Perdón, ya surge de nuevo la deformación profesional, ya estoy con la maldita jerga diaria. En fin, en lo sucesivo trataré de contener al letrado que siempre me acompaña y utilizar términos menos recurrentes para narrar esta absurda historia. O quizás no sea tan absurda, sino que se trate de una historia corriente, en nada excepcional salvo en la interpretación que yo mismo he querido dar a una sucesión de acontecimientos perfectamente cotidianos. Incluso el desencadenante de todo, aunque triste, se puede considerar algo lamentablemente habitual.

María, mi mujer, murió hace poco más de un año; exactamente un año, dos meses y cinco días. Fue en un accidente de tráfico y los médicos comprobaron en seguida que su sangre mostraba un contenido de alcohol mayor de lo permitido. Y no es que ella fuera bebedora habitual, pero aquella tarde había quedado con gente del trabajo para comer en un restaurante japonés y debió excederse con el licor... aunque, si soy sincero, sí debo reconocer que en los últimos meses mostraba una afición desacostumbrada a pasar fuera de casa más tiempo de lo habitual. Incluso habíamos llegado a discutir en algunas ocasiones por aquel asunto, ella diciendo que era libre de emplear su tiempo como y con quien gustase y yo recordándole que habíamos

firmado un pacto por el que, teóricamente, debíamos permanecer unidos, y eso establecía ciertos límites a nuestras respectivas libertades.

El caso es que esa tarde no tenía que haber cogido el coche, pero lo hizo, y cuando estaba ya muy cerca de casa perdió el control del volante y se empotró contra la tapia del patio de un colegio. Afortunadamente, aunque era la hora en que terminaban las clases y había varios críos en la acera, nadie más sufrió daños en aquel desgraciado accidente.

Su muerte no se produjo de un modo inmediato, no: estuvo ingresada una interminable semana. Primero le tuvieron que extirpar el bazo, luego uno de los pulmones, y a pesar de que los doctores hicieron lo posible por mantenerla con vida, finalmente falleció un domingo por la mañana. Tras todas esas jornadas de angustia, y pasado el durísimo momento de su entierro, mis padres se hicieron cargo del niño durante unos días –los padres de María estaban tan destrozados como yo y no se sentían capaces de atender a un mocoso de catorce meses– y, por fin, pude descansar: apenas había disfrutado de unas horas de sueño mientras ella estaba en el hospital y tampoco había podido dejar de lado por completo a mis clientes, así que estaba, literalmente, agotado.

En cuanto a mi hijo, no sé hasta qué punto puede ser consciente una criatura que apenas se sostiene en pie por sus propios medios del alcance de una situación como la que tuvimos que atravesar, pero a mí me supuso un golpe terrible: treinta y dos años, viudo, un hijo... y una mujer a la que nunca más podría tener a mi lado. Vaya, que jugaba bastantes números para caer en la depresión que todo psiquiatra desearía tratar. Pero nunca he sido muy dado a ponerme en manos de médicos, siempre dispuestos a llenarte el estómago de píldoras a poco que te vean cerca de la puerta de su consulta. Así que, como única terapia efectiva, pensé que lo mejor que podía hacer era volcarme en mi trabajo y, sobre todo, en mi hijo. Por mucho que mi madre –y también mi hermana mayor– opinaba que lo que debía hacer era no encerrarme en mí

mismo, salir a la calle, conocer nueva gente... incluso me sugirió la posibilidad de apuntarme a una asociación de viudos prematuros que tenía su sede cerca de mi despacho. Eso, y dar gracias a Dios todos los días por el maravilloso hijo que me había dado. Ya. Y a mi mujer, ¿quién me la devolvía? ¿también Dios?

Por supuesto, nunca consideré tal posibilidad. Como decía, hice de la abogacía mi única religión verdadera. Llevaba varios años trabajando en el bufete de mi padre y, hasta entonces, me había limitado a ser el hijo del jefe, escogiendo cuidadosamente los casos en los que quería participar, retirándome de aquellos otros que no me acababan de seducir, tomándome días de descanso en cuanto se presentaba una ocasión propicia... Sin embargo, en los dos o tres primeros meses de viudedad asumí más asuntos que en todos los años anteriores. Aunque debo reconocer que los primeros días no estuve particularmente activo, en seguida comencé a desarrollar una actividad rayana en el frenesí, redactando informes, atendiendo a los clientes, asistiendo a todos los juicios que requerían mi presencia, recopilando yo mismo los datos que necesitaba para mis casos –los ayudantes que trabajan en el despacho pudieron disfrutar de unas semanas de cierto relax–. Al niño lo atendía mi madre durante la mayor parte del tiempo, yo comía en algún restaurante cercano al despacho y a última hora de la tarde lo recogía para llevarlo conmigo a casa; le bañaba, me peleaba con sus purés, jugaba con él, le veía crecer –cada día me resultaba más parecido a María, como si se tratase de una nueva edición diminuta y masculina de su madre–, le acostaba, velaba su sueño inquieto... Por la mañana, vuelta a empezar: la asistente llegaba a las ocho y media, recibía mis instrucciones habituales, yo me marchaba al trabajo y ella llevaba al niño a casa de mi madre a mitad de mañana. Y casi todas las noches, la visita de mi suegra, que no tenía palabras sino para expresar su sentimiento de desolación y abandono salvo cuando se refería a su nieto, del que no hacía otra cosa que decir que era clavadito a su madre, los mismos

ojos, la misma boca, idéntica nariz. Y el pobre sin poder llegar a conocerla – remataba su discurso cada noche.

Así es como logré soportar durante los primeros meses la imprevista marcha de María. Luché con todas mis fuerzas contra la desilusión, trabajé como un esclavo por recuperar la esperanza que se había llevado María consigo y dediqué a mi hijo todo el tiempo que podía robarle al despacho con la finalidad única de no pensar en mi mujer y en cómo me había dejado. Incluso olvidé el comportamiento esquivo que ella había demostrado en los últimos meses de vida, aquellos en los que llegué a temer que sus frecuentes salidas a deshora se debieran a la entrada en escena de otro hombre. Y es que la muerte de María había desplazado esas conjeturas a un segundo plano.

Pero con todo, lo peor era el insomnio. Al principio no quise darle mayor importancia, pues el problema se limitaba a un retraso en la hora a la que lograba conciliar el sueño, sin duda provocado por los desajustes horarios a que mi hijo me sometía. Cuando el niño terminó de poner en hora su reloj biológico y comenzó a dormir como indican los manuales sobre paternidad – casi doce horas seguidas desde las diez de la noche hasta las nueve o diez de la mañana–, pensé que había llegado el momento de que también yo regresara a la normalidad. Sin embargo, pasaban los días y cada vez tardaba más en cerrar los ojos tras apagar las luces del dormitorio. Probé a leer los libros que había dejado sin terminar años atrás, aquellos que siempre había considerado realmente soporíferos. Nada. Me aficioné a los programas deportivos de la radio nocturna, pero el tono alterado de los locutores, los comentarios grandilocuentes de los impenitentes colaboradores, la importancia desmesurada que atribuían a cuestiones que nada me interesaban, no hacía sino aumentar mi inquietud y alejarme del descanso que necesitaba. Incluso llegué a machacarme los músculos con sesiones tardías de gimnasia, logrando tan sólo unas agujetas que luego arrastraba penosamente durante varias jornadas.

El niño ya no era el causante de mi insomnio, así que decidí que todo era culpa de la tensión que me había acompañado los últimos meses. En algún lugar, probablemente en algún suplemento dominical, había leído que, en momentos de gran ansiedad –la enfermedad prolongada de un familiar, la preparación de unas oposiciones–, el cuerpo respondía bloqueando los nervios para poder sobrellevar la situación; y cuando todo pasaba, el propio organismo desataba los cabos de esos mismos nervios manifestando el individuo alteraciones de lo más variadas. Ese debía ser mi caso.

En ningún momento pensé en recurrir a las pastillas para dar solución a mi circunstancial problema. Ya he comentado antes mi particular fobia a la profesión médica y nunca creí que los tranquilizantes me pudieran ayudar. Muy al contrario, estoy convencido de que los somníferos no habrían hecho sino agravar la situación. No, lo que debía hacer era aplicar mi proverbial pragmatismo para solventar un problema que comenzaba a tener consecuencias desagradables en mi trabajo diario, pues cada vez me resultaba más difícil mantener la concentración en el despacho, prestar atención a mis clientes y preparar exposiciones con el grado de brillantez al que estaba habituado. Y lo más práctico era, lógicamente, dedicar al trabajo el tiempo nocturno que no podía aplicar al descanso. Sólo así terminaría por caer rendido en la cama y, aunque luego acudiese al despacho a horas desacostumbradas, tampoco la pérdida sería notable: el trabajo, en definitiva, estaría realizado.

Para desarrollar de un modo eficaz mi trabajo en casa necesitaba, de entrada, un ordenador. Así que adquirí uno portátil último modelo, de lo mejor que se podía encontrar en el mercado en aquel momento, aunque sus prestaciones habrán sido superadas en mucho en la actualidad: procesador Pentium III a 700 Mhz, 128 MB de RAM, disco duro de 18 GB, tarjeta con salida de televisión, fax modem de 56,6 K, DVD de séxtupla velocidad, pantalla de 15 pulgadas... en resumen, casi setecientas mil pesetas de cables y microchips.

Pero lo necesitaba y, además, pensé que era un caro capricho que me podía permitir tras la bofetada recibida en mis más íntimos sentimientos.

Siempre he sido un apasionado defensor de las más modernas tecnologías, algo que puede resultar paradójico si se tiene en cuenta mi formación académica tan alejada de la electrónica de última generación. Parece que siempre son los “de ciencias” quienes más se dejan seducir por el dudoso atractivo de los cachivaches llenos de botones, pero en mi caso me considero un híbrido entre el aparente inmovilismo cambiante del Derecho y el vértigo de los continuos avances informáticos de nuestro tiempo. Así que, una vez montado mi portátil en casa, pensé que podía aprovechar sus características para hacer instalar una red que conectara mi ordenador doméstico con los equipos de que disponíamos en el bufete. De ese modo, podría acceder en cualquier momento a los documentos relativos a nuestros clientes que dormían en las memorias de los ordenadores del despacho, consultar las bases de datos a nuestra disposición, servirme del correo electrónico para mantenerme en contacto con mis defendidos... incluso, llegado el caso, podía evitar desplazamientos innecesarios desde mi domicilio hasta el bufete, lo que redundaría en la posibilidad de dedicar más tiempo a mi propio hijo. Dicho y hecho: unos días después de tener el portátil comencé a trabajar por las noches en el estudio que había habilitado en casa. Fue entonces cuando descubrí las posibilidades que Internet me ofrecía.

Mis primeras incursiones por la Red fueron como los primeros pasos del hombre por la polvorienta superficie lunar: torpes, imprecisos, cautelosos... pero también llenos de curiosidad. No sabía qué repercusión podía tener el simple hecho de grabar mi dirección de correo en la realidad virtual, me sorprendía cada vez que un *banner* –el nombre lo aprendí después, al principio los denominaba rectángulos publicitarios– se interponía en mi errática navegación, consultaba continuamente el reloj temeroso de que la factura telefónica pudiera afectar de un modo considerable a mis ingresos –como

ocurría en muchos hogares cuando se pusieron de moda las líneas eróticas y los *party lines*—. Eran entradas breves, rápidas como los ataques de una guerrilla, en las que me centraba en los sitios que trataban temas legales: compilaciones de sentencias, legislación, boletines oficiales... Luego comencé a demorarme algo más en mis cada día más frecuentes visitas a la Red, aprovechando las posibilidades que me brindaba la informática para ojear todos los diarios que habían publicado una versión electrónica. Y, finalmente, no pude evitar caer en el reclamo omnipresente de los chats, puntos de encuentro que se ofrecían a mis ojos allá donde me llevara el clic indeciso del botón izquierdo de mi ratón.

La primera vez que me atreví a asomar la cabeza en una de esas salas de conversación –elegí una que llevaba el encabezamiento de “Amistad”–, estuve varios minutos sin ni siquiera saludar a la abundante concurrencia, limitándome a observar sorprendido los nombres que adoptaban los participantes: Viejoverde, Libidinosa, Tuzorrita, Superpene, Eros (algún intelectual tenía que haber), Polvazos... Pensé que había topado con una panda de libertinos, que había traspasado las puertas de una especie de burdel hecho de frases mal escritas, que para toda esa gente el sexo era el único motor del mundo... Salí horrorizado y habría pegado un sonoro portazo de haber podido.

Al día siguiente lo intenté de nuevo, pero en esta ocasión me decanté por una sala cuyo nombre prometía algo mejor: “Cine y música”. Mentira; decenas de nombres como los del día anterior e idénticas frases estúpidas y monotemáticas. Pero no me desanimé, pues estaba decidido a intervenir en una de esas conversaciones como fuera, algo que consideraba como una especie de ritual iniciático imprescindible para todo internauta. Recorrí varias salas de portales hispanos –no me sentía capaz de mantener una charla en otro idioma– y siempre obtenía el mismo resultado. Hasta que hallé una cuyo nombre me sedujo de inmediato, supongo que porque me atrajo su sonoridad:

“El Club de la Una”. Esperanzado por haber encontrado algo que entonces consideré original, pinché en el enlace correspondiente y el ordenador me solicitó un *nick* con el quisiera registrarme como usuario. Lo pensé durante unos segundos y finalmente me decidí por “Zgz”, un modo sutil de sugerir a los demás internautas cuál era mi procedencia.

Por fin estaba dentro. Lo primero que hice fue examinar concienzudamente la lista de usuarios que estaban conectados en ese momento; pude así comprobar que nadie utilizaba apodosos tal y como ocurría en todos los chats a los que me había asomado hasta entonces. De hecho, la lista –ordenada alfabéticamente– contenía solamente cinco nombres además del mío: Estilita, Frodo, Robinson, Seitidi, y Soledad. Por supuesto, mi nombre era el último de la relación.

Excepto Seitidi, cuyo significado no podía adivinar, el resto de los apodosos me sugerían de inmediato personajes solitarios. Frodo debía ser el osado hobbit de “El Señor de los Anillos”; Robinson, el náufrago abandonado a su suerte; Estilita me traía a la memoria una película de Buñuel, “Simón del desierto”; y Soledad lo decía todo. Así que interpreté que el nombre con el que alguien había bautizado aquel lugar de reunión no hacía referencia a la hora en que se producían las citas sino al carácter particularmente retraído de los socios. En cualquier caso, la compañía parecía adecuada y las líneas que intercambiaban los usuarios que habían llegado antes que yo no resultaban atacantes. Sin pensarlo demasiado, decidí enviarles un saludo tímido.

<Zgz> Hola a todos

Pasaron unos segundos eternos y nadie parecía querer responder a mi salutación. Poco a poco comprendí que no se debía a una manifiesta falta de educación, sino a que en la charla a múltiples bandas que constituye el chat la rapidez, siendo algo fundamental, no lo es todo, pues hay que aprender a llevar varias conversaciones a la vez y ser pacientes a la hora de esperar respuesta a tus frases. Sin embargo, los tres usuarios que estaban conectados en ese

momento –Soledad y Estilita habían abandonado la sala poco antes aunque sus nombres figuraban todavía en la relación de participantes– parecieron ponerse de acuerdo para mandarme una contestación casi simultánea.

<Seitidi> hola, Zgz

<Frodo> saludos, Zgz

<Frodo> cómo estás?

<Robinson> hola

Las cuatro líneas que se abalanzaban desordenadamente sobre mi pantalla me enseñaron algunas de las primeras reglas de funcionamiento de un chat: la no existencia de normas ortográficas de obligado cumplimiento, la absoluta arbitrariedad que imperaba a la hora de utilizar mayúsculas, minúsculas o signos de interrogación o puntuación, el poder del azar a la hora de decidir cuál era la frase que iba a anteceder a las demás. Y también servían esas líneas para plantearme un nuevo problema con el que no había contado: cómo continuar la conversación. Si respondía con un “bien, gracias” daría la sensación de que me dirigía exclusivamente a Frodo –que era quien se había interesado por mi estado– y que ignoraba a los otros dos; si no le contestaba podría causar una mala impresión; y si no tomaba una decisión rápida y les decía algo, pensarían que no era más que un pardillo y seguirían con sus asuntos sin dedicarme ni unas simples palabras de despedida. La precipitación, el desconocimiento del medio en el que comenzaba a gatear y mis hábitos sociales tan arraigados provocaron mi primera metedura de pata y, seguro, unas risitas de superioridad en los rostros de mis contertulios. Lo único que me faltó para coronar el ridículo fue tender el brazo hacia la pantalla del ordenador y ofrecer mi mano a mis nuevos desconocidos

<Zgz> me llamo Andrés, ¿y vosotros?

Vinieron entonces unos segundos de silencio visual: nadie se decidía a darme el tirón de orejas que me había ganado. Al final fue Seitidi quien tomó la iniciativa. Robinson se sintió espoleado por su colega.

<Seitidi> joder, Zgz, si te han pedido un apodo es para algo

<Robinson> si te parece, nos puedes dar también algunos de tus apellidos, dirección completa...

<Robinson> y un número de teléfono donde podamos localizarte en caso de emergencia

Estuve tentado de desconectar bruscamente, dejarles con la palabra en los dedos y evitar así ser objeto de sus burlas de navegantes experimentados. En cualquier caso, otro día podía volver a entrar en la misma sala si lo deseaba con la única precaución de adoptar una personalidad diferente, nada que sugiriese a los demás que yo era Zgz-Andrés. Mi dedo estaba sobre el botón izquierdo del ratón listo para disparar, el cursor sobre el icono de “abandonar el chat”, cuando una voz amable me retuvo allí.

<Frodo> vamos, vamos, no seáis maleducados

<Frodo> todos hemos sido novatos, no?

Una nueva pausa que aproveché para respirar aliviado: no todos los habitantes del lugar eran tan agresivos como parecía al principio. Pero fue un respiro breve.

<Seitidi> Frodo, el amigo de los niños

<Frodo> no les hagas caso, Zgz

<Frodo> algo cabrones, pero no son mala gente

<Zgz> perdón, pero es que estoy un poquillo despistado con esto de los chats

<Zgz> me estreno hoy

En el preciso instante en que pulsé la tecla “Intro” supe que no debía haberlo hecho, que mi última aportación a la charla no iba a ser sino motivo de nuevas bromas. Pero ya no tenía remedio, aquellas palabras eran ya tan irre recuperables como la carta que se deposita en un buzón, así que decidí que lo mejor era salir de allí y no volver a aparecer por Internet en una semana; al

menos, no como Zgz. Pero antes de que finalizase el proceso de desconexión pude ver la frase con la que Frodo se dirigía a los otros dos.

<Frodo> venga, chicos, ni se os ocurra hacer un chiste fácil

<Frodo> Zgz parece un buen chaval

Después de aquel intercambio de líneas estúpidas en el que había intervenido, me sentí fatal: jamás me había echado nadie de ningún lugar, así que no podía concebir lo que me había sucedido esa noche. Tenía la sensación de que Seitidi y Robinson se habían confabulado para expulsarme de mi propia casa porque, aunque sabía que la conversación había tenido lugar en un territorio imaginario que a nadie pertenecía, la impresión que me quedaba era la de que aquellos dos individuos –además de Frodo y yo mismo– habían estado sentados frente a mí en mi misma habitación. ¡Y fui yo quien tuvo que salir por piernas!

No soy una persona acostumbrada a perder sin presentar batalla, mucho menos a recibir insultos injustificados sin dar la réplica adecuada. Es por eso que, después de escapar de la sala de chat, a punto estuve de irrumpir de nuevo para poner las cosas en su sitio. Pero el repentino lloro amargo con el que David reclamó mi atención desde la habitación contigua me hizo desistir y, no sin una cierta sensación de disgusto por no poder intentar la revancha que creía merecer, me levanté de mi silla y me dirigí rápidamente al dormitorio de mi hijo. Su llanto cesó de inmediato cuando sintió mi mano cálida sobre su espalda. Su ritmo respiratorio se normalizó. Su boquita entreabierta incluso esbozó lo que parecía un tímida sonrisa de satisfacción. David volvió a entregarse a su sueño despreocupado; yo, una vez desconectado el portátil, me preparé para enfrentarme a una nueva noche de turbulento insomnio.

Tardé varias horas en cerrar los ojos por completo; quiero recordar que todavía vi los dígitos verdes que componían las cuatro y media en la pantallita del despertador. Y desperté minutos después de las ocho y media, cuando noté

que Josefina, la asistente, entreabría y a la vez golpeaba con los nudillos la puerta de mi dormitorio: había estado pulsando el timbre durante varios minutos antes de decidirse a entrar utilizando su propio juego de llaves, pero mi sueño era profundo a esas horas y no fui capaz de oír nada.

Fui al baño y le indiqué a Josefina que comenzase esa mañana arreglando precisamente mi habitación. Aproveché ese rato para afeitarme, me di una ducha rápida y, envuelto en un albornoz, preparé una cafetera. Me senté en una banqueta de la cocina y esperé a que saliera el café con la mirada perdida en los imanes que adornaban la puerta del frigorífico.

Tomé dos tazas grandes, una tras otra. David seguía dormido y Josefina danzaba por toda la casa con sus trapos y su fregona. Me serví una tercera taza de café y me encerré en el estudio. Conecté el ordenador y, al instante, la fotografía de mi hijo me saludó desde el papel tapiz del escritorio. Estaba a punto de acceder una vez más a Internet cuando el David auténtico, el de carne y hueso que descansaba en la habitación contigua tosió levemente, como si quisiera acompañar sonoramente su presencia digital en la pantalla de mi portátil.

Cuando llegué a su dormitorio, David ya se había acomodado entre los brazos de Josefina. Lo tomé entre los míos, besándole la frente y mirándole una y otra vez a los ojos mientras le susurraba caricias al oído. Fui con él en brazos hasta la cocina, aunque intentaba zafarse de mis arrumacos y dirigía sus bracitos hacia el suelo reclamando inequívocamente el derecho a desplazarse por sus propios medios –aunque a veces tenía la sensación de que lo que realmente sucedía es que quería desentenderse de mí–. Finalmente accedí a sus deseos y yo también me senté en el piso. Estuvimos jugando unos minutos hasta que Josefina entró con aires de matrona a prepararle el desayuno: mi dormitorio ya estaba limpio y ventilado y la asistente me indicaba con su actitud autoritaria que era la hora de que me marchase al despacho.

A pesar de la ducha y los tres cafés, mi aspecto debía ser lamentable. Incluso creí detectar una sonrisa burlona en el portero del edificio donde tengo el despacho, un tipo joven e impecablemente vestido que miraba a los vecinos con un aire de suficiencia que llegaba a incomodar a todo aquel que cruzaba su mirada con la de él. Su cara venía a decir: te has estado corriendo una juerga de puta madre toda la noche, así que ahora te jodes.

Pasé todo el día vagando por el bufete, incapacitado para concentrarme en mi trabajo. Me sentía terriblemente cansado, deseaba fervientemente que llegase la hora de acostarse y no veía el momento de introducirme entre las sábanas y cerrar los ojos. Pero, al mismo tiempo, ansiaba llegar a casa e intentar mantener a través del ordenador una conversación más afortunada que la de la noche anterior.

El deseo de charla se impuso sobre la necesidad de descanso y, minutos después de acostar a David, ya me había sentado frente a la pantalla, un café solo sobre la mesa y la botella de vodka dispuesta para infundirme ánimos en mi nueva singladura virtual.

Afortunadamente, la noche anterior había incluido en mi carpeta de favoritos la dirección correspondiente a “El Club de la Una”. Mi plan era sencillo: introducir mi apodo y esperar que Frodo, el único que se había mostrado comprensivo conmigo, se encontrase sólo en la sala. Pero en seguida comprendí que aquello era un absurdo absoluto, pues no tenía sentido pretender que un lugar cuyo único objetivo era la conversación se encontrase ocupado por una sola persona. Y así era, pues junto a Frodo estaban Seitidi y Soledad.

Durante varios minutos me mantuve a la espera, escondido tras mi silencio, deseando que al menos Seitidi desapareciera de mi pantalla, que una línea me indicase que aquel maleducado había abandonado la sala. La presencia de Soledad me resultaba indiferente, pues ella no sabía de mi existencia y las frases que le pude leer demostraban cierta sensatez en su

redactora. Sin embargo, aquel sujeto de apodo impronunciable no mostraba indicios de querer abandonar la charla. Inquieto, improvisé con el escritorio como parche y un bolígrafo como baqueta un tambor con el que entretener la espera. A mi derecha, colgada de la pared, una composición realizada con fotografías de mi hijo tomadas a lo largo de su hasta el momento corta vida me revelaba algo cada día más evidente: David se estaba convirtiendo en la réplica perfecta de su madre, idéntica la boca, los ojos, sus rasgos...; pareja su arrogancia ante la cámara a la de su madre ante la vida. Exactamente como lo había anunciado tiempo atrás la abuela materna. Todo David era María, como si mi aportación genética hubiera caído en saco roto. Y lo peor de todo era que ese extremado parecido entre ambos no hacía sino recordarme la esencia y la ausencia de la que había sido mi mujer, de aquella a la que juré no dejar sola nunca, ni un día de los que viviéramos juntos. A pesar de que ella, durante sus últimos meses de vida...

Tras aproximadamente diez minutos de intercambio de frases entre los tres veteranos –al menos en ese rato nadie mencionó mi desafortunada aparición de la noche anterior–, por fin llegó el momento que había estado esperando: Seitidi se despidió de sus compañeros con un “bye, nos vemos” al que Frodo y Soledad respondieron con expresiones similares. Ya sólo quedaban ellos dos... y yo, agazapado y mudo, dedicado a observar sus palabras, tratando de adivinar el grado de intimidad, el nivel de complicidad que pudiera existir entre ambos. Pero también ellos parecían dispuestos a cerrar sus ordenadores: Soledad escribió una línea de despedida a la que contestó de inmediato su interlocutor, así que yo tenía que ser muy rápido si quería intercambiar algunas palabras en privado con Frodo antes de que también él abandonase la sala. No lo pensé ni un instante.

<Zgz> hola, Frodo

Los segundos que vinieron a continuación me parecieron minutos: yo había enviado mi saludo pero no podía tener la certeza absoluta de que hubiera encontrado destinatario. Pero en seguida tuve respuesta.

<Frodo> hola, Zgz

<Frodo> no esperaba encontrarte por aquí después de lo de ayer, pero debes perdonar a esos dos

<Zgz> no tiene importancia, la verdad es que me comporté como un pardillo, pero es que era la primera vez que tomaba parte en un chat

Siguieron unos segundos de silencio, como si Frodo estuviera eligiendo el camino que debía seguir para que la charla tuviera algún sentido. Y escogió el que parecía obvio.

<Frodo> por qué has accedido a nuestro club?

<Zgz> me llamó la atención el nombre, y los apodos de los participantes sugieren un cierto gusto por los personajes solitarios

<Frodo> estás solo?

No esperaba una pregunta tan directa en nuestra primera toma de contacto. Pensaba que la conversación discurriría por caminos trillados, que no tendríamos que hacer confesiones sobre nuestro carácter o nuestra situación coyuntural, pero estaba visto que mis previsiones no respondían a la realidad. Podía haberme ocultado respondiendo: qué va, qué va, tengo amigos a cientos, lo que ocurre es que no sabía qué hacer esta noche y he pensado que era una buena idea ingresar en “El Club de la Una”. Pero estaba seguro de que Frodo no se iba a tragar semejante mentira. De todos modos, fingí no entender a qué se refería con su pregunta.

<Zgz> quieres decir si estoy solo frente al ordenador?

La respuesta de Frodo no permitía dobles interpretaciones de su significado.

<Frodo> sabes perfectamente lo que quiero decir

Ya no podía seguir con el embuste. No quedaba más camino que el de la respuesta concisa, el de la palabra precisa.

<Zgz> sí

<Frodo> en ese caso, esta es tu casa, eres igual que Seitidi, que Robinson, que Soledad, que Estilita y los demás que aún no conoces

<Frodo> eres igual que yo

La asepsia con que escribía Frodo, la frialdad con que me arrojaba aquellas palabras a la cara, me pusieron ante las narices una evidencia que hasta entonces no había querido reconocer –o tal vez no fuera consciente de esa realidad–. En cualquier caso, desde que María no estaba, la menuda figura de mi hijo no conseguía llenar el vacío dejado por su madre, sus balbuceos no se podían comparar con la verborrea imparable de ella, sus particulares alegrías –y la forma en que la manifestaban– no eran en modo alguno comparables... Sí, era cierto: desde la muerte de María –sería más honrado reconocer que desde unos meses antes de su muerte– yo estaba solo. Y no había hecho nada por evitarlo.

Las palabras de Frodo reconociendo su condición de tipo solitario me animaron a averiguar algo más de él. Lo único que podía suceder es que Frodo, como contrapartida, me pidiera detalles acerca de las circunstancias que me condujeron a mi estado actual. Ya se sabe, como cuando éramos críos: si tu me enseñas lo tuyo... Pero Internet nos otorgaba la ventaja del anonimato, así que no corría demasiados riesgos siendo sincero con mi recién desconocido colega y, de todos modos, si sus preguntas adquirían un tono impertinente no tenía más que abandonar la charla y si te he visto no me acuerdo. Pasé a la acción.

<Zgz> hace mucho que estás solo?

<Frodo> desde que mi pareja se marchó

<Zgz> de la ciudad, de tu vida...?

<Frodo> de la vida en general

<Frodo> murió hace algo más de un año

Me quedé helado: Frodo y yo éramos más parecidos de lo que hubiera cabido suponer en un principio; al menos, los dos habíamos tenido que superar la muerte de un ser muy cercano y en fechas muy similares. Y eso, que podría haber supuesto una ventaja importante a la hora de comprender lo mucho que a cada uno de nosotros nos costaba hablar de nuestras respectivas desgracias, se alzó entre ambos como si se tratase de un muro vergonzante. Sin quererlo, convertimos las ausencias de nuestras parejas en un terreno embarrado que convenía evitar, y así mantuvimos durante algún tiempo virgen el territorio común con que nos habíamos encontrado hasta que, poco a poco, entendimos que nuestra actitud resultaba, cuando menos, poco comprensible.

Pero no era en el estado civil en lo único que coincidíamos. Aunque pueda parecer increíble, Frodo y yo residíamos –residimos todavía– en la misma ciudad. Lo supimos en el transcurso de la misma conversación, pues Frodo, dando muestras de una diplomacia exquisita, supo cambiar inmediatamente de tema al ver que a los dos nos incomodaba hablar de algunas parcelas del pasado. Así que decidimos aparcar por algunos días las razones de nuestras soledades y limitarnos a mantener una charla gobernada por la intrascendencia, propia de encuentro de vecinos en el ascensor. Y como supuse desde mi entrada en el club, el apodo que había decidido utilizar en la red, era la pista necesaria y suficiente para que todos supieran donde encontrar físicamente al Andrés virtual. Por supuesto, aunque admitimos ambos ser conciudadanos, en ningún momento llegamos a revelar donde vivíamos, a qué nos dedicábamos profesionalmente... sólo los nombres –Frodo tuvo la deferencia de confesarme en privado que su nombre auténtico era Fede, aunque seguimos empleando los ficticios– y algunos detalles que considerábamos necesarios para poder hablar de algo: aficiones musicales, literarias, países que pudiéramos conocer, las últimas películas que habíamos visto...

Pero no tardamos en volver a tratar el tema que nos había llevado a ambos –si bien en momentos temporales muy diferentes– al mismo sitio, al club que nos había unido: nuestra condición de individuos solitarios. Y quiero aclarar antes de continuar mi relato que no soy de esos que explican todo lo que no entienden mediante el fácil recurso al destino o a la casualidad, si bien es evidente que, en ocasiones, sólo el azar parece el responsable de contradecir lo que la lógica de la relación causa efecto debería imponer. Recuerdo un caso que lleve hace algún tiempo en el que, por puro azar, cayó en mis manos un documento que, a la postre, resultó determinante en la consecución de un fallo favorable para mi representado. Por no hablar de esos encuentros fortuitos con conocidos a los que llevábamos años sin ver y que reaparecen en el momento más insospechado; o cuando, en el instituto, el profesor nos preguntaba por el único tema que habíamos estudiado; o aquella vez que la novia nos sorprendió tonteando con alguna de sus amigas... ¡precisamente el único día en que le habías sido levemente infiel!

En cualquier caso, yo ya llevaba tiempo pensando que María podía haber tenido una vida paralela a la que mantenía conmigo; pero lo que no podía en modo alguno sospechar era la vía a través de la que mis suposiciones se iban a convertir en realidades incuestionables. O al menos eso es lo que pensé en aquel momento.

Poco a poco, Frodo y yo fuimos sustituyendo los encuentros públicos en el Club por otros contactos en privado, bien a través del correo electrónico o bien mediante la utilización de servicios de mensajería instantánea. Y esa privacidad nos permitió hablar de nuestras vidas con mayor libertad que cuando corríamos el riesgo de que nuestras palabras fueran observadas por terceros, por los otros miembros del grupo o por navegantes extraviados. Además, seguíamos amparados por el anonimato de nuestros apodos, lo que hizo que, paulatinamente, fuéramos tocando los asuntos más íntimos y escabrosos de nuestras existencias sin ningún tipo de inhibición.

Una noche accedió a hablarme de aquella a quien él se refería siempre como su pareja. Lo hizo con términos vagos, imprecisos, como si quisiera ocultar algo incluso a un desconocido invisible como yo. Pero de sus comentarios pude deducir que su pareja no era exactamente su mujer, sino la mujer de otro. Parecía evidente que Frodo me estaba confesando su participación en un asunto de cuernos cuando narraba sus encuentros en un rincón discreto de un café en el que yo nunca había estado pero cuyo nombre me resultaba vagamente familiar, cuando me contaba cómo él y su pareja paseaban cogidos de la mano con la permanente sospecha de que todos les miraban, cuando me decía que sus besos casi siempre debían ser clandestinos...

Yo no estaba demasiado cómodo tratando aquel tema, pues en varias ocasiones durante los meses anteriores a la muerte de María, y con demasiada frecuencia después de su fallecimiento, me había sentido en la situación de marido agraviado, tal como debía sentirse el marido de la amante de Frodo si llegó en algún momento a pensar en tal posibilidad. Pero, por otra parte, el morbo propio de todo lo que huele a infidelidades me impedía advertir a mi interlocutor de mis objeciones, así que nunca se me ocurrió desviar la conversación hacia terrenos más intrascendentes cada vez que Frodo parecía dispuesto a hablar de cuernos.

La televisión estaba dando las mismas noticias de todos los días. Yo bostezaba de aburrimiento esperando que el sueño se apoderase de David para poder conectar con el Club una vez acostado el niño. Pero aquello no parecía demasiado probable: David jugaba entusiasmado sobre la alfombra del salón con unos bloques de madera pintados en vivos colores. Ya había apilado diez o doce en un difícil equilibrio cuando desplazó la base con una involuntaria patada y la construcción quedó hecha pedazos. Uno de los bloques fue a parar debajo del sofá. Me agaché y lo recuperé alargando mi brazo en toda su

extensión. Cuando alcé la cabeza con cuidado de no golpearme con la mesa de centro, un objeto redondo de cartón que llevaba años ante mí se me grabó a fuego en las retinas: se trataba del posavasos en el que casi siempre dejaba la taza de café mientras veía la televisión o leía algún libro. Siempre había estado ahí pero nunca me había fijado en él, tan familiar me resultaba. Impreso formando un círculo, el nombre del bar donde alguien, seguramente María, lo había obtenido: Café La Espera. El maldito bar en el que Frodo y su amante se habían encontrado cuando ella vivía. El lugar en el que se ocultaban del marido de ella. El sitio en el que se regalaban besos clandestinos ante la mirada del camarero y otros clientes. El local del que salían cogidos de la mano con la sospecha de que alguien les podía sorprender.

Con un gesto poco delicado, me puse a David debajo del brazo y, sin darle ninguna explicación, lo lleve a su dormitorio. El niño se revolvía entre mis manos, trataba de escapar de la tenaza de mis brazos sorprendido y disconforme con mi incomprensible actitud. Comenzó a berrear y yo le grité con una violencia nunca hasta entonces mostrada. David guardó silencio, consciente de que aquel no era el mejor momento para cuestionar mi autoridad. Le acosté, apagué las luces de la habitación al salir y cerré dando un portazo.

Me senté frente al ordenador y lo conecté dispuesto a confirmar mis precipitadas conclusiones y ajustar cuentas con aquel hijo de puta. Pero, afortunadamente, recobré a tiempo mi habitual sangre fría. ¿Qué le iba a preguntar? ¿Qué desde cuándo se acostaba con María? No; debía ser mucho más sutil.

En el supuesto de que María me hubiese sido infiel, en el hipotético caso de que Frodo hubiera sido su cómplice, resultaban lícitos y comprensibles mis deseos de venganza. Pero no podía olvidar que no sabía nada de Frodo y que, si éste fuera culpable de adulterio, no tardaría en desaparecer de Internet si yo era lo suficientemente imprudente como para ponerle al corriente de mis

sospechas. Así que lo más razonable era averiguar algo más sobre la relación de Frodo con su pareja sin poner en evidencia mis intenciones, asegurarme de que mis suposiciones tenían fundamento, constatar que María y la amante de Frodo eran una sola persona... y luego, actuar.

En cualquier caso, decidí poner la cabeza a enfriar, madurar mis ideas y preparar adecuadamente la conversación que debería mantener con Frodo, pues eso parecía lo más razonable si quería obtener un resultado idóneo. Así, apagué el portátil y me acosté convencido de la conveniencia de posponer nuestro encuentro para otro día.

Sin embargo, me resultaba imposible conciliar el sueño pues, aunque creía haber racionalizado todos mis temores, aunque pretendía haber calmado mis dudas, una nueva idea, más grave que la posibilidad de haber sido un marido astado, comenzaba a hacerse un hueco cada vez mayor en mi obsesivo cerebro: ¿cómo sería físicamente Frodo? ¿se parecería mi hijo a él? En definitiva, quien dormía en la habitación contigua a la mía, ¿se trataba de mi hijo o del suyo?

Era evidente que mi cabeza no razonaba como debía, pues me resultaba imposible apartar toda esa maraña de suposiciones y centrarme en los datos objetivos que poseía, mis neuronas se entretenían en hipótesis sin permitirme actuar con mi característica frialdad. Di vueltas y más vueltas entre las sábanas. Pasaron varias horas, se hizo el silencio absoluto en la calle, roto tan solo por el camión de la basura a las tres y cuarto. Me levanté a beber agua y Frodo seguía acompañándome hasta la cocina, volví a la cama y me imaginé a un hombre sin rostro retozando juguetón con María. David gimió –alguna pesadilla incómoda–, pero no le hice caso. Me levanté de nuevo y salí al balcón.

Fumé un cigarrillo tras otro mientras trataba de concentrar mi mirada en las ventanas de enfrente, pero María, Frodo y David ocupaban por completo mis ojos, mi cerebro, mi bilis, mi fibra rabiosa... No era posible, no podía ser

así. María y Frodo no podían ser los únicos clientes de La Espera. Quizás ni siquiera se cruzaron en la vida. Pero las muertes coincidían, los dos compartimos a algún difunto por las mismas fechas. Y los dos eran clientes del mismo bar. Pero mucha gente moría en la ciudad. Y el bar debía tener más clientes. En cuanto a David, la solución era bien sencilla: unas pruebas genéticas y asunto resuelto. ¿Y si los resultados no me eran favorables? Es más, ¿qué resultados esperaba alcanzar? ¿qué iba a hacer si David, definitivamente, no era hijo mío?

Volví a entrar en la habitación. Las cuatro y media. Fui al baño, me desnudé y traté de enfriar mis neuronas sometiéndolas a una ducha helada. Al salir, sin secarme, me enfrenté a mi imagen en el espejo, las manos apoyadas en la encimera del lavabo soportando todo el peso de mi cuerpo. Las gotas de agua iban mojando el suelo del aseo, las ideas se deslizaban más nítidas por mi cuerpo: debía averiguar con mayor precisión la fecha en que murió la amante de Frodo o al menos de qué murió, su nombre si era posible, de modo que mi interlocutor no interpretase mi interés como algo particular sino como una mera cuestión de confianza, de solidaridad entre desconocidos.

Y después de tantas aprensiones, de tanto temor a que Frodo descubriese mi maniobra, la respuesta a todos mis interrogantes llegó de un modo más sencillo, más natural de lo que nunca hubiera supuesto.

Frodo y yo nos volvimos a encontrar la noche siguiente, y él mostraba una locuacidad inusual, sus frases eran más largas de lo habitual. Supuse que llevaba alguna copa de más y decidí morder en la yugular: quizás no volviera a encontrarme con una oportunidad como ésta. Después de fingir durante unas cuantas líneas encontrarme en un estado especialmente depresivo debido al tiempo que llevaba sin compañía, le interrogué sobre lo que me preocupaba sin dar más rodeos.

<Zgz> cuánto tiempo llevabais juntos?

<Zgz> antes de su muerte, quiero decir

Frodo tardó algún tiempo en escribir su respuesta, pero cuando lo hizo me dio toda la información que podía necesitar.

<Frodo> el mismo día que murió comimos juntos en un japonés para celebrar nuestro segundo aniversario como pareja

<Frodo> hace ya año y medio aproximadamente

<Frodo> demasiado alcohol, demasiado alcohol

<Frodo> la nuestra fue una relación difícil

<Frodo> yo era el tercer vértice de un triángulo amoroso, ya sabes

<Frodo> y eso nunca termina bien, pero en nuestro caso la ruptura fue especialmente traumática

<Zgz> todas las rupturas lo son

Un silencio de varios segundos interrumpió el diálogo fluido que habíamos conseguido establecer. Su siguiente frase me dejó helado, con los dedos sobre el teclado y sin capacidad de respuesta.

<Frodo> ¿Sí? ¿Sabes lo que es perder a tu pareja por un estúpido accidente de tráfico?

<Frodo> MIERDA. Y no poder asistir a su entierro, además

La conexión telefónica se interrumpió accidentalmente en ese preciso instante. O tal vez fui yo de un modo inconsciente quien decidió acabar con aquella conversación. Pero fue lo mejor que pudo pasar esa jornada: difícilmente habría podido contener mi rabia ante la pantalla del portátil, en modo alguno habría sido capaz de mantener la compostura frente a las ofensas que mi orgullo había recibido desde un lugar desconocido de mi misma ciudad. En silencio, desconecté el ordenador. Salí al balcón y encendí un cigarrillo: aquella noche tampoco podría conciliar el sueño.

Llevaba varios minutos sentado en el borde de la cama con el sobre en las manos. Aquel sobre era el depositario de todas mis esperanzas, esperanzas expresadas mediante unas cifras que nada sabían de sentimientos

y que se limitaban a cuantificar, en una escala de cero a cien, la probabilidad de que yo fuera el padre de la criatura. Y eran unas esperanzas que permanecían intactas desde hacía una semana, pues todavía no había reunido el valor suficiente para rasgar el sobre y enfrentarme a la certeza científica que tanto temía. Ya el doctor había pretendido interpretar para mí los resultados cuando fui a retirar los análisis de su consulta, pero yo me había negado no sin una cierta violencia que él no pudo entender: si yo mismo había encargado esos análisis, ¿a qué tanto temor por unos simples resultados? ¿no había sido más duro el momento en que decidí acudir allí buscando la confirmación de mi paternidad? No, no era capaz de leer aquel informe, prefería mantenerlo cerrado y oculto en el fondo del cajón de la mesilla, prefería la quemazón de la incertidumbre al infierno de una realidad que no podría negar.

La noche que supe que la amante de Frodo –su pareja, insistía él, como si a él solo perteneciera– había muerto en accidente de tráfico, por culpa de una comida nipona regada en exceso con vinos y licores, en mi misma ciudad... esa noche supe que la casualidad había puesto a ese hombre en mi camino de un modo permanente, pues habíamos compartido a María en vida y ahora nos tocaba compartir su muerte. Y aquello no era todo pues, a juzgar por el tiempo que Frodo y María habían ocupado un mismo lecho a mis espaldas, aquél individuo podía ser perfectamente el padre de mi hijo. Y eso era más de lo que estaba dispuesto a soportar, no podía concebir la posibilidad de tener que alimentar para siempre al vástago de otro hombre, tener que velar cada noche el sueño de alguien que no era mío, estar obligado para toda la vida a mantener con vida a un extraño mientras su padre biológico se desentendía de él. A no ser... a no ser que el padre biológico desapareciera; es ese caso, Frodo y yo habríamos firmado tablas: él se había quedado con María, yo me

quedaba con David, hijo al fin y al cabo de mi mujer. Pero Frodo debía desaparecer.

Por mi profesión, conozco a decenas de maleantes capaces de matar por unos pocos miles de pesetas. No sólo eso, sino que algunos de ellos me deben a mí el hecho de estar todavía en la calle en lugar de pudriéndose en la celda de una cárcel. Por tanto, brazos ejecutores no me iban a faltar. Sólo debía resolver un par de cosas: acumular el odio y la locura necesaria para dar la orden y conocer la verdadera identidad de Frodo, de quien únicamente sabía su nombre de pila: Fede.

Decidí resolver la segunda de las cuestiones en primer lugar: parecía razonable suponer que sería más fácil odiar a un hombre de carne y hueso que al apodo que utilizaba para moverse por la Red. Para ello debía conseguir una cita –física, no virtual– con Frodo, algo que parecía más factible que la posibilidad de que me facilitase sus datos a través de Internet; ese fue mi único objetivo a lo largo de los días que siguieron al de la revelación de que Frodo y María eran amantes. Eso, y hacerme los análisis que todavía no me había atrevido a leer.

Quedamos citados en un café situado a un par de minutos de mi despacho. Fede había insistido mucho acerca de si yo estaba seguro de la conveniencia de vernos en persona, pues él se mostraba algo reacio a pasar del contacto virtual al real. Pero al final aceptó y acordamos que él llegaría un poco antes y me esperaría en una de las mesas del fondo leyendo un diario económico que yo debía identificar a simple vista por el característico color salmón de sus hojas.

Mi plan era sencillo: una vez concluido nuestro encuentro, nos despediríamos y, con la mayor discreción posible, trataría de seguirle y averiguar así donde tenía su domicilio. Después, si yo tomaba la decisión definitiva, el matón al que contratase sabría cómo localizarle.

Eran las seis y media de la tarde, la hora exacta a la que Fede debía entrar en el Bulevar. Yo lo debía hacer cinco minutos después, así que guardé los informes que tenía sobre la mesa y salí del despacho. En el patio me crucé con la mirada inquisitiva del portero, ese sujeto inquietante ante quien suelo pasar siempre lo más rápido posible: su aire altivo y arrogante me incomodan de un modo que no alcanzo a comprender.

En la calle hacía calor y en seguida noté la desagradable humedad de la camisa pegada al cuerpo bajo la americana. La corbata me estaba ahogando. Pensé en quitarme la chaqueta, pero eso supondría poner al descubierto las desagradables manchas de sudor que enmarcaban las axilas, algo que Fede podía atribuir no a la elevada temperatura sino a un estado nervioso que en modo alguno quería demostrar.

El bar estaba bastante concurrido: una decena de clientes se repartían a lo largo de la barra y otros tantos ocupaban varias mesas al fondo del local. El camarero me saludó al pasar frente a él mientras secaba los vasos que iba sacando del lavavajillas. Fede desenterró la cabeza del periódico y sonrió en mi dirección. Me fui hacia él.

Debía tener mi misma edad, quizás dos o tres años más. La misma altura que yo, mi misma complexión... pero absolutamente distinto a mí en el aspecto. Vestía un pantalón de lino de color verde muy claro y una camiseta azul marino, casi negra. Sandalias marrones de cuero, una par de pulseras del mismo material, varios anillos adornando unos dedos que abrazaban un vaso de whisky con hielo. No dejaba de sonreír, algo nervioso por la situación,

supongo. Lucía un bronceado perfecto y las patillas, como trazadas a plumilla, se prolongaban hasta unirse a una perilla igual de fina. Un buen tipo. Se puso en pie y me tendió una mano que apretó la mía con la presión justa. Una cosa parecía evidente: me iba a resultar difícil odiar a Fede. Tampoco fue necesario.

Nos sentamos uno frente al otro; no sabíamos por dónde empezar la conversación, ese diálogo al que tanta fluidez imprimíamos desde nuestros ordenadores. Pero en vivo resultaba diferente, la mente nos funcionaba más lentamente con el otro delante y decidimos comenzar hablando, cómo no, del tiempo. Después de tres o cuatro comentarios triviales sobre lo pronto que había llegado el calor ese año, lo dura que era nuestra ciudad en cuanto al clima y otras estupideces similares, soltamos a dúo una carcajada conscientes de nuestra simpleza. Ahí se acabó nuestra complicidad, la impresión de que compartíamos algo más que un club en Internet.

Fue en el momento en que Fede tomó un trago del vaso y lo dejó de nuevo sobre la mesa sin apartar sus ojos de los míos ni un solo momento. Sus manos se plantaron sobre el dorso de las mías. Yo, avergonzado, enrojecido, quise hundirme en el asiento, salir volando de aquel bar, desaparecer de la memoria de cuantos clientes me habían visto sentado a esa mesa.

David dormía profundamente, ignorante de que su futuro, probablemente, dependía sólo de una cifra. Cerré la puerta de su dormitorio sin hacer ruido. Entré en mi habitación y me senté en el borde de la cama. Estaba ansioso. Y cansado. Y pleno de escepticismo.

Abrí el cajón de la mesilla. Bajo unas cuantas camisetas y calzoncillos asomaba la blancura del sobre. Lo saqué y lo dejé encima del edredón, mirándolo como si se tratase de una fiera a punto de saltar sobre mí. Respiré

hondo y lo volví a coger, Rasgué el borde con los ojos cerrados. Extraje el folio y leí superficialmente su contenido. ¡Ja!

## **PENTAGRAMAS**

La primera vez que crucé las puertas del Bulevar no tenía todos los sentidos a mi entera disposición, nerviosa como estaba ante la inminente cita que Noelia había concertado en mi nombre con Iván. Recuerdo que había tres hombres hablando de negocios al principio de la barra y que, minutos después de llegar yo, entró en el local un individuo más joven de lo que aparentaba, pulcramente desaliñado, con la mirada arrogante a pesar de que parecía bastante necesitado, al menos en lo que a los aspectos materiales de la vida se refiere. El hombre se dirigió al camarero y, tras intercambiar unas palabras que no alcancé a escuchar, éste lanzó una carcajada que llenó todo el café. A continuación, le preparó un cortado que acompañó con un bomboncillo de chocolate. Minutos después, el hombre salió, no sin antes despedirse cortésmente de todos los presentes, ante el desdén mate reflejado en los ojos de los tres hombres de azul –los ojos brillan con la alegría, así que es lógico que se vuelvan mates por el desprecio que demostraban aquellos tres ejecutivos.

Yo había tomado ya un par de copas y estaba más preocupada por mi encuentro con Iván que por lo que sucedía en el bar, pero aquel tipo me había causado, a pesar de su desastrosa apariencia, una buena impresión. Parecía seguro de sí, inmune a todo cuanto se movía a su alrededor. Sin embargo, sí le inquietaba el comportamiento de los demás, pues sólo así se podía explicar su actitud de los días siguientes cada vez que pedía su cortado.

Porque, tras aquella primera sesión de masaje que tanto significó para el perfecto funcionamiento de mi relación matrimonial, las visitas a casa de Iván se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Y antes de cada masaje, como

preludio al acto principal de la función, entraba en el mismo café y allí encontraba cada tarde, indefectiblemente, a los tres supuestos ejecutivos y a Poeta, pues ese es el nombre con que el propietario del bar se refería a aquel elegante vagabundo. Y cada tarde a partir de aquella en que le vi por primera vez, la tarde de mi primera cita con Iván, Poeta llevaba a cabo un ritual, cuando menos, pintoresco: se acercaba al camarero y le tendía un vaso de cristal y una cucharilla que guardaba en uno de los bolsillos de la gabardina para que fuera ahí donde le preparase su cortado. Al principio, esa actitud parecía la excentricidad propia de un artista de segunda fila. Pero cuando comencé a observar más atentamente a Poeta creí descubrir las razones que motivaban su manía y, desde luego, no podía dejar de sonreír por lo que suponía un comportamiento abiertamente desafiante.

Una tarde, llegué al Bulevar a la misma hora, pero disponía de más tiempo libre pues había quedado con Iván a las ocho en lugar de a las acostumbradas siete y media. Poeta cumplió su liturgia de cada día y salió del bar. Yo miré a través de la puerta de cristal y vi que cruzaba la calle directamente hacia el portal de la casa que hay en la acera opuesta. Recostado contra la fachada, un mendigo, de edad indefinida –probablemente cerca de los setenta años– miraba atentamente hacia algún punto situado frente a él, más o menos sobre la fachada del edificio en el que se ubica el café. Poeta se sentó a su lado, sacó uno de los cuadernos que guardaba en la gabardina y comenzó a anotar lo que, al oído, le decía su compañero.

Me entretuve varios minutos contemplando el extraño comportamiento de los dos vagabundos. El mendigo miraba hacia algún punto indefinido del cielo o de la fachada frente a él, permanecía unos segundos como en trance y acercaba sus labios al oído de Poeta. Este escribía algo en su cuaderno

mientras el mendigo volvía a concentrarse en sus observaciones celestes. Y otra vez la confesión al oído de Poeta.

Yo estaba confusa. No sabía a qué atribuir la peculiar actitud de los dos hombres y, dada mi inclinación por la labor creativa –aunque me dedico a las traducciones de textos, tengo una enorme vocación de escritora frustrada– sólo se me ocurría pensar que el mendigo buscaba en el cielo la inspiración para alguna historia que estuviera imaginando. Por otra parte, podía tener algún problema de visión y esa era la razón por la que las labores de escriba las efectuara Poeta.

La misma escena se repetía una tarde tras otra, sin una sola variación. Poeta entraba, se bebía su cortado en su vaso, salía del bar y se sentaba junto al otro mendigo. Un día decidí colocarme a su lado en la barra y tratar de averiguar las razones de su proceder.

–Tengo entendido que te dedicas a escribir.

–Algo de eso hay –respondió sin apartar los ojos de su café.

–¿Y te gusta lo que haces?

–He trabajado en cosas peores, aunque mejor pagadas.

–Ya. ¿Y tu amigo también es poeta?

–¿Quién? ¿Pentagramas? No, Pentagramas es músico.

–¿Músico? Vaya, no lo había imaginado. Por cierto, tengo una pequeña duda: cuando miráis al cielo, ¿buscáis ahí la inspiración para vuestras creaciones?

–No, me limito a anotar lo que Pentagramas me dice.

Esas fueron las breves preguntas que pude hacer y las escuetas respuestas que obtuve de Poeta, lo que demostraba que no me encontraba ante un prodigio de elocuencia. Aunque tal vez se tratase de una forma de

mantener su pose arrogante, su distanciamiento de los vulgares clientes del Bulevar. En cualquier caso, seguía sin saber qué es lo que los dos hombres contemplaban en el cielo, si es que era el cielo lo que miraban.

Seguían pasando las jornadas, yo continuaba con mis visitas a Iván precedidas por la copa en el Bulevar, Poeta no dejaba de tomar cortados –el secreto del vaso de cristal nos fue por fin revelado, lo que nos provocó gran regocijo al camarero y a mí y profunda indignación a los ejecutivillos de tres al cuarto que aparcaban allí todos los días–, pero no tuve ocasión de hablar con él sobre Pentagramas. Hasta la tarde que decidí pasar a la acción y, cuando Poeta salió del bar, apuré mi whisky, pagué la cuenta y salí tras sus pasos. Crucé la calle y me senté en el suelo junto a los dos mendigos.

La primera sorpresa se produjo al comprobar que lo que Poeta tenía sobre las rodillas no era un cuaderno normal, sino uno de papel pautado, de los que se utilizan para escribir música. Miré a Pentagramas con ojos inquisitoriales y él me contestó mirando a su vez al punto indefinido hipotéticamente situado sobre y frente a la posición que ocupábamos. Yo clavé mi mirada en un cielo azul que comenzaba a oscurecerse, pero Poeta señaló con su índice un poco más abajo: lo único que vi fue un tendedor de ropa absolutamente vulgar y unos gorriones saltando despreocupadamente de barra en barra.

–Cinco barras –me indicó Poeta al ver mi estupor. Yo seguía sin entender nada.

– Los gorriones sobre ellas –añadió cansinamente, como si se tratase de una explicación absolutamente innecesaria. Yo le interrogué alzando los hombros y arrugando la nariz, pues no comprendía dónde me quería hacer llegar Poeta, qué significaban ese tendedor y esos estúpidos e indecisos

gorriones que no parecían satisfechos en ninguna de las barras en las que se posaban.

–Pentagramas, hasta hace unos años, era un compositor bastante exitoso –comenzó a explicarme–: sintonías para alguna serie de televisión, alguna canción pegajosa que vendía a las discográficas para que las cantase cualquier niñato con mala voz y buena pose, música para anuncios... Pero aquello no le llenaba, él pretendía ser mejor, ser otra cosa. Comenzó a espaciar más sus creaciones, se alejó de los circuitos comerciales y empezó a vivir de lo que había ganado en los buenos tiempos... en los buenos tiempos económicos, porque nunca los consideró buenos en el aspecto artístico. Finalmente, dejó de llenar de sonidos sus cuadernos pautados, perdió lo poco que le quedaba de fascinación por los pentagramas. Hasta que un día vio un libro en el escaparate de una librería, un libro de Paul Auster cuyo título le devolvió el interés por las corcheas y las fusas: *La música del azar*. Entró en la tienda, adquirió un ejemplar y se sentó con él entre las manos en el primer banco que encontró en la calle. Pero apenas volvió las cubiertas, casi no llegó a pisar sus páginas con el roce de los dedos... le bastaba tener frente a sí ese hermoso y sugestivo título, esa portada mostrando unos pentagramas semicubiertos por los cuatro ases de una baraja de póquer. Y desde entonces compone utilizando lo que él denomina pentagramas de vida: un tendedor de cinco barras y a esperar a que los pájaros decidan qué notas colocar y en qué orden hacerlo. Se ha convertido en un músico desahuciado e incomprendido pero, al menos, sus composiciones tienen una rara calidad.

**MARIO PRECIPITADO**

Me doy por vencida: nunca aprenderé a estarme quietecita, a comportarme como lo que debería ser, una mujer de treinta y siete años normal y corriente –si bien con la peculiaridad de dedicarme a una profesión liberal mayoritariamente masculina–, casada, con dos hijos que le roban bastante de su ya de por sí escaso tiempo libre... aunque debo reconocer que Roberto es un magnífico marido que comparte al cincuenta por ciento las cargas familiares.

Sé que puedo parecer pretenciosa, pero es que no soy una mujer normal si por normal entendemos lo que acabo de describir en el primer párrafo de mi relato. Porque sí, está claro que reúno todos esos requisitos –marido, dos hijos, variados quehaceres domésticos... incluso tengo una hipoteca como Dios manda–. Pero sé que hay algo que me distingue de la mayoría de mis semejantes, rasgo distintivo que muchas de mis semejantes tacharán, simplemente, de acceso crónico de inmadurez. Y es que creo que mi mayor peculiaridad consiste en poseer un lado masculino muy desarrollado. Pero que nadie caiga en el simplismo de pensar que soy lesbiana; no, en absoluto.

Llevo años enamorada de mi marido, la mejor persona con la que me haya podido topar nunca. Le respeto y sería incapaz de hacerle el menor daño, y sé que ese es un sentimiento recíproco. Por otra parte, soy una madre razonablemente buena para mis dos hijos, dos soles de cinco y siete años por los que, llegado el caso, sería capaz de dar la vida... como cualquier otra madre. Aunque seguro que habrá quien me contradiga cuando lea lo que sigue –apuesto a que será una idea que surja de inmediato en bastantes de las mujeres que lean esto; incluso alguna se escandalizará y soltará la chorrada de que si no quería sacrificarme por mis hijos, pues que no los hubiera parido–,

seguro que hay quien piense que no soy tan buena madre como debiera, y todo porque nunca me he considerado madre de hijos-compresa, de esos que absorben todo lo que se encuentra en su amplio radio de acción: el tiempo libre y la sustancia vital de sus abnegados progenitores, la atención permanente de tíos y abuelos, los odios y celos de los hermanos mayores... No, cada cosa en su sitio: los niños podrán ser el centro de una casa, pero no todo debe girar necesariamente en torno a ellos, no pueden ser agujeros negros incapaces de devolver nada de lo que atrapan en su interior, no se debe atrofiar el desarrollo de un adulto por potenciar el crecimiento de un pedugo... vaya, que se debe encontrar el equilibrio justo entre entrega desinteresada e intereses personales legítimos. Y no es tan difícil, coño.

A ver cómo puedo defender lo que resultará indefendible para tanto meapilas, lo que los políticos nacionalistas denominarían “mi hecho diferencial”. Ya he dicho que quiero a mi marido, que le respeto, y sin embargo, de vez en cuando, tengo mis rollos con otros hombres. Sí, así, sin ambages. Tal como suena. Eso sí, no son sino aventurillas sin importancia que en nada merman el cariño que siento hacia Roberto. Vamos, que en ningún momento se me ocurriría aducir como excusa para mi proceder la tontería de que en mi matrimonio algo no funciona como es debido, que mi conducta se pueda deber a la manida crisis de los cuarenta –todavía me faltan tres años para poder recurrir a ese lugar común–, que busco fuera de la pareja lo que no encuentro dentro... Tontadas. La única explicación que puedo encontrar –aunque ni siquiera considero que sea necesaria justificación alguna por mi parte– es que mis frecuentes infidelidades no son sino la manifestación del lado más negativo de mi lado masculino. Tal y como suelen defenderse hipócritamente algunos

hombres tras ser pillados en falta, no puedo decir más que se trata del cazador, del depredador que todos llevamos dentro. Todos sí, pero también algunas.

En cualquier caso, no estaría ahora escribiendo esto si no fuera por un estúpido error de cálculo, por un maldito cabo suelto que no llegué a reconocer. Y, desde luego, no pretendo que nadie vea en esta narración un innecesario acto de contrición, no quiero que nadie busque una moraleja donde no la hay... vaya, que en adelante mi comportamiento seguirá siendo el mismo que hasta ahora, que no pienso variar en un ápice mi modo de ver la vida. Porque, vamos a ver: ¿quién coño le pidió a Mario que se sacrificase por mí del modo en que lo hizo?

Antes comentaba de pasada mi pertenencia profesional a un colectivo mayoritariamente masculino, pero tampoco quiero que se entienda esa adscripción laboral como una excusa que explique mis tendencias, como una tentación irresistible que alegar como atenuante para mis infidelidades. Lo que ocurre es que, al estar en contacto permanente con hombres, siempre me ha resultado fácil comprender la sencilla lógica masculina y, por tanto, mis conquistas han sido un juego de niños. Y las oportunidades que se me han presentado, abundantes; porque allí donde encuentres un hombre, hallarás un eventual compañero de cama. Eso sí, compromisos no se les pueden exigir demasiados, algo que, por cierto, se corresponde al cien por cien con mis intenciones.

Mi vida sentimental extramatrimonial se rige por dos sencillas reglas: jamás he revelado mi verdadero estado civil a ninguno de mis esporádicos amantes y nunca he tenido como objetivo a un hombre casado.

En cuanto a lo de mantener mi anonimato civil, la explicación es muy simple: reconocer tu pertenencia al clan de las mujeres casadas te convierte de

inmediato en un ser apestado para muchos hombres y en la mejor representación del morbo para otros muchos. Y eso es algo que desvirtúa la naturaleza íntima de la relación, la condiciona de tal modo que nunca se puede alcanzar un entendimiento auténtico entre las partes.

Y en lo que se refiere a no poner mis ojos en un hombre ya elegido por otra, la razón todavía es más evidente: en ningún momento pretendo convertirme en el paño de lágrimas en el que un hombre casado enjague su infelicidad, en la amiga a quien contar lo mal que lleva lo de su matrimonio. Y además, que no quiero afectar a terceros con mis aficiones; en este caso, a terceras, las parientas de mis amoríos. Aunque sólo sea por solidaridad de clase.

Pero no creo que se me pueda considerar lo que denominaríamos eufemísticamente una promiscua desaforada –en lenguaje llano y crudamente masculino, un putón desorejado–, que tampoco son tantos los pantalones que he visto arrugados a los pies de una cama de hotel o primorosamente plegados sobre una silla dependiendo de la pulcritud del individuo de turno y del grado de intensidad del pasional encuentro. En realidad, creo que mis encuentros extraconyugales en los nueve años que dura ya mi matrimonio con Roberto los puedo contar con los dedos de una mano. Sí, por supuesto; cronológicamente han sido Roger –un catalán muy agradable al que conocí en un seminario que se celebró en Barcelona al poco tiempo de casarme–, Juan, Sergio, y el último, de nombre Mario y de apellido “el precipitado”.

He citado a Mario en último lugar y creo, sin embargo, que bien podría haber sido el primero, aunque en ese caso no podría hablarse estrictamente de infidelidad.

Fue en el cuarto curso de carrera –el cuarto para mí, que Mario estaba todavía en segundo a pesar de tener ambos la misma edad–. Yo me encontraba, como casi siempre, en la biblioteca de la Escuela cuando alguien arrojó un montón de apuntes sobre la mesa que había frente a la mía. Levanté los ojos sobresaltada y los clavé en un muchacho alto y desgarrado, demasiado delgado para mi gusto. Era moreno y tenía unos ojos negros vivísimos, aunque sólo conseguí vérselos cuando se retiró el flequillo que le colgaba como una cortinilla justo hasta la mitad de la nariz. Le dediqué la mirada más reprobatoria que pude encontrar en mi amplio catálogo y él me correspondió con una sonrisa de anuncio.

–Perdona si te he asustado, pero es que soy nuevo aquí y no me he dado cuenta de que estabais todos tan calladitos. ¿Quién es el difunto? Lo digo porque esto parece un velatorio –añadió a modo de innecesaria explicación al ver que no le reía la gracia. Luego supe que cuando decía que era nuevo se refería exclusivamente a la biblioteca, pues llevaba matriculado en la Escuela tantos años como yo, si bien con la improductiva tendencia de demorarse más de lo debido en cada uno de los cursos.

De entrada, no me cayó demasiado bien. Lo identificaba como el típico alumno despreocupado porque tiene todo lo que quiere en casa y lo único de lo que carece es de ganas de asumir responsabilidades. Pero luego empecé a ver en su comportamiento ciertos rasgos de lo que podríamos denominar una vagancia elegante, una indolencia estilosa.

Porque sólo era despreocupado para los estudios, o más bien para aquellos estudios que no le atraían lo suficiente. No quería saber nada de aquello que le supusiera un esfuerzo que él considerase desmesurado –y debo aclarar que Mario tenía la vara de medir esfuerzos realmente corta–. Sin

embargo, demostraba una agudeza excepcional en todo aquello que le interesaba, destacando sobremanera en el álgebra –era un auténtico monstruo resolviendo matrices– y en las relaciones sociales, aunque esta materia no estuviera incluida en el plan de estudios de la carrera. Y es que, con su sonrisa franca y su mirada avispada, con sus ojos persuasores, conseguía siempre lo que se proponía.

Esa primera vez que nos vimos, Mario se había propuesto que nos echasen de la biblioteca y, cómo no, lo consiguió. Llevaba un cigarrillo encendido entre los dedos y yo le llamé la atención al respecto.

–¿Cómo? –preguntó sin comprender el motivo de mis quejas.

–El cigarrillo. Estás en una biblioteca, y en las bibliotecas no se puede fumar.

–Ah, claro; perdona, no me había dado cuenta. ¿Dónde hay un cenicero?

–Si no se puede fumar, no parece muy lógico que haya ceniceros. ¿O sí?

–Ya... pues lo tendré que tirar al suelo.

–No –exclamé delatada por mi pasión por la limpieza. El encargado de la biblioteca nos chistó por segunda vez en esos pocos minutos y, la verdad, no era un hombre que se caracterizase por su paciencia–. Sal a fumártelo al pasillo; nos está mirando todo el mundo.

–Será porque piensan que hacemos buena pareja. Es broma –añadió ante mi cara de sota.

El bibliotecario nos llamó nuevamente la atención, y como Mario no daba muestras de abandonar la sala, me levanté, le cogí del brazo y me lo llevé al pasillo. Y, curiosamente, al situarme junto a él ya no me pareció tan alto y

desgarbado; incluso sus antebrazos adquirieron de súbito una fortaleza inesperada. Algo en él me empezaba a gustar, pero no podía bajar la guardia tan pronto y decidí mantenerme firme en mi postura combativa.

Durante el resto de mi estancia en la Escuela, nuestras posiciones de partida se fueron aproximando hasta el punto de hacernos casi inseparables por los pasillos, la cafetería, el vestíbulo... incluso logré hacerle entrar en la biblioteca un par de veces más en los dos años siguientes. Pero no pasamos de ahí, como si pensásemos que el sexo acabaría sin remedio con una extraña amistad entre dos seres absolutamente opuestos: yo era una chica volcada en mis estudios y él era el mayor viva la Virgen que haya conocido nunca.

Terminé la carrera en el plazo establecido, y a los veintitrés tenía título oficial y orla con los rostros de toda la promoción. Mario también estaba en ella, con su melena revuelta y su barba de tres días de siempre. Y en otras dos o tres orlas más, pues todavía debió conocer a varios directores antes de licenciarse.

Al acabar los estudios, le perdí la pista. Habíamos intercambiado nuestras direcciones y números de teléfono –por aquel entonces eran todavía las direcciones y teléfonos de nuestras respectivas familias–, pero nunca hicimos uso de ellos. Era algo así como si nuestras vidas no pudieran encontrarse sin tener como fondo el conocido escenario de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura.

Pasaron doce o trece años. Yo fui consiguiendo todo aquello por lo que había luchado tanto tiempo: abrirme camino en mi profesión, establecer mi propio estudio, realizar un trabajo que me gustaba... Y también había logrado otras cosas por las que nunca había demostrado especial interés, aspectos vitales que nunca me había planteado como objetivos ineluctables, que nunca

había considerado fallos inapelables. En definitiva, que había encontrado marido y dos hijos, una vida familiar propia y acomodada y un porvenir seguro que para sí lo quisiera cualquiera. Sólo entonces volvió a aparecer Mario, hace aproximadamente un año y medio. Y, no podía ser de otro modo, su reaparición se produjo de la manera más insospechada.

Estaba trabajando en mi estudio cuando el programa de correo electrónico me notificó la llegada de un mensaje nuevo. Lo abrí de inmediato, como si intuyera que el ordenador tenía algo importante que decirme. El mensaje lo remitía el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, y consistía en una invitación para un seminario que se debía celebrar en la capital durante los días 20 y 21 de marzo. El seminario llevaba el rimbombante título de “Urbanismo en España en el siglo XX: una perspectiva histórica”. El tema en cuestión no me interesaba en absoluto, y habría rehusado la invitación sin pensarlo dos veces de no ser por las líneas que cerraban el texto:

“Al final del seminario, tendrá lugar una mesa-debate en la que podrán participar todos los profesionales asistentes al acto. La mesa estará moderada por el colegiado D. Mario Utrillas Sanjosé. Sin otro motivo, aprovechamos la presente para blablabla, blablabla, blablabla”.

¿Mario, moderador de un debate? Eso era algo que no me podía perder, pues se suponía que ese papel debía reservarse para una persona seria y ecuánime, y yo no acertaba a comprender cuál había sido el proceso de conversión que había logrado ese cambio en Mario. Además, me seducía la idea de poder ver de nuevo a mi antiguo compañero y comprobar si el tiempo

había derribado las barreras que entre amistad y sexo habíamos levantado tantos años atrás.

Cursé mi confirmación de asistencia utilizando la misma vía por la que había recibido la invitación: ese era el medio más rápido y en ningún caso podía quedarme sin una butaca de primera fila en el seminario de marras. Luego, más tranquila, leí de nuevo el mensaje y advertí un capricho del destino en el que jamás antes había reparado: las iniciales del nombre y apellidos de Mario formaban la palabra con que se designaba a una de las actividades en las que mi ex-compañero se consideraba un consumado especialista.

Los días previos al reencuentro los pasé haciendo y deshaciendo planes, imaginando modos de recuperar la relación que habíamos dejado olvidada en los pasillos de la Escuela, ensayando diversos tipos de presentación: si le contaría las razones reales que me habían empujado a asistir al seminario o le dejaría creer que todo había sido consecuencia del azar, si le tenía que preguntar directamente por cómo había llegado a ser moderador de debates o si sería preferible empezar la conversación con otra entrada menos irónica, si tendríamos ocasión de vernos en privado o el programa sería tan apretado que apenas nos permitiría disponer de unos minutos libres... ¿Estaría casado? ¿con hijos? ¿seguiría siendo el mismo tarambana de años atrás? No. Cuando le vi el veinte de marzo, en un lugar destacado de la mesa desde la que oficiaban los conferenciantes, comprendí que en absoluto era el mismo tarambana de siempre; más bien se podría decir que se trataba de un tarambana evolucionado, de un irresponsable pulido por las responsabilidades inevitables, de un caradura al que los años habían suavizado las aristas.

Y lo digo porque se pasó la sesión acompañando con el pie alguna cancioncilla que llevaba rondando por la cabeza, jugueteando continuamente con un bolígrafo, doblando papelitos, haciendo dibujos en la libreta de notas que nos había entregado la organización –creo que incluso debió dejar su rúbrica en la propia mesa presidencial–, mirando al techo... y lanzándome sonrisas y algún guiño distraído desde el momento en que me descubrió entre los asistentes. Sin embargo, cumplió a la perfección el cometido que le había encargado el Colegio de Arquitectos, entregando la palabra a quien la pedía sin alterar en ningún momento el orden de solicitudes, acortando las intervenciones de aquellos que se excedían en lo que se podía considerar un tiempo razonable de exposición de ideas, imprimiendo un ritmo más vivo al debate cuando parecía que se iba abajo. Desde luego, se le podía dar una buena calificación en su faceta de moderador.

La jornada había comenzado a las cuatro de la tarde de aquel sábado, pero cuando Mario y yo pudimos hablar tras doce años de silencio fue hacia las ocho, después de que el moderador –o sea, Mario– diera por finalizada la primera mesa-debate del seminario. En cuanto terminó de guardar sus papeles en un bolso de cuero que reconocí como el mismo que ya utilizaba en sus tiempos de estudiante, se vino hacia mí todo él sonrisa. Me sujetó por los hombros y me estampó sus labios en las dos mejillas.

–Joder, Laura, te has puesto buenísima... bueno, no quiero decir que antes no lo estuvieras, pero... coño, ya me entiendes lo que quiero decir. Supongo que cenaremos juntos ¿no? Tenemos un huevo de cosas que contarnos. Porque me imagino que tendrás hambre, después de aguantar el peñazo sobre urbanismo que nos han largado esta cuadrilla de sabelotodos –

añadió dibujando con la boca una mueca de asco—. Venga, nos vamos de inmediato, no vaya a pillarme alguno de estos petardos y me dé la noche.

Me tomó del brazo sin casi dejarme hablar y salimos precipitadamente de la sala de conferencias. Se suponía que la mayoría de los asistentes iba a cenar en el restaurante del hotel en el que el Colegio nos había proporcionado alojamiento a los foráneos, así que Mario y yo tomamos un taxi que nos alejase lo más posible de aquel lugar apestado de lumbreras vanidosas. Al final, terminamos cenando de picoteo y tomando chupitos de vodka en un café bastante tranquilo.

Mario había cambiado bastante desde que terminé la carrera. Había engordado unos cuantos kilos, lo que le proporcionaba un aspecto más sólido, una mayor apostura; y llevaba el pelo mucho más corto, permitiendo una mejor visión de sus ojos negros. Pero seguía siendo el tipo despreocupado, deliberadamente despistado, que siempre entraba fumando en la biblioteca – quizás con el único objetivo de provocar al encargado—. Como cuando teníamos doce años menos, cambiaba de tema continuamente, casi con una cierta precipitación, como si fuera incapaz –creo que ese era el motivo– de mantener la atención en un mismo punto durante más de cinco minutos. Cuando le pregunté por su vida sentimental, lanzó una ruidosa carcajada que hizo volver la cara a todos los presentes.

–¿Casarme? ¿Y quién crees que puede querer cargar con alguien como yo?

Tenía razón: no pude encontrar respuesta a la pregunta que Mario parecía hacerse a sí mismo. Yo, por mi parte, también le sugerí que estaba libre, que jamás me había casado: no sabía en qué podía terminar nuestro reencuentro y quería ir preparándome el terreno.

Pero esa noche no pasó nada. Bebimos, fumamos, recordamos, reímos... y quedamos en desayunar juntos antes de que comenzase la segunda y última jornada del seminario.

La sesión terminó a mediodía y nos sentimos obligados a compartir mesa con un nutrido grupo de compañeros. Al despedirnos después de la comida, tomamos nota de nuestros respectivos números de teléfono, pero en esa ocasión nos referíamos a los móviles y, además, de nuestra exclusiva propiedad. Y esta vez sí hicimos uso de ellos. Durante semanas nos fuimos buscando por los distintos cursillos, seminarios, encuentros, charlas, conferencias y reuniones de todo tipo que se celebraban a lo largo y ancho del país.

Fueron unos meses maravillosos, en los que alcancé la plenitud siempre deseada, una estabilidad emocional que nunca había imaginado. No sólo tenía una relación estable –la que habíamos sellado años atrás mi marido y yo–, sino que también contaba con un amante estable. ¿Qué más podía desear? Nos veíamos con cierta frecuencia, algunos fines de semana al principio, en días laborables después. Yo lo tenía fácil para justificar mis ausencias de una sola jornada, me bastaba con decir que tenía una visita de obra en algún pueblo de la provincia, en cualquier ciudad cercana a la mía. Y Mario era libre de ir y venir cuando y donde gustase. Así que nuestra relación se fue consolidando poco a poco... hasta que llegaron los días previos a las últimas navidades del siglo, momento en el que Mario me demostró que no me equivocaba al pensar que seguía siendo el mismo atolondrado de siempre.

Era viernes, veintidós de diciembre. Las seis de la tarde. Tengo mi estudio en un edificio céntrico, y por las ventanas podía ver las bombillas navideñas, los ríos de gente desplazándose desordenadamente de un lugar a

otro. Había dado fiesta a los dos delineantes que trabajan para mí, y yo había ido al despacho con la idea de acabar una memoria que tenía pendiente desde hacía varios días, cerrar pronto y terminar de comprar los regalos de mi marido y mis hijos. Entonces sonó el timbre. Abrí la puerta y me encontré con Mario apoyado en el quicio.

–Pero ¿qué haces tú aquí? –le pregunté. Y no sé si me alegraba de verle o si pensaba que no era el mejor momento para recibir su visita, con todas las cosas que todavía tenía por hacer pero, en cualquier caso, tiré de su brazo y le hice pasar a mi despacho.

–Pues ya ves, que estaba de paso y he querido darte una sorpresa – me contestó antes de que nos besáramos en los labios–. ¿Tienes algún compromiso esta noche? He pensado que podías invitarme a cenar; tengo algo muy importante que decirte.

¿Algo importante? ¿Qué podía entender Mario por algo importante? Y claro que tenía compromisos para esa noche: compras, marido, hijos... Hasta ese momento, Mario y yo siempre nos habíamos visto en terreno neutral, ni en Madrid, donde él residía, ni en Zaragoza, la ciudad en la que yo vivo y trabajo. Creo que lo de vernos fuera de nuestro hábitat natural se trataba de un acuerdo tácito, pues en ningún momento habíamos establecido esa condición como premisa de partida; simplemente, los dos considerábamos que era lo mejor para sacar adelante nuestra relación. Y su aparición en mi estudio suponía una violenta ruptura de esa regla no escrita. Lo que Mario quería decirme debía ser realmente importante.

–Vaya, Mario, siento mucho esto, pero sí que había hecho planes; ¡cómo iba a imaginar que podías venir! Pero, ¿qué es eso que me quieres contar?

Mario se frotó las manos lentamente, como si se las estuviera enjabonando. No apartaba la mirada del suelo salvo para dirigirla de vez en cuando al techo; pero seguía sin decir una palabra.

–¿Qué sucede? ¿No querrás que dejemos lo nuestro? –le pregunté intuyendo que algo no iba demasiado bien. Mario se sobresaltó, dejó de mirar al techo y al suelo alternativamente y clavó sus ojos en los míos.

–¿Dejarlo? Ni lo pienses... verás, más bien estaba pensando en lo contrario, pero... Bien, tú sabes eso de que año nuevo, vida nueva ¿no? Pues eso, que no podía dejar pasar estas fechas sin hacer algo que llevaba meses pensando. Laura, cuando nos volvimos a encontrar hace ya año y medio, no te dije toda la verdad... bueno, en realidad te mentí como un bellaco: estoy casado.

Creo que mantuve la boca abierta durante varios minutos. Mario me tomó de las manos sin quitarme los ojos de encima y me besó en la frente, una ráfaga de besos tiernos mientras decía lo siento, lo siento, no tenía que haberte engañado. Pero lo peor estaba por venir: la confirmación de que el mero paso del tiempo no es suficiente para hacer madurar a los hombres.

–Lo siento, amor, lo siento –insistía innecesariamente–. Pero no te preocupes: se lo he contado todo a Lucía, y aunque se ha puesto como una furia, creo que es lo más sensato que he hecho en toda mi vida. Porque quiero que vivamos juntos; tu y yo.

En fin. Pero qué manía tienen los hombres de dar sorpresas sin previo aviso, como si fueran tan perspicaces como para prever todas sus consecuencias. Y no sólo les gustan las sorpresas inesperadas sino que, a poder ser, se inclinan por aquellas cuyas consecuencias son irreparables.

Por supuesto, no me he separado de Roberto: no se abandona al hombre al que quieres porque un recién llegado te crea dispuesta a hacer cualquier cosa por él. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Simplemente, me limité a aclararle a Mario un par de cosillas sobre el modo en que hay que tomarse la vida. Y yo, por mi parte, me he hecho una firme promesa: si en otra ocasión conozco a algún hombre interesante, lo primero que haré será pedirle el libro de familia; aun a riesgo de parecerle una cotilla.

**MAR Y SOL**

Cinco años después, todavía no me he podido deshacer de su último recuerdo, de su imborrable sombra. Durante todo ese tiempo he ido desprendiéndome de su memoria: arrojé en un contenedor todos los discos que habíamos comprado en común y que representaban algo especial para mí, rompí todas las cartas que me escribió cuando éramos novios, recorté su figura en cada una de las fotos en las que aparecíamos juntos. También fue hace cinco años cuando cancelamos conjuntamente las cuentas corrientes que conjuntamente habíamos abierto al casarnos.

Pero todo eso no era suficiente para olvidarla.

Desde el día en que nos separamos –realmente, desde una semana después–, su nombre no figuraba en la plaquita del buzón. Había roto las antiguas tarjetas de visita y había mandado hacer unas nuevas en las que sólo aparecían mis datos, y ella había tenido el detalle de cambiar la domiciliación bancaria de sus tarjetas de compra.

En cuanto a sus libros, los empaqueté cuidadosamente y los remití a la dirección que ella me facilitó. Otro tipo de enseres domésticos, como el video, el televisor, el equipo de música, los habíamos repartido antes de que ella se fuera definitivamente de casa. Sólo dejó algunas ropas que, al cabo de los meses, llevé a una asociación benéfica y ahora cubrirán otros cuerpos más necesitados.

Pero Silvia seguía presente en mi vida.

Decidí cambiar de agenda de teléfonos pues a veces, buscando el de alguno de mis amigos, tropezaba con el de mis suegros, con el de alguna de

las compañeras de estudios de Silvia, con el de la peluquería a la que iba cada quince días... y eso me traía de nuevo a la mente su imagen nítida.

Seguí buscando recuerdos suyos por toda la casa. En una caja que encontré en el baño y que nunca había abierto desde que ella se fue encontré unas cuantas cremas de día, de noche, mascarillas para el pelo, maquillajes, una antiarrugas casi agotada, varias horquillas y un paquete de algodones desmaquillantes. Todo aquello, incluida la caja, acabó en la basura.

Continué el rastreo en el salón. El mueble bar contenía algunos licores que sólo Silvia solía beber: una botella de Cointreau, una de licor de manzana verde y otra de licor de melocotón. Cuando conseguí romper el precinto de azúcar en que se había convertido el tapón, vertí todo su contenido por la fregadera. Veía desaparecer el líquido por el desagüe y con él se iba Silvia un poco más.

Y todavía percibía su presencia a mi alrededor.

El último paso lo di al deshacerme de las corbatas que, a lo largo de los años, me había ido regalando. A razón de una por cada san Valentín y otra por Reyes o por mi cumpleaños, salía una cifra de dos corbatas al año. En total, catorce corbatas alimentaron la pira funeraria que preparé en la terraza.

Eso fue el pasado mes de diciembre, coincidiendo con una de mis clásicas depresiones navideñas. Durante los cuatro meses siguientes no logré encontrar nada que llevara estampado el nombre de Silvia, nada que me hiciera oler su perfume, nada que me trajera su voz canturreando al lado de la mía, nada que grabase su imagen en mi retina. Pero al llegar mayo...

Al llegar mayo, la agencia de viajes Mar y Sol Travels, con la que Silvia y yo habíamos contratado nuestras vacaciones en un par de ocasiones, se encargó de hacerme llegar –como ocurría cada mes de mayo desde hacía diez

años— su catálogo veraniego de las costas e islas de España, igual que si se tratase del recordatorio anual de nuestro aniversario de boda. Sin abrir el sobre, lo rasgué y lo arrojé a la basura. Lloré unas lágrimas de rabia, luego sonreí y pensé que, al menos, ahora disponía de todo un año por delante sin toparme con la cara de Silvia. O de toda una vida si me cambiaba de domicilio y me hacía invisible también para Mar y Sol Travels.

## **ES LA HORA DE CERRAR**

No quedaba nadie más en el local, sólo aquel tipo al que ya había tenido que cambiar el cenicero en cinco o seis ocasiones. Claro, que llevaba en el bar desde que entró a las once de la noche y ya eran poco menos de las tres de la madrugada.

Por el modo en que pidió un café y un chupito de whisky nada más entrar, comprendí que el recién llegado no había tenido un buen día. Y es que son muchos años a este lado de la barra viendo las caras alegres de algunos clientes, examinando los distintos grados y las diferentes calidades de la preocupación en otros –por poner un ejemplo, los problemas laborales y los familiares no generan el mismo tipo de inquietud–, conociendo a individuos que saben llevar su soledad, a otros que se contentan con lograr llevarla a rastras... Pero también para los habituales de la casa resultó evidente que aquel individuo había conocido momentos mejores; porque Manolo, Julián, Sofía, Lorenzo, Magda y los demás pasaban en el bar casi tantas horas como yo, lo que les había convertido con los años en magníficos analistas de los estados emocionales del hombre.

Al primer chupito –que bebió de un solo trago– siguió un segundo, un tercero e incluso un cuarto antes de pasar al formato panorámico del vaso ancho y con un único hielo; de estos tomó otros dos o tres, pero conseguía mantener el tipo con cierta dignidad. Finalmente, cuando consideró que tanto licor no podía ser bueno para su hígado, se pasó a las cervezas. Y todo ello aderezado con no menos de paquete y medio de Chesterfield sin filtro que consumió con avidez, apurando cada cigarrillo hasta sus últimas consecuencias.

Los parroquianos de siempre se habían marchado ya a sus casas y no había entrado ni un solo cliente en la última media hora, así que nos encontrábamos solos él y yo. Él, encadenado a su tubo de cerveza; yo, tratando de dejarle claro que el establecimiento iba a cerrar sus puertas en breve. Ya había terminado de cargar las cámaras para el día siguiente, había ordenado las mesas y sillas del fondo, parado el ventilador del techo, subido la intensidad de las luces, pasado un paño por la barra, limpiado los ceniceros. Había fumigado con ambientador los servicios, colocado las banquetas encima de la barra, recogido la vajilla, desconectado el equipo de música, apagado el televisor, bajado hasta la mitad la persiana de la calle... y él continuaba fumando y mirando su cerveza. Por fin, cuando ya no tenía nada más que hacer antes de irme, me planté ante él.

–Si no te importa, es la hora de cerrar –le dije invitándole a que apurase su última consumición.

–¿Cerrar? ¿para qué? Todavía es temprano –respondió tratando de aparentar una sobriedad que hacía tiempo le había abandonado aunque soportara bien la bebida.

–Será temprano para ti, yo hace tiempo que debería estar en mi casa, durmiendo.

–Ah, quién pudiera estar ahora en casa –suspiró antes de dar un nuevo trago a su cerveza–. Yo, ayer, tenía una casa; pero hoy no tengo una mierda. ¿Y quieres saber por qué?

Me encogí de hombros; realmente, a esas horas me importaban muy poco las razones por las que aquel tipo con unos tragos de más en el cuerpo había perdido su casa. Desde luego, no se había registrado ningún terremoto en la ciudad, así que los motivos de la pérdida debían ser otros.

–Verás, yo estaba casado. Pero bien casado, no te creas: una chica estupenda, un suegro con posibles, una suegra que cocina como Dios... y, de pronto, tuvo que aparecer ella. Hacía al menos doce años que no sabíamos nada el uno del otro... porque hace doce años que me enamoré de ella. Pero no le quise decir nada entonces; ella era tan orgullosa y yo tan irreflexivo... Y cuando no dices nada, cuando no haces algo en el momento preciso, no puedes pretender hacerlo doce años después, ¿no crees? Total, que empezamos a vernos, cada vez con mayor frecuencia... para mí era muy duro porque tenía que mantener un doble engaño: por supuesto, mi mujer no sabía nada, pero es que a Laura le había dicho que yo seguía soltero. Sí, le tuve que mentir para que mi estado civil no se convirtiera en un obstáculo para lo que pudiera surgir entre nosotros, porque Laura es una mujer de una integridad intachable y jamás habría accedido a tener un rollo con un hombre casado. Pero es que ella también me había dicho lo mismo, que nunca se había casado, que ya sabía cómo era ella de independiente. Así que Laura me mentía y no sabía que yo le mentía a ella, mi mujer no sabía que yo le mentía, el marido de Laura no sabía que Laura le mentía... un verdadero desastre. Hasta que hace unos días llegué a la conclusión de que yo no podía seguir engañando a mi mujer, que no tenía derecho a disfrutar de sus caricias, de sus besos entregados a un sujeto que no los merecía... y ayer le conté todo. La pobre se llevó el mayor disgusto de su vida, pero reaccionó con la entereza que proporciona saberse inocente; yo me sentí fatal, todo era culpa mía, la había jodido bien... pero ya no tenía remedio. Hice mi maleta con cuatro cosas y cogí el primer tren que salía para aquí. ¿Te aburro?

Yo hice un gesto de indiferencia con los hombros pero él continuó su monólogo. La verdad es que tengo que reconocer que, en parte, estaba empezando a desear saber el final de la historia.

–Bueno, pues llego esta tarde a su estudio, porque ella tiene un estudio ¿sabes? Vaya, que llego decidido a explicarle todo a Laura, a decirle que me había separado –imagínate la sorpresa que se tenía que dar al enterarse de que estaba casado–, que quería comenzar una nueva vida junto a ella y ¿qué me contesta ella? Pues que ella también está casada y que en ningún momento ha pensado en abandonar a su marido, y que siempre seré el mismo impulsivo de siempre, que nunca dejaré de actuar como un crío, todo precipitación. ¿Tú entiendes algo?

–¿Entender? Los camareros no estamos para entender nada, sólo para poner copas y aguantar la charla de gente como tú. Por cierto, ¿quieres otro trago? Invita la casa.